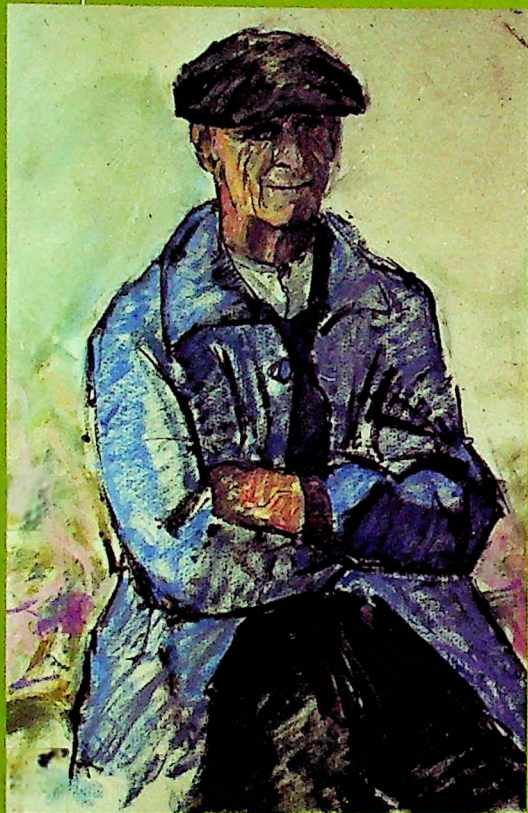


# ENTRE MUNDOS



Procesos interculturales entre México y España

Pedro Tomé Martín  
Bregas Puig

de Alba  
89:723.2

 Institución Gran Duque de Alba

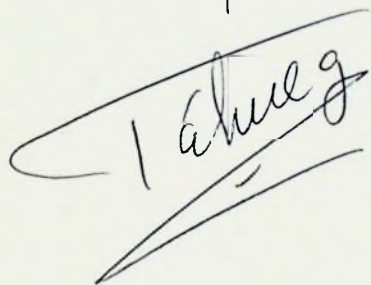
A CARMELO Luis López, con

AGRADECIMIENTO, ALEGRÍA y AMISTAD.

QUE ESTE LIBRO CONTRIBUYA A UNIRNOS

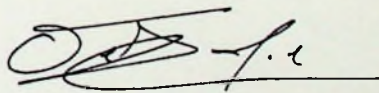
Más.

Zapopan. 4 de SEPTIEMBRE de 1999



Para Carmelo, con admiración  
y cariño, este libro que también  
es tuyo.

Zapopan, Jal. 4/IX/99









# ENTRE MUNDOS



AH-32



Institución Gran Duque de Alba



# ENTRE MUNDOS

Procesos interculturales  
entre México y España

Pedro Tomé Martín  
Andrés Fábregas Puig



Diputación Provincial de Ávila  
Institución Gran Duque de Alba



## **Asociados Numerarios de El Colegio de Jalisco**

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología  
Gobierno del Estado de Jalisco  
Universidad de Guadalajara  
Instituto Nacional de Antropología e Historia  
El Colegio de México, A.C.  
Ayuntamiento de Guadalajara  
Ayuntamiento de Zapopan  
El Colegio de Michoacán, A.C.

© D.R. El Colegio de Jalisco  
5 de Mayo 321  
45100 Zapopan, Jalisco

Primera edición, 1999

*Ilustraciones de cubierta:* “El serrano”, de Javier Paradinas, y “Familia alteña”, archivo particular del licenciado Miguel Ángel Casillas.

ISBN 968-6255-19-2

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

## ÍNDICE

PRÓLOGO . . . . .	9
AGRADECIMIENTOS . . . . .	11
INTRODUCCIÓN . . . . .	13
LOS PAISAJES Y LA GENTE . . . . .	21
AL AMOR DE LA LUMBRE SE HACÍA LA VIDA . . . . .	33
ENTRE EL RECUERDO Y EL PRESENTE . . . . .	63
LOS RUMBOS POSIBLES . . . . .	83
CONCLUSIONES . . . . .	97
GLOSARIO . . . . .	105
ANEXO FOTOGRÁFICO . . . . .	109
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	127

## **Asociados Numerarios de El Colegio de Jalisco**

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología  
Gobierno del Estado de Jalisco  
Universidad de Guadalajara  
Instituto Nacional de Antropología e Historia  
El Colegio de México, A.C.  
Ayuntamiento de Guadalajara  
Ayuntamiento de Zapopan  
El Colegio de Michoacán, A.C.

© D.R. El Colegio de Jalisco  
5 de Mayo 321  
45100 Zapopan, Jalisco

Primera edición, 1999

*Ilustraciones de cubierta:* “El serrano”, de Javier Paradinas, y “Familia alteña”, archivo particular del licenciado Miguel Ángel Casillas.

ISBN 968-6255-19-2

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*



## ÍNDICE

PRÓLOGO . . . . .	9
AGRADECIMIENTOS . . . . .	11
INTRODUCCIÓN . . . . .	13
LOS PAISAJES Y LA GENTE . . . . .	21
AL AMOR DE LA LUMBRE SE HACÍA LA VIDA . . . . .	33
ENTRE EL RECUERDO Y EL PRESENTE . . . . .	63
LOS RUMBOS POSIBLES . . . . .	83
CONCLUSIONES . . . . .	97
GLOSARIO . . . . .	105
ANEXO FOTOGRÁFICO . . . . .	109
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	127



## Prólogo

Aunque sea un lugar común, este libro provoca pensar, entre muchas otras cosas, en qué relativo es el concepto de distancia. Numerosos lugares cercanos pueden ser muy distantes y dos parajes remotos pueden resultar tan próximos...

Hay una tierra en México de la que se ha oído hablar más que de otras. Se trata de Los Altos de Jalisco, en buena medida emblemática de la mexicanidad rural. Hay una tierra en España que también es muy conocida: Ávila, de cuya Sierra hablan precisamente dos connotados antropólogos de lengua española, Andrés Fábregas Puig y Pedro Tomé Martín, después de haberla recorrido juntos palmo a palmo, sin olvidar ninguno de sus bares, donde se aprende mucho de cada lugar y de muchas cosas más. Esta Sierra de Ávila es una región que antaño fue de frontera entre la cristiandad y la morería y aquí se templó la esencia castellana, subiendo y bajando para cuidar al ganado y el sustento.

Pero Fábregas y Tomé, recorrieron también la rojiza meseta alteña de Jalisco, sin dejar tampoco “rincón ni cantina con cabeza” en aquellos parajes muy similares, que se hicieron también en el ir y venir para pelear contra los chichimecas y buscarse la vida.

En España Tomé llevaba la batuta. No en balde conoce las tierras desde niño. En México era Fábregas quien manejaba el timón, pues trabajó contacto profundo con Los Altos desde hace unos veinticinco años y sus libros constituyen una llave obligada para adentrarse en su conocimiento. En ambos, los guió la mejor intención de encontrar diferencias, semejanzas y, sobre todo, del por qué de ellas.

Finalmente, juntos se pusieron a escribir y, con base en los modernos medios de comunicación y las antiguas maneras hispanas de invitarse a vivir en sus respectivas casas durante cortas temporadas, lograron terminar juntos el texto que ahora tiene el lector en sus manos y que constituye,



por cierto, una forma de colaboración intelectual muy poco frecuente por nuestros académicos. Aquí, verdaderamente, se produjo una comunión por estudiosos de dos mundos aparentemente lejanos y sumamente parecidos.

Celebramos que hayan sido instituciones que se encuentran bajo nuestra dirección las que hayan tenido la satisfacción de patrocinar esta empresa y que sean ellas, precisamente, las que se enorgullezcan de coeditar este libro que resulta de un convenio firmado en un feliz momento por los que suscriben este prólogo.

Se trata de una obra de apariencia pequeña, pero resulta un gran paso en la colaboración entre ambos países que habrá de permitir nuevos y más anchos puentes que nos lleven y nos traigan y, finalmente, estrechen las manos colaboradoras de ambos países.

Ávila y Zapopan, julio de 1999

Sebastián González Vázquez  
*Presidente de la Excma. Diputación Provincial*

José María Muria  
*Presidente de El Colegio de Jalisco*

## Agradecimientos

“Quien tiene un amigo, tiene un tesoro”, dice el refranero. Si es cierto, y no tenemos ninguna duda de que lo sea, los autores de este libro son inmensamente ricos. A uno y otro lado del océano sólo hemos recibido ayuda y colaboración. Personas que, en un principio, se nos antojaban distantes, terminaron convirtiéndose en amigos. Los de uno se unieron a los del otro hasta convertir a un mexicano en serrano y a un español en alteño. Por eso, expresar nuestro reconocimiento a todos aquellos que nos animaron y se arriesgaron a cooperar con nosotros, más que una obligación es un privilegio. Imposible misión sería enumerarlos a todos, pero injusto sería callar el nombre de aquellos que de forma más directa hicieron posible nuestra aventura.

Sin la ayuda de dos instituciones, El Colegio de Jalisco y la Excm. Diputación Provincial de Ávila a través de la Institución Gran Duque de Alba, nada de cuanto sigue hubiera sido posible. El impulso definitivo a nuestra labor procede del aliento que recibimos de sus respectivos presidentes, doctor José María Murià y doctor Sebastián González Vázquez. La calidez del trato que ambos nos dispensaron hizo que, con frecuencia, olvidáramos que estábamos ante representantes de instituciones tan prestigiosas para hacernos sentir entre amigos. Otro tanto se puede decir de don Carmelo Luis López, director de la Institución Gran Duque de Alba, y de Angélica Peregrina y Jaime Olveda, de El Colegio de Jalisco. De justicia es agradecer su colaboración a todos aquellos que trabajan en ambas instituciones y que nos han facilitado cuanto han podido a nuestra labor. A los doctores Cándido González y Ángel Espina-Barrio, por su permanente apoyo. En este capítulo no podemos olvidar la colaboración institucional que nos ofrecieron el licenciado Ramón González González, presidente de Tepatitlán de Morelos, y el director general de la Caja de Ahorros de Ávila, señor Antonio Martín.

Con letras de molde hemos de incluir los nombres de todos los habitantes de la Sierra y Los Altos que nos ayudaron, en especial a Alfonso Gómez, de quien tanto aprendimos y que tan agradable nos hizo la estancia en su casa. El mismo reconocimiento para Miguel Ángel Casillas y su familia, en particular a su tío Rafael, que con tanta hospitalidad nos acogieron. En Ortigosa del Río Almar, Florentino y Oliva nos abrieron un mundo que Jesús Hernández nos permitió contextualizar. Quico Alcalá de Tepatitlán nos adentró en la profundidad de un conocimiento transmitido de generación en generación desde hace varios siglos. A ello contribuyeron también Francisco Gallegos, en el mismo Tepatitlán, y Gilberto Vallejo en Yahualica. Le debemos a Bruno Coca Arenas, alcalde de Bercial de Zapardiel, en la Moraña, el haber pasado momentos agradables y de intenso aprendizaje. A Patricia Arellano, su eficiente apoyo en las tareas difíciles de descifrar borradores y aun correos electrónicos.

Por último, nuestro más profundo agradecimiento a quienes de verdad son primero: nuestras familias. Su sacrificio diario y su constante aliento han contribuido más que cualquier otra cosa a hacer de nosotros lo que hoy somos. A Conchita y Mari Ángeles, a Mariana e Iris, a Sol y Bélver, a todos y cada uno de ellos, juntos y por separado, con vehemente cariño sólo los versos del poeta podemos repetir:

Que eres mi timonel que eres la guía  
de mi oculta sirena cantadora,  
escrito está en la frente de la proa  
de mi navío, al sol del mediodía.



## Introducción

Desde los inicios de la historia de la antropología se ha reiterado con frecuencia que el método comparativo es una de sus señas de identidad y uno de los instrumentos que con mayor claridad la diferencian de otras ciencias sociales. Sin embargo, las reacciones particularistas que siguieron a los excesos de los evolucionistas decimonónicos redujeron la comparación a una meta pocas veces lograda. Y así, mientras crecen las discusiones a propósito de la validez de la comparación y los “manuales” de antropología acuden continuamente a ella en sus apreciaciones metodológicas, las monografías que la incluyen se convierten en las excepciones que permiten el cumplimiento de la regla.

Los motivos que justifican la renuencia comparativista son de diversa índole e incluyen desde la creencia de que toda comparación establece, de una u otra forma, una jerarquización entre culturas diferentes —lo que, *de facto*, llevaría a una taxonomía más o menos explícita— a aquellas otras que recalcan en el escepticismo derivado de la imposibilidad de comparar “todo con todo” para garantizar su validez. Por otra parte, tampoco es extraño que se aluda a un trasfondo ideológico que considera que la comparación está anclada en la periclitada idea de la “unidad psicológica” de la especie humana. Por último, cabe señalar que una parte de esta aversión tiene que ver, aunque no siempre se reconozca de forma directa, con las dificultades inherentes del propio trabajo de campo.

A pesar de estas apreciaciones, la comparación, ejecutada con los controles oportunos que garantizan la cientificidad de los procedimientos seguidos, al mostrar la diferencia entre causalidad y casualidad en determinados procesos culturales, se presenta como un instrumento esencial para la validación de proposiciones empíricas producidas por la antropología. Ése es justamente uno de los objetivos que se pretende conseguir con la obra que aquí se inicia. En este sentido, el presente

ensayo se sitúa en una línea histórica cuya tradición se remonta a los primeros cronistas de Indias y que, si bien ha sido escasamente transitada, tiene por designio fundamental establecer comparaciones transculturales.

Sin duda, es posible afirmar que, en la medida en que las dos regiones objeto de esta investigación se sitúan en Europa y América Latina, la línea de los precedentes históricos no es muy amplia.<sup>1</sup> Existe en algunos de los primeros cronistas un deliberado intento de establecer análisis que permitan las comparaciones interculturales. Descuella entre éstos la obra de Joseph de Acosta, en la que de forma incipiente se utiliza el método comparativo para mostrar las diferencias y similitudes que el medinense identificaba entre las culturas de México y el Perú. De igual modo, resulta notoria la inquietud por percibir procesos culturales similares entre México y España en la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo. Es más, algunas apreciaciones de la obra de este cronista hacen explícita referencia a las regiones en las que el análisis se va a centrar.<sup>2</sup>

En todo caso, será preciso esperar varios siglos para que la contemporánea antropología produzca un clásico de la comparación entre América Latina y España: nos referimos al libro de José María Arguedas, *Las comunidades de España y el Perú*. Con todo, si los cotejos entre España y América son escasos, los que restringen el espacio americano al México actual son aún menores y, en general, se reducen a capítulos más o menos aislados de obras que aspiran a cubrir objetivos más amplios. Este sería, por ejemplo, el caso de la obra de C. Ph. Kottak: *Antropología. Una*

1. La escasez de análisis comparativos entre España y México, objeto de esta obra, se refiere únicamente al ámbito de la antropología, pues éstos son abundantes en disciplinas como la historia, la economía, la literatura —tanto en lo que se refiere a la crítica literaria como a las propias creaciones.
2. Dice, desde América, Gonzalo Fernández de Oviedo lo siguiente: "Digo que estando en Avila su majestad de la Emperatriz, nuestra señora, a la saçon que el Emperador, nuestro señor, estaba en Alemania, vi en aquella ciuda, que es una de las más frías de España, dentro de una casa, un buen pedazo de mahizal de diez palmas de alto las cañas, y algo más e menos, a tan gruesas verdes e hermosas, como se pueden ver en estas partes, donde mejor se puede hacer; y allí a par tenía una noria que cada día lo regaba. Y en verdad yo quedé maravillado acordándome de la distancia y de los diferentes climas destas partes con Avila, porque los testigos que diere desto, sean a propósito mio, digo que en la misma casa pasara el muy reverendo señor doctor Bernal, del Consejo Real de Indias por sus Magestades, e que agora es obispo de Cala horra, lo cual fue el año de mill e quinientos treynta de la natiuidad de Christo, Nuestro Redemptor". G. Fernández de Oviedo. *Historia general y natural de las Indias*. Madrid: Editorial Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, 1959, t. II, lib. VII, cap. 1.



*explicación de la diversidad humana*;<sup>3</sup> dicho estudio, presentado como un libro de texto, incluye ensayos acerca de varios lugares de América Latina, en especial de Centroamérica, España y Portugal; de entre ellos, los de Paz Moreno Feliú ("Adaptación y economía", pp. 205-222) y Dolores Juliano ("Mujer y familia en España y América", pp. 331-345) mantienen un carácter eminentemente comparativo. En la misma línea de mostrar comparaciones parciales insertas en ensayos mucho más amplios tenemos otras obras de la literatura antropológica reciente —algunas siguen el espíritu iniciado a fines de los sesenta con *Las raíces de América*, de Gómez Tabanera.<sup>4</sup> Tal vez la obra que con mayor claridad quiebra esta línea y se centra de forma explícita en la comparación intercultural entre España y América sea el trabajo colectivo que, con la dirección de Ángel Espina, lleva por título *Antropología en Castilla y León e Iberoamérica*,<sup>5</sup> y que se anuncia como el primero de una serie.

En dicha obra, además de un nutrido grupo de antropólogos e historiadores españoles, participan otros de diversos países latinoamericanos, como Colombia, México, República Dominicana, Perú y Venezuela. Algunos de estos ensayos han sido producto de trabajo de campo tanto en España como en América. Esta apreciación cobra especial relevancia por cuanto no es difícil encontrar antropólogos que, habiendo efectuado trabajo de campo tanto en España como en América —George Foster, George Collier, Julian Pitt-Rivers, entre otros—, no han mostrado de forma explícita comparaciones interculturales entre ambos continentes. Asimismo, hay que destacar el hecho de que aunque numerosos antropólogos españoles han estudiado sociedades americanas, son muy escasos los hispanoamericanos que han hecho trabajo de campo en España.<sup>6</sup>

3. Conrad Phillip Kottak. *Antropología. Una explicación de la diversidad humana*. Con temas de la cultura hispana. 6a. ed. México: McGraw Hill, 1994.

4. José María Gómez Tabanera (ed.). *Las raíces de América*. Madrid: Instituto Español de Antropología Aplicada, 1968.

5. Ángel B. Espina Barrio (dir.). *Antropología en Castilla y León e Iberoamérica*. Aspectos generales y religiosidades populares. Salamanca: Instituto de Investigaciones Antropológicas de Castilla y León, 1998.

6. El trabajo de campo de Pedro Tomé y Andrés Fábregas, mexicano éste, en la sierra abulense y que está en la base de la presente obra, tiene escasos pero notables precedentes, pues, además de la conocida excepción de J. M. Arguedas, hay que citar la investigación inédita que, dirigida por María Cátedra, desarrolló el también mexicano Guillermo de la Peña en poblados gitanos del área metropolitana madrileña. Asimismo, mencionamos el ensayo de Chantal Caillavet, "Rituel espagnol, pratique indienne: l'occidentalisation du monde Andin par le spectacle des



Por otra parte, el ensayo que aquí se presenta es el primero en el que un antropólogo mexicano y uno español aúnan sus esfuerzos haciendo trabajo de campo de forma conjunta en los dos países.

Llegados a este punto se hace preciso contestar una cuestión que se antoja previa. ¿Por qué comparar regiones enmarcadas en contextos sociopolíticos y culturales tan diferentes como el europeo y el latino-americano?

No es necesaria una habilidad especial ni un conocimiento exhaustivo tanto de Los Altos de Jalisco como de la Sierra de Ávila para percatarse de las múltiples disimilitudes que en apariencia presentan las dos regiones objeto de estudio. Es más, podría decirse que desde ciertas perspectivas ambas son contrastantes.

Las diferencias son notables tanto por los condicionamientos que el medio natural provoca en las dos regiones, como por la diversidad de procesos históricos que han mantenido (en el pasado lejano y en el más cercano). Si el contraste resulta en particular notorio desde algún punto de vista, éste es el demográfico: aunque la emigración se ha constituido, en numerosos aspectos, en un factor fundamental para explicar ciertos procesos de evolución de población que atañen a ambas regiones, no hay duda que sus potenciales demográficos se han comportado de forma del todo diversa. Así, la población jalisciense es predominantemente juvenil, mientras que la abulense se sitúa en la vejez. Por lo mismo, el crecimiento demográfico en la primera podría ser considerado exuberante, en tanto que los índices de reproducción de la segunda hacen difícil asegurar la continuidad de las poblaciones existentes tal y como las conocemos y mucho menos como eran veinticinco años atrás.

A pesar de las diferencias aludidas y las evidentes divergencias, existe un elemento común entre ambas y que resulta crucial para entender los procesos culturales habidos en las mismas: su carácter periférico respecto de los centros económicos y de poder. Dicho carácter ha forjado una serie de procesos endógenos, algunos muy semejantes, que han contribuido a crear una cierta identidad cultural frente a los vecinos con los que sólo tardíamente han comenzado a relacionarse de forma fluida y continuada.

institutions coloniales", en *Structures et cultures des sociétés Ibero-Américaines. Au-delà du modèle socio-économique. Colloque international en hommage au professeur François Chevalier. 29-30 avril 1988*. París: CNRS, 1988, pp. 27-41.

Los distintos procesos culturales derivados de este aislamiento —en ocasiones deliberado, en otras impuesto— son los núcleos en los que la comparación va a encontrar mayor fertilidad. Por tanto, el objeto último de la presente investigación es la comprensión de estos procesos culturales.

En ese sentido, aseveramos que los procesos históricos que se muestran en las siguientes páginas, aparecen analíticamente subordinados al objetivo reseñado. Es decir, el análisis comparativo de los procesos culturales no persigue mostrar conexiones históricas del tipo “el origen de los alteños está en...”. Sin duda, los historiadores locales acuden a las más variadas hipótesis para justificar el nacimiento histórico de la región alteña y la hacen surgir de pobladores vascos, judíos e, incluso, de fantásticos regimientos franceses perdidos en las espesuras y barrancas alteñas. Por cierto, que las mismas hipótesis —u otras similares— podrían haber sido manejadas para explicar la población de los lugares castellanos allá por los lejanos siglos décimo y décimo primero. No obstante, ninguna de ellas han sido consideradas en nuestra investigación.

Por la misma razón, aunque se pueden mostrar de modo fehaciente lazos históricos entre la Vieja Castilla y Jalisco —vía migraciones tempranas de la una al otro—, dichos contactos no han constituido el motor de las elucubraciones que han guiado nuestro trabajo.

En todo caso, la profusa utilización del método derivado de la ecología cultural dejará patente, o al menos así lo esperamos, cómo determinados procesos culturales se vinculan directamente al tipo de relación que los hombres y las mujeres mantienen con el medio que los rodea al margen de particularismos históricos, así como la forma en que algunas de las relaciones sociales existentes —ligadas a procesos productivos— modifican dichos vínculos. La utilización de la ecología cultural como orientación teórica básica ha sido posible gracias al pertinente trabajo de campo. Aunque los primeros recorridos por la meseta jalisciense y por la serranía abulense se llevaron a cabo durante periodos breves de 1997, la parte fundamental del trabajo de campo se desarrolló de junio a octubre de 1998 (primero en Los Altos de Jalisco y después en la Sierra de Ávila). Se hace preciso aclarar que ninguna de las dos regiones era absolutamente desconocida al comenzar las investigaciones. Al contrario, Andrés Fábregas ya había efectuado trabajo de campo en Los Altos de Jalisco desde hace veinticinco años. Por su parte, Pedro Tomé había hecho lo



propio en la sierra abulense durante varios años de la década actual. Aun así, la eliminación de prejuicios generados en indagaciones anteriores fue una de las guías de la investigación.<sup>7</sup>

En ambas regiones, el trabajo de campo se inició con un recorrido exhaustivo por los distintos municipios que las integran. La visita a las cabeceras municipales y sus respectivas delegaciones, en el caso mexicano, o a los diversos ayuntamientos y pedanías, en el español; de los ranchos<sup>8</sup> y dehesas,<sup>9</sup> de las huertas y los prados;<sup>10</sup> de su gente en plena actividad o dedicados al esparcimiento, nos permitió tener un contacto que, paulatinamente, se convertiría en una identificación distante: distancia que garantizara la idoneidad analítica de los procesos de observación; identificación que nos permitía participar de la cultura que estudiábamos.

Los paisajes, alteños y serranos, resultaron ser un imán que nos atraía por su serenidad y belleza. El descubrimiento de lo obvio, de lo evidente, nos llevó a percatarnos de que el paisaje puede llegar a ser una inagotable fuente de información: el adecuado y ponderado análisis de aquello que se nos ofrece primordialmente a los ojos nos indica, en ocasiones con mayor nitidez que cualquier bibliografía imaginable, qué usos se le han dado al suelo, cómo se ha ido apropiando la gente de la tierra, cómo se ha convertido, en definitiva, en parte de ella transformándola de tal modo que ha hecho de la naturaleza, cultura.

Sólo cuando habíamos interiorizado las múltiples informaciones que los sentidos nos habían ido aportando, esto es, sólo cuando el paisaje se nos había hecho tan familiar como para permitirnos reconocer sus matices, iniciamos una segunda fase en nuestro trabajo: la selección de informantes. Los riesgos derivados de una inadecuada ejecución de esta etapa de la investigación resultan incuestionables al considerar que los errores surgidos de apreciaciones parciales se pagan muy caros en las ciencias sociales. Esa fue la razón que nos obligó a dirigirnos al más

7. Ver Andrés Fábregas. *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*. México: CIESAS/La Casa Chata, 1986. Pedro Tomé. *Antropología ecológica. Influencias, aportaciones e insuficiencias*. Ávila: Instituto Gran Duque de Alba, 1996.

8. Término usado en Jalisco para designar las explotaciones agropecuarias.

9. Término usado en España para los paisajes dominados por la encina y en los que habitualmente pasta el ganado.

10. Término usado en España que en México equivale a *potreros*.



amplio espectro social. Durante horas nos entrevistamos con autoridades (civiles y religiosas), agricultores y ganaderos, pequeños propietarios y gente sin tierra, cantineros y repartidores, ancianos y niños, amas de casa y mujeres que ocupan lugares representativos dentro de la sociedad, inmigrantes y emigrados, etcétera... Las informaciones que cada uno de ellos nos fueron dando constituyeron un amplio acervo de datos —valorados en función del rol social que ocupaba quien nos describía la realidad— cuya importancia crecía día tras día.

No quisimos limitarnos en nuestras pesquisas a averiguar qué opinaban de sí mismos aquellos a quienes nos dirigíamos. Por tal motivo, juzgamos oportuno conocer cómo conceptuaban a alteños y serranos los habitantes de las comarcas aledañas a su hábitat común. Hidrocálidos de Aguascalientes, abajeños de León (Guanajuato) y Zamora (Michoacán), zacatecanos, tapatíos<sup>11</sup> y personas de otros muchos lugares de Jalisco nos proporcionaron los contrastes precisos para que nuestra visión del alteño fuera lo más completa posible. Del mismo modo, la percepción del serrano se completó con lo que nos contaron abulenses de la ciudad de Ávila, gente de los valles del Tiétar, Alberche, Corneja y Alto Tormes, morañegos de las Tierras de Arévalo y Madrigal, así como personas de las vecinas llanuras salmantinas de Peñaranda y Alba. La máxima de “si quieres saber algo de mí, pregúntale a mi vecino”, con los consabidos controles, nos permitió, pues, completar una, creemos que ajustada, idea de los procesos culturales que hoy operan en Los Altos de Jalisco y en la Sierra de Ávila que va más allá de las estereotipadas estampas al uso.

Pero quedaba un problema por resolver: la diversidad lingüística. Aunque la lengua oficial de jaliscienses y abulenses sea la misma y, en no pocas ocasiones, la realidad descrita con dicha lengua muy similar, las palabras y, a veces, la propia sintaxis son muy diferentes. Para paliar dicho problema hemos elaborado un glosario, que se incluye al final de la obra, además de explicar el significado de cada término, al pie de la página, la primera vez que lo usamos. El glosario no intenta ofrecer explicaciones exhaustivas de los términos ni busca construir un diccionario. Es una guía para el lector, que informa acerca del uso que la gente alteña o serrana hace de esos términos.

11. Nativos y habitantes de la ciudad de Guadalajara, Jalisco.



## Los paisajes y la gente

Dos de julio de 1998. Cae la noche sobre Yahualica de González Gallo y el cielo que ha ido ennegreciéndose conforme avanzaba la tarde, se abre de repente descargando cual cascada una gran cantidad de agua. Los vecinos del lugar corren a refugiarse mientras entre sus labios se deslizan palabras de agradecimiento: ¡Bendito sea Dios! Dos horas después, a miles de kilómetros, el sol comienza a reflejarse sobre las estribaciones del cerro Gorriá. Poco a poco, los campesinos de la Sierra de Ávila se desperezan y agradecen a Dios que el pasado invierno haya sido lo suficientemente lluvioso como para dejar agua hasta el estiaje que comienza a dorar los campos. Pero ¿dónde están estos parajes?, ¿cómo es su gente?

Partiendo de Guadalajara, la ciudad capital del estado mexicano de Jalisco, con dirección noreste, después de recorrer cerca de sesenta y cinco kilómetros se franquea un escarpado de 200 metros y se llega a la ciudad de Tepatitlán de Morelos, después de atravesar el municipio de Acatic; se está ya en Los Altos de Jalisco, una gran meseta que se eleva más o menos uniformemente hasta alcanzar los 2,000 metros sobre el nivel del mar. Es desde el arribo al municipio de Acatic que se inicia el paisaje característico de Los Altos: lomas y colinas suaves que se elevan entre 200 y 300 metros sobre el suelo basáltico de la meseta. Las pendientes limitan la extensión de los cultivos, aunque geográficamente no son factor básico en el nivel general de articulación de los relieves. Desde Acatic y Tepatitlán de Morelos, conforme se avanza hacia el norte del territorio alteño, el paisaje se repite, interrumpido por amplios valles que forman extensos corredores, sorteadores de barrancas y colinas, que trazan caminos naturales antaño cruzados por pueblos nómadas (los chichimecas) y usados después por conquistadores y colonizadores castellanos. La aridez aparece poco a poco, desde apenas insinuada hasta acentuarse



conforme se llega al poblado llamado El Cuarenta, a la vera de una presa del mismo nombre, cuya cortina marca el sitio de entrada en la aridez franca que caracteriza a otros estados mexicanos limítrofes con el de Jalisco: Aguascalientes y Zacatecas.

El territorio alteño es árido, en partes árido y en general seco, como si la naturaleza quisiera poner trabas al desempeño de la agricultura. Las lluvias son erráticas, lo que se manifiesta en la discontinuidad de las aguas y en los repentinos cambios de temperatura. Los agricultores alteños siembran en el momento en que existen las señales de un posible ciclo regularizado de lluvias hacia el mes de mayo. Éste es el tiempo —dice la gente de Tepatitlán— de la “lluvia en listas”, refiriéndose a los primeros aguaceros que avanzan semejando renglones al mojar la tierra. Dichas “lluvias en listas” se inician “tras la tercera revolución del agua” que ocurre, aproximadamente, cuarenta días después de la Semana Santa y cesan en octubre con el “cordón de San Francisco tras las heladas de San Miguel”. Los agricultores del sur de Los Altos afirman que “el año que suena tres veces en el Cerro Gordo será bueno el temporal”.<sup>1</sup>

El peligro para los cultivos se presenta cuando, una vez que parecen normalizadas, las lluvias cesan y dan paso a una temporada intermedia de secas que suele prolongarse hasta los primeros días de agosto. No terminan aquí las angustias y calamidades: los cultivadores alteños saben que después de las erráticas aguas vienen las lluvias torrenciales que arrasan los campos y más adelante, aunque suele ser benigno, el invierno podría matar los retoños retardados.

En la Sierra de Ávila, franqueada desde la ciudad que le da nombre, desde julio y hasta que a finales de agosto caen las tormentas y las lluvias septembrinas, el paisaje serrano está dominado por el contraste entre el azul del cielo, el verde de las encinas<sup>2</sup> y el dorado de los pastizales.

1. El Cerro Gordo es la máxima elevación de Los Altos, a 2,374 msnm y se localiza en la “raya” (límite de Arandas con Tepatitlán).
2. La encina: símbolo y emblema secular del alma de esta tierra. “Robusta, la llamó don Quijote, es decir, robliza, y es, de hecho, hermana del roble, el árbol santo de Guernica, el de las libertades vascas, que extendía su fruto por el mundo todo. La encina, árbol que parece de roca, de berrueco, dura, prieta, inmóvil al viento, de oscuro follaje perenne [...]. Estas robustas matriarcales encinas castellanicas, de secular medro, que van siendo substituidas —ilástima!— por esos pinos quejumbrosos —quexumen dos pinos— y resinosos. Estas encinas, que esconden recatadamente su flor, la candelá, y dejan escabullir —o sea, escascabullir, o salirse del cascabello o cascabillo— del dedal la bellota, su dulce sazonado fruto, que dijo don Quijote, para que

Entrando el otoño se acentúa el verde, el tiempo húmedo y el frío que va aumentando hasta alcanzar un duro cierzo invernal seguido de los hielos y escarchas que con las nieves de las cumbres contribuyen a configurar una imagen esteparia de la sierra. Por ello no es fortuito, cuando el verano está por terminarse, encontrar a la entrada de los pueblos pilas de leña que ayudarán a soportar los rigores invernales. El cambio de clima significa mucho: con el sol del verano regresaron los “hijos del pueblo”, animando la vida, resucitando las fiestas; entrado el otoño, con el frío, se inicia el retorno de los emigrados a sus lugares de residencia dejando “la sierra triste y oscura”.

Mientras, los pocos que quedan empiezan a repartir el estiércol acumulado en muladares por encima de las tierras que se van a cultivar. Es la época de las incertidumbres, de los temores a los “nublados”, a las tormentas que arrasan la tierra y devoran el ganado. Es tiempo de preparar la tierra para poder sembrarla antes de que lleguen los hielos que desde San Miguel amenazan con visitar al campesino inesperadamente.

En este paisaje serrano las rocas afloran por doquier semejando jardines de piedra, anunciando la dificultad para la agricultura. Aquí le salen berrugas a la tierra hasta configurar caprichos de equilibrio protagonizados por las “piedras caballerías”. Es un paisaje de desolada belleza, nostálgico. Es también sinuoso: las colinas se suceden como grandes pañuelos desprendidos de las montañas y los riscos. Las cercas de piedra granítica o de pizarra con los cerquillos, ameales<sup>3</sup> y pajares le otorgan al paisaje un toque de identidad: se torna difícil imaginarlo de otra manera. Los pueblos descansan suavemente en los costados de cerros y colinas o bien se suben a la montaña siguiendo el relieve, mimetizándose. A veces, los caseríos siguen las veleidades del terreno descubriéndose cuando la luz del sol toca los tejados. No resulta extraño al caminar por las calles de estos pueblos ver hacia abajo, extendido, el paisaje inmenso, dorado de la Moraña o el recorrido de las aguas, delatado por cintas verdes, que atraviesan los valles de Amblés y del Corneja. El espacio entre los

se ceban cochinos en la montanera. Cochinos que mantendrán a los hombres...” “Entre encinas castellanas”, en Miguel de Unamuno. *Obras completas*. Vol. 1: *Paisajes y ensayos*. Salamanca: M. García Blanco, 1966, pp. 640-644. (El citado artículo apareció publicado por vez primera en el diario madrileño *El Sol*, del 4 de septiembre de 1931.)

3. Término que se usa en la sierra para designar un amontonamiento de paja en forma de pera.



pueblos es cercano. La gente se ve y se oye de un pueblo a otro. Es una vecindad próxima y añeja.

El cultivador alteño se enfrenta a condiciones de aridez y semiaridez, además de las dificultades topográficas y climáticas para la irrigación. En situaciones así la explotación agrícola y ganadera está condicionada a ritmos estacionales inestables, que mantienen al cultivador en un estado de permanente ansiedad.

Los suelos volcánicos de la meseta alteña son de dos tipos: rojos en la parte sur y claros en la mayor porción del territorio, caracterizados ambos por capas duras, conocidas como *tepetate*, literalmente en idioma náhuatl, "suelo de piedra". Debajo de estas capas, el horizonte cultivable es raquíutico.

A estas condiciones naturales hay que sumarle los resultados de la actividad ganadera que con lentitud han ido erosionando los suelos. La solución que los cultivadores han encontrado a estos problemas es la construcción de diques, conocidos en la zona como bordos<sup>4</sup> y, en los últimos años, la perforación de pozos artesianos.

Los cultivos de invierno requieren mayor aprovisionamiento de agua, aunque su éxito final está condicionado a la ausencia de heladas. Si durante el invierno la lluvia abunda, es buena señal para iniciar el próximo ciclo de cultivo debido a la acumulación de la humedad. Pero cuando las lluvias son torrenciales, la capa de tepetate impide la filtración, inundando los campos e imposibilitando el trabajo en ellos.

Los mismos temores recorren la sierra. Ésta es tierra de cultivadores huerteros que han visto cómo el cereal, en especial el trigo y el centeno, se ha retirado de sus campos. Es tierra también de pastores y vaqueros. Hay una inmensa profundidad de espacio y tiempo cuando el pastor, con boina y con cayado, aparece acompañado de sus perros conduciendo su rebaño. En ocasiones se les ve sentados en las rocas, cual si fueran piedras caballerías, siempre con los perros vigilantes, cuidando el rebaño, resbalando la mirada por el paisaje, atentos a las señales del tiempo. Suelen ser de amable firmeza, solitarios, caminantes incansables, alérgicos a la sedentariedad. Conocen el terreno y los cielos que lo cubren como

4. En Los Altos de Jalisco, charcas construidas por el ser humano.



lectores que son de una naturaleza que, transformada por ellos, es su escenario vital.

La existencia del vaquero es diferente. Los hatos, mayoritariamente de "avileña negra-ibérica", aunque el "charolais" comienza a blanquear las oscuras capas bovinas cada vez con más fuerza, pastan en los prados, guiados por las cercas, caminando terrenos que conocen, oliendo el agua de las "charcas" y regatos<sup>5</sup> en donde mitigan la sed. Cuando el estiaje se prolonga, en el mes de septiembre, el vaquero llega entre las doce del día y las dos de la tarde para arrojarles el pienso que compense la alimentación deficiente que en esos días ofrece la naturaleza. El dueño de la cabaña llama al ganado y éste va reuniéndose en torno del sitio en que el alimento es arrojado. El vaquero acude al prado en automóvil o en tractor y suele ir solo o acompañado de sus perros. Conoce bien sus animales. Los distingue dándole a cada uno un nombre propio, los cuenta cotidianamente y, si el caso es, no descansará hasta dar con el ejemplar perdido. Una vez terminada la jornada, el vaquero abandona el prado para repetir su actividad al día siguiente. Atrás quedan los tiempos en que hombres y bóvidos atravesaban cañadas,<sup>6</sup> cordeles y veredas en trashumancia, en busca del calor extremeño, huyendo del invierno de la Sierra que oculta los herbazales bajo el hielo y la nieve.

Así como el pastor, el perro y las ovejas, el vaquero y su cabaña<sup>7</sup> es parte del paisaje serrano. La "avileña negra-ibérica" lleva siglos pastando en estos prados, modelando la imagen serrana al conjuntarse con los otros elementos del paisaje y acompañar al hombre a través del tiempo.

La mayoría de los ríos que cruzan los territorios alteño y serrano son de aguas ocasionales, con excepción del río Verde en Jalisco y del Almar en Ávila, que logran mantener su caudal a lo largo del año. Los cauces de estos ríos han labrado valles y barrancas<sup>8</sup> en cuyo fondo descubrimos la presencia de cultivos como el maíz en México y los productos hortelanos en España. Siguiendo el trazo de los lechos se perciben claramente los sotobosques ribereños. Cuando uno se asoma desde lo alto de las colinas

5. En la sierra designa un "arroyuelo".

6. En España, vía pecuaria de 70 varas de ancho. El cordel y la vereda se diferencian del anterior en que son más estrechas.

7. En España, el conjunto del ganado.

8. En México, una "garganta".

para observar estos cultivos abajeños, los nota siguiendo el río, en lugares de humedad permanente, a la vera del agua que corre tras la temporada de lluvias en Los Altos y del deshielo en la sierra.

La huella de la gente en el paisaje se manifiesta en los distintos usos del suelo y en la variedad de los cultivos. En las cimas de las lomas se localizan los pastizales habitados por el ganado de leche, el de carne y el de doble propósito; en el fondo de las barrancas, siguiendo el cauce de los ríos, el maíz y las huertas. Esta generalidad es interrumpida de cuando en vez: así, sobre los lomeríos, en ciertas partes de ambos territorios, es posible observar campos labrados integrados en los pastos; en ocasiones, se suceden el potrero<sup>9</sup> y la milpa,<sup>10</sup> el prado y el cultivo. A su vez, uno podrá observar hatos de ganados en las barrancas, que buscan el agua de los ríos y se alimentan de la hierba que brota en aquellos bajíos. En suma, estas tierras son mesetas, áridas en la sequía y verdes múltiples en las lluvias. Sol, abundante sol, a todo plomo, en los largos días del estiaje. Cauces de ríos, el Verde y el Almar señoreando, que forman barrancas donde los cultivadores y vaqueros entrelazan sus oficios. Tierras ciertamente “flacas”, como escribió Agustín Yáñez, uno de los escritores más importantes de México y alteño de origen. De estas delgadas capas arrancan alteños y serranos su sustento y se las ingenian para mantener el ganado.

En medio de aquellas elevaciones suelen irrumpir en el paisaje las cruces y ermitas, torres de iglesias, signos inequívocos de la devoción popular. Abundan estos sitios que sellan la presencia de los hombres con sus territorios. Incluso, existen en Los Altos construcciones desproporcionadas con relación a sus entornos, como la nueva iglesia de Ocotes de Moya, que alberga al Señor del Encino, construida en medio de un humilde caserío que no alcanza ni las veinte moradas. O la no menos nueva Santísima Cruz plantada en una elevada colina de Cañada de Islas, municipio de Mexxicacán, y que señorea el de Yahualica, de tales dimensiones que es posible notarla en unos treinta o cuarenta kilómetros a la redonda.

9. En México designa el prado.

10. En México significa campo de maíz.

Completando este paisaje alteño están los poblados, encimados en las colinas o hasta abajo en las barrancas, concentrados y reticulares o desparramados e irregulares, hasta alcanzarse la unidad mínima de vivienda alteña: el rancho, la casa de piedra y barro, o sólo de piedra, o sólo de barro, techada a dos aguas, o a cuatro, o, a veces, irregularmente mostrando combinaciones que un arquitecto citadino juzgaría audaces o imposibles. Las ciudades, en cambio, suelen ceñirse a la traza reticular, con las casas de techos planos, y por lo general dos plazas bien distinguidas: la cívica y la religiosa.

Por su parte, el patrón de asentamiento de los pueblos serranos es nucleado, pero su traza es irregular. Han heredado la idea medieval sellando una imagen muy propia de la ruralidad serrana abulense. En la mayoría de estos pueblos no encontraremos la plaza central tan característica de la traza reticular, ni las iglesias situadas en el centro geográfico de los mismos, sino en un extremo, marcando los límites del espacio sagrado, del espacio donde hombres y mujeres pueden habitar. Lo mismo sucede con la escuela —cerrada en la mayoría de los casos ante la ausencia de niños— o con la Casa Consistorial (ayuntamiento) que podrán estar en el centro o en otro sitio, sin constituir una unidad urbanística. En varios de estos pueblos, que mantienen su derecho a denominarse villas, el centro está marcado por la antigua “picota”<sup>11</sup> o “rollo”, tan emblemática de otros tiempos y símbolo de su capacidad de administrar justicia. En otros pueblos habrá un espacio reconocido como “plaza mayor” receptora del “mayo”<sup>12</sup> plantado hasta no hace mucho por los jóvenes durante los festejos primaverales. El agua, elemento vital, que brota de las fuentes marca con su presencia lugares de relevancia social.

Tanto como la traza irregular, son elementos constitutivos del paisaje rural las casas construidas de piedra, techadas a dos aguas, con tejas musleras y los extremos del caballete adornados con trozos de teja que simulan diversas figuras. El techo posee otro elemento característico: la chimenea, algunas de ellas recubiertas de adobe profusamente adornado. Como remate final, una hilera de piedras colocadas por encima de los rebordes del tejado impide que éste pueda ser levantado por “un aire”.

11. Columna circular de piedra que simbolizaba la autonomía jurisdiccional del lugar.

12. Tronco de un árbol que en Castilla y León es colocado por los mozos en un lugar señalado durante las fiestas.



Se trata de una arquitectura popular que echa mano del medio ambiente en la construcción de espacios austeros. Si algo dota de continuidad a estos poblados de la sierra son las casas de piedra, enteajadas, con los pesebres y las cuadras integrados y el sobrado en el entretecho. En estas casas de antigüedad profunda ha hecho y hace parte de su vida la gente de la sierra, en un paisaje urbano de paredes de granito integrado plenamente en sus entornos. Se las puede ver, hoy como ayer, sentadas en el poyo,<sup>13</sup> junto a la puerta, o en sus sillas, formando pequeños grupos de vecinos entregados a la palabra. Mostrando sus espaldas al sol en invierno y a la sombra cuando palidece la tarde y cae la “fresca”, en verano pasan el tiempo cosiendo, haciendo ganchillo, desgranando judías<sup>14</sup> o garbanzos, o simplemente esperando otro día.

El lugar de reunión social por excelencia de los alteños es la plaza cívica. En los días de trabajo, al caer la tarde, suelen juntarse grupos de hombres en estas plazas para conversar —arte atesorado en Los Altos— o tratar asuntos relacionados con la vida ranchera. También los jóvenes acuden a estos sitios o se reúnen en algún lugar donde se despacha comida o bebida en las cafeterías o restaurantes aledaños. El domingo por la tarde, estas plazas se convierten en el punto de reunión de los habitantes de un municipio, citadinos y campiranos.<sup>15</sup> En varias de estas pequeñas ciudades el espacio de las plazas es insuficiente para dar cabida a la afluencia. Sencillamente, todos se dan cita en ellas. Existe un cierto orden en estas masivas reuniones: los adultos suelen permanecer sentados en las bancas, conversando; los jóvenes acuden al cortejo caminando en círculo por la plaza: las mujeres lo hacen siguiendo las manecillas del reloj, mientras los hombres caminan en sentido contrario. De vez en cuando estos últimos lanzan alguna flor o confeti a la moza de su gusto. Así transcurre el tiempo, hasta que la tarde fenece y las campanas de la iglesia llaman a la última misa del día, después de la cual la gente se retira a sus casas.

Desde las primeras horas de la mañana dominguera las iglesias alteñas están abarrotadas. Nadie falta a misa, so pena de ser señalado. Una vez cumplido el deber religioso, los feligreses se distribuyen por el pueblo

13. Banca de piedra adosada a la pared exterior de la vivienda, junto a la puerta.

14. En México denotarí a una especie de frijoles.

15. Citadino designa en México a la gente de la ciudad; campirano, a la del campo.

para pasear, comprar y visitar a familiares y amigos. Algunos brindan con tequila, aunque la población, en contraste con otras regiones mexicanas, no suele consumir mucho alcohol. El domingo es un día de notable movimiento en las cabeceras municipales que, además de sus habitantes normales, acogen a los visitantes provenientes de los pueblos más pequeños y de los ranchos. La animación es constante porque son múltiples los encuentros escenificados durante el transcurso del domingo. Son variados los tratos (la *tratada*, dicen los alteños) sellados en las plazas pueblerinas, sobre todo de compra y venta de ganado, la gran pasión de los rancheros. La interrelación es intensa siendo el domingo un día en que es posible observar la complejidad de las redes tejidas en estas sociedades rancheras, construidas por los alteños en siglos de historia.

En ambas regiones las fiestas en honor de los santos patronos y las ferias constituyen fechas de reunión masiva. En el caso de estas últimas, serán las dedicadas al ganado, a la exposición de maquinaria agrícola y a la diversión las que alcanzan mayor aceptación social. Son momentos de gran congregación en los que las comunidades se reconocen, se comunican y se vinculan a través de una multitud de interrelaciones. Estos instantes son propicios para observar la diversidad de tipos físicos de los concurrentes.

En notable contraste con regiones aledañas como el Bajío, la mayoría de la gente ranchera de Los Altos es blanca. Si un alteño caminase por la Sierra de Ávila, sólo los atuendos y la forma de andar lo distinguiría de un serrano. Es un rasgo histórico que apunta hacia sus orígenes castellanos y el desarrollo de la población sin mezclas intensas con la gente morena, los indios. O con la gente negra de origen afrocaribeño que sirvió como esclava en las estancias ganaderas o en las casas de las familias ricas de las ciudades como Lagos de Moreno. Esta descripción es válida para la gente que vive arriba del territorio alteño, en las lomas y las colinas. No así si seguimos el cauce del río Verde o las barrancas y cañadas<sup>16</sup> que atraviesan la meseta. Allí está la gente morena, descendientes de chichimecas, tlaxcaltecas y purépechas, más los mestizajes entre ellos. Incluso los poblados y las siembras conservan tradiciones diferentes que descubren la presencia india. Son el testimonio de que allí

16. Cañada, en México, tajo abierto por el río.



se marcó la frontera mientras la consolidación del territorio permitía el avance castellano hacia el norte.

Aún hace un cuarto de siglo la forma característica de vestir del hombre alteño consistía en pantalón ajustado y sombrero charro. En la actualidad se ha introducido notablemente el uso del sombrero tejano y, en los jóvenes, el uso de pantalones “abombados” y las gorras con la visera hacia atrás. A estos signos de cambio se une la introducción del rodeo a la par de la charrería,<sup>17</sup> la fiesta ranchera característica, la celebración de “la gente a caballo”. Hace veinticinco años parecía muy lejano el día en que las charreadas, de las que están tan orgullosos los alteños, se vieran acompañadas del rodeo, la fiesta tejana por excelencia. Sumamos a ello una presencia, si se quiere modesta, pero que ya se inició, de la alteridad religiosa, y tendremos un cuadro de la complejidad de los procesos actuales en esta sociedad tenida como modelo de la tradición ranchera mexicana.

Tanto en las cabeceras municipales como en las delegaciones<sup>18</sup> es notable la presencia de agencias de viaje que prestan sus servicios para facilitar el traslado a Estados Unidos. No es raro que estos establecimientos brinden “consejos” para la obtención del visado norteamericano. También los hay que ofrecen llamadas “gratis” a Estados Unidos o Canadá. Suelen reunirse en un solo local la casa de cambio, que, a su vez, es receptora de dinero enviado desde el exterior, y las casetas para hacer las llamadas telefónicas. Completan este singular paisaje urbano los autos y camionetas con placas de algún estado de Norteamérica, siendo el de mayor frecuencia el de California. Signos éstos de la intensa relación que guardan los alteños con Estados Unidos, de donde van y vienen, formando un complejo ciclo migratorio.

17. Charrería o charreada, en México se considera el deporte nacional y consiste en mostrar las habilidades para manejar el ganado desde el caballo.
18. El régimen municipal mexicano parte del municipio como unidad política básica. Cada municipio se estructura de acuerdo con una jerarquía que distingue entre “cabecera”, una ciudad que centraliza el poder político municipal y los servicios administrativos; “delegaciones”, asentamientos más pequeños que proporcionan algunos de los servicios municipales básicos y, por último, “agencias”, referidas a entidades menores de población y que se distinguen de las anteriores tanto en el tamaño como en el tipo de los servicios mínimos que ofrecen. Cada municipio es gobernado por un ayuntamiento electo cada tres años encabezado por un presidente municipal.



En los últimos años, los alteños han observado cómo se transforma el paisaje de sus terruños a tenor de la introducción de los nuevos elementos. El más notable de ellos es una autopista que se inicia en Guadalajara y cual enorme sierpe atraviesa el territorio alteño desembocando en la ciudad de Lagos de Moreno, punto en que se bifurca: al norte, un ramal llega a la ciudad de Aguascalientes, capital del estado del mismo nombre; hacia el este, otro brazo alcanza la ciudad de León, estado de Guanajuato, una de las concentraciones urbanas más importantes de otra gran región mexicana: el Bajío. A la autopista, como elemento definidor del nuevo paisaje alteño, se agregan las construcciones que albergan gallinas y pollos, situadas en multitud de granjas, que hoy constituyen una de las principales fuentes económicas de Los Altos. Punto culminante es el municipio de Acatic, lleno de estas construcciones, cuyos techos de lámina metálica despiden por el día destellos que el sol provoca mientras que su constante iluminación nocturna las hace semejar en las tinieblas a gigantescos insectos inflamados que configuran una singular visión del paisaje alteño.

Caminar por estas colinas, lomas y barrancas de sabor ranchero es un ejercicio tan pleno de sorpresas como hacerlo por la Sierra de Ávila. Aquí el paisaje aparentemente monótono se despliega ante la mirada descubriendo su condición de morada humana. Resaltan las divisiones de la propiedad marcadas por bardas de piedra que los alteños llaman *lienzos* y los serranos cercas o cortinas. Estos muros le otorgan al paisaje un sentido de continuidad a grado tal que, cuando desaparecen, surge el sentimiento de ya no estar en tierras alteñas o serranas. Los lienzos, las cercas, reconfiguran el territorio dotando a las colinas de formas irregulares, que transforman sus líneas naturales en caprichos geométricos. Son el testimonio del arraigado sentido de la propiedad que a lo largo de los siglos acompaña a esta gente. En los prados o pastizales, sombreados por mezquites y huizaches en Los Altos, y por encinas y otras especies arbóreas en la Sierra,<sup>19</sup> se construyen los bordos y charcas, ideados para

19. El mezquite es una arbórea mimosácea, parecida a la acacia; huizache, una leguminosa de ramas espinosas y corteza delgada y vainas largas de color morado negruzco; abunda el nopal, del náhuatl *nopalli*, cactácea muy similar a los higos chumbos; en la Sierra de Ávila es común el cantueso, es decir, el espliego de la familia de las labeadas propia del terreno seco y rocoso y el piorno, esto es, una planta de las papilionáceas de la que hay muchas variedades.

retener el agua de las lluvias y proporcionar al ganado satisfacción ante la sed. Huizaches, mezquites, nopales, lienzos y bordos, colinas y barrancas, son el escenario sobre el que se mueve la gente alteña. Encinas, cortinas y charcas, valles y lomas, el de los serranos.

La Sierra de Ávila es también sonido. No es posible pensar los paisajes serranos sin el tintinear de los cencerros atados a los cuellos del ganado. Los silbidos y voces humanas que llaman a vacas y ovejas, y transmiten órdenes a los perros, son parte indisoluble de este conjunto de sonidos que recorren la sierra como lo hacen los olores de tomillos y cantuesos y el ulular del viento entre los piornos.

Si en la actualidad la ganadería es la actividad predominante en la Sierra de Ávila, antaño se complementó con la siembra de cereales, principalmente el trigo y el centeno. Hoy no sucede así. Las eras abandonadas y en ellas también los antiguos aperos de labranza, carros y arados, así lo testimonian. Las carretas de madera tiradas por bueyes para el transporte del grano, aparecen en los rincones de los pueblos, abandonadas, desvencijadas, y muestran algunas los restos de una decoración que otrora invocó el asombro.

La despoblación es el proceso central que articula la vida actual. Se inició a finales de los cincuenta con la partida de los primeros jóvenes. Después, un río humano bajó de la sierra desperdigándose por Europa, en busca de los grandes complejos industriales. La mecanización y los arreglos con la Unión Europea han retenido a parte de la ya escasa población, sin lograr detener plenamente la emigración que sella la actualidad demográfica. En la mayoría de los pueblos serranos sólo quedan ancianos que aún van tras el ganado y cultivan sus huertos mientras sus debilitadas fuerzas los sostienen. Pueblos hay de un solo habitante y otros por completo vacíos. En el verano retornan momentáneamente los que se fueron, aunque sus hijos lo hagan cada vez menos. Por ello, las fiestas se concentran de julio a septiembre, adelantándose o retrasándose las antiguas fechas para dar paso a su celebración que, de otra forma, se imposibilita ante la ausencia de la población. Y, sin embargo, perdura el apego a la tierra, la memoria vívida del tiempo de los "quintos", el "mayo" y sus celebraciones, de la vida en la escuela y del trabajo común en la era, trillando y aventando. Recuerdo todo de un pasado que en parte retorna en el verano.

## Al amor de la lumbre se hacía la vida

En tierra de nadie, en tierra de todos. Así parece sentirse el serrano forjado a lo largo de los siglos en adustas tierras. Alejado del estereotipo del castellano de las amplias llanuras que observa desde su atalaya, habitante de un lugar extraño a la neorruralización turística que tanto ha afectado a la cercana sierra de Gredos. En la tierra del medio. Entre llanuras y alturas: en la frontera.

Originariamente esta comarca de contornos difusos, de límites lábiles que se transgreden cotidianamente sin la experiencia traumática del cambio, fue repoblada para asentar una frontera. Los reyes castellanos pronto se percataron de la dificultad que entrañaba la defensa militar de la extremadura —literalmente lo que está más allá del Duero— de los ataques y embates de las huestes que procedían del sur y optaron por consolidarla por otros procedimientos. Fue así como se ocuparon estas tierras otorgadas cual mercedes a campesinos venidos del norte que dejarían la piel en las mismas antes que abandonarlas. Numerosos son los topónimos que insisten en retrotraernos aquella época repobladora haciendo referencia al lugar del que originalmente provenían los que después se convertirían en serranos. Tal es el caso de los núcleos denominados Gallegos (de Sobrinos, de Altamiro, de San Vicente) o Narrillos (del Álamo, del Rebollar, de San Leonardo). En la misma línea hay que situar los antropónimos que hacen referencia a los nombres propios de los pioneros como Hurtumpascual (Fortum Pascual) o San García de Ingelmos (Guijermos).

Tampoco resulta difícil hallar topónimos que repiten la denominación de los lugares de procedencia de dichos grupos humanos, como Vadillo o Duruelo, que reiteran la nominación de pueblos sorianos de la Tierra de Pinares desde los que se produjo un flujo de migrantes en los primeros años pobladores de esta zona.



La existencia de dichos topónimos no debe significar de modo necesario que antes de tales fechas la comarca serrana fuera un desierto. Es más, acudiendo al mismo método, el análisis macrotoponímico, podemos nombrar, por citar algún ejemplo, lugares como Zapardiel —de clara datación mozárabe y que, por tanto, tiene su origen entre el siglo VIII y el XI— o ríos como el Agudín, cuya etimología es claramente visigótica y, por ende, aún anterior a la precedente. La permanencia de estos nombres en la historia de la Sierra de Ávila permite establecer un continuo que liga el actual presente con los poblados prehistóricos que, como los castros de Chamartín o Sanchorreja, nos hablan de espacios habitados ininterrumpidamente desde la Edad del Hierro.<sup>1</sup>

Es, no obstante, con la colonización a tala y roza de estos parajes hace casi ya un milenio<sup>2</sup> cuando comenzaría a forjarse una identidad que aún hoy palpita en la gente de la Sierra de Ávila. Los nuevos asentamientos no sólo permitirían tener una reserva de alimentación para los ejércitos cristianos, gracias a los múltiples ganados que en ellos pastaban, sino que serían sobre todo el instrumento para la consolidación de un modo de vida medieval caracterizado por el dominio casi absoluto de los grandes señores feudales que podían mantenerse a salvo en sus dominios al tener la garantía de una infantería de campesinos dispuestos a no perder sus tierras. Y, sin embargo, no se trata de algo lejano. El carácter fronterizo, el apego a la tierra que se labra y que hay que defender, que comenzó a forjarse en el proceso de formación de los reinos castellanos sigue estando presente día tras día. La sensación de estar en el confín, en el borde, “dejados de la mano de Dios”, obliga a los hombres y mujeres de estos lares a no confiar más que en su fuerza. No se trata de una desconfianza manifiesta hacia el extraño, pues la hospitalidad es sagrado deber que se

1. Acerca de la polémica sobre la población-despoblación del sur de la meseta castellana, se puede consultar el artículo de Ángel Barrios “Toponomástica e Historia. Notas sobre la despoblación en la zona meridional del Duero”, en *Estudios en memoria del Profesor Don Salvador de Moxó*, Madrid: IUCM, 1982, pp. 115-134. En este mismo artículo, el prestigioso medievalista justifica la utilización del método toponomástico comparativo, entre otras razones, en la acertada creencia de que “los nombres propios son con relativa frecuencia tan duros como las piedras” (p. 121).
2. La “Consignación de rentas ordenada por el cardenal Gil Torres a la Iglesia y el Obispo de Ávila” y fechada el 6 de julio de 1250, elaborada para clarificar cómo debían distribuirse ciertos patrimonios entre las jerarquías archidiocesanas de Olmedo y Ávila, enumera ya la práctica totalidad de las poblaciones que hoy existen en la Sierra de Ávila.

practica con gusto entre los serranos. Más bien, es la firme convicción, arraigada en siglos de sudor, de que el fruto de la tierra sólo crecerá con el esfuerzo propio. Por eso mismo, si para que la tierra florezca es preciso salir de ella y retornar, así se hará.

Algunos siglos después de iniciado el proceso de colonización de la Sierra de Ávila, tendrá lugar otro similar en Los Altos de Jalisco. El procedimiento que tan provechoso resultó ser en el caso abulense va a repetirse en las alturas jaliscienses. Por dicha razón, también los alteños han construido su historia alrededor de la tierra. Son propietarios por circunstancias precisas ligadas a las estrategias de colonización y retención de territorios diseñados por la Corona española en el siglo XVI. Los primeros campesinos castellanos llegados a lo que es hoy Los Altos de Jalisco, fueron trasladados hasta allí para colonizar una extensa zona de frontera, usada por grupos nómadas conocidos como chichimecas.<sup>3</sup> Como ocurrió en el caso de la Sierra de Ávila, cualquier enemigo que quisiera atravesar este territorio tendría que enfrentarse a los propietarios de las tierras antes de llegar a avistar cara a cara a algún ejército.

Uno de los privilegios de población fronteriza que ejercieron los campesinos neoalteños fue el de obtener la propiedad de la tierra a cambio de defenderla y preservarla, para consolidar así el régimen colonial. Durante los años coloniales estos campesinos configuraron una sociedad contrastante con la de los pueblos originales, los indios, sujetos a instituciones surgidas en la colonia, como la encomienda. Se convirtieron en propietarios de su tierra y en ganaderos proveedores de mulas y carne vacuna para las zonas mineras con las que se articularon económicamen-

3. Chichimeca es un término náhuatl, lengua que hablaban la mayor parte de los grupos indígenas a la llegada de los españoles a México y que operaba como "lengua franca", como lo fue la griega de la "Koine" en época de Alejandro o algunos siglos después el latín en el imperio romano. Esta lengua, de amplio uso aún hoy, no sólo la hablaron los antiguos mexicanos, sino que se extendió desde el sur de lo que en la actualidad es EU, hasta Centroamérica. El término "chichimeca" hace referencia a grupos nómadas diferentes del occidente y del norte de México. Puede traducirse como "salvaje", de *chichi*, perro y *mecatl*, mecate, cuerda, es decir, "linaje de perros". Por cierto, durante casi trescientos años se tuvo al abulense Gil González D'Ávila como el autor de una de las crónicas más importantes acerca de estos grupos, *Guerra de los chichimecas*, y hoy se conoce que su auténtico redactor fue Gonzalo de las Casas. Al respecto puede verse *Guerra de los chichimecas* por Gil González D'Ávila. Guadalajara: Instituto Jalisciense de Antropología e Historia-Gobierno del Estado de Jalisco-Universidad de Guadalajara, 1994. Ed. facsimilar.



te, sobre todo la de Zacatecas. Aprendieron a cultivar el maíz y consumirlo sin abandonar el trigo. Son campesinos de pan y tortilla.<sup>4</sup>

En la historia mexicana, Los Altos de Jalisco representan una región que ha protagonizado capítulos singulares en la construcción de la nación y sus símbolos. No deja de ser paradójico que un territorio marginal en términos de los centros de poder, tenga al mismo tiempo un peso singular en el devenir nacional. En efecto, tanto en el país como fuera de él se toman como representativos de México rasgos culturales alteños.

Difícil es hallar a alguien que no haya oído una canción ranchera, típicamente alteña, sin identificarla con México. Por contra, el tan difundido mariachi, originario de Jalisco, no está claro de cuál región procede. Durante décadas el cine mexicano difundió la imagen de un México jalisciense alteño como si fuese la sociedad nacional. Películas como "Allá en el Rancho Grande", llevaron por el mundo la figura del "Charro Cantor", personificado por Jorge Negrete, como prototipo del "ser nacional" mexicano.<sup>5</sup> Incluso, hubo una coproducción mexicano-española que difundía esta misma imagen: la película "Jalisco canta en Sevilla" actuada por el mismo Jorge Negrete y Carmen Sevilla. La charreada, el juego preferido de los hombres alteños a caballo, fue adoptada como "el deporte nacional" junto a una bebida, el tequila, que, aunque originaria de otra región de Jalisco, se produce desde hace años en Los Altos y ha pasado a ser parte de la identificación de "lo alteño". Asimismo, la catolicidad, rasgo muy caro a los alteños, caracteriza la religión nacional mexicana.

4. Tortilla es el alimento popular generalizado en México. Está hecha de maíz y es usada para acompañar todo tipo de comida. Se trata, pues, de un alimento muy diferente del que recibe en España el mismo nombre y cuyo componente fundamental es el huevo, generalmente con patatas.
5. Muchas de estas películas que transmitían una estereotipada imagen de México fueron conocidas por los abulenses en la posguerra: "De Méjico llegó el amor" (22-10-1943); "Méjico de mis amores" (18-12-1946); "No basta ser charro" (28-3-1951); "Mexicana" (28-10-1952); "Yo también soy de Jalisco" (10-2-1955); "Una gallega en México" (18-7-1955); "Viva Zapata" (30-9-1955); "Veracruz" (11-1-1957 y 10-8-1959); "El cantor de México" (9-2-57); "Pancho Villa vuelve" (10-3-1958); "El charro inmortal" (14-10-1959); "Serenata en Méjico" (4-1-1960); "Así era Pancho Villa" (16-12-1963); "Viva Jalisco que es mi tierra" (10-2-1965); etc. La fecha entre paréntesis viene referida al día del estreno en Ávila. E. C. García Fernández. *Ávila y el cine. Historia, documentos y filomografía*. Ávila: Instituto Gran Duque de Alba, 1995. *Vid.* especialmente t. I, pp. 261-525.



Los alteños se autodefinen como rancheros. Con ello quieren decir que son gente que valora la tierra y el ganado, ante todo el caballo y las vacas. Son concientes y están orgullosos de su sentido empresarial profundamente individualista y orientado hacia el trabajo. Parafraseando a Max Weber, son católicos imbuidos de una ética protestante. Son religiosos, católicos profundos, es decir, devotos y fieles a una religiosidad anclada en su historia, a grado tal que para ellos alteño y católico son categorías intercambiables.

La construcción de estos rasgos de identidad —en la actualidad en reformulación— ha tomado años. Fueron reafirmados en las primeras décadas de este siglo, más precisamente de 1926 a 1929, periodo de la llamada “guerra cristera”. Ésta fue, para los alteños, una guerra de reafirmación identitaria, una defensa de los fundamentos organizativos e históricos de la sociedad regional. Aquellos años turbulentos de la historia mexicana que se inicia en 1910 significaron el triunfo de una revolución que “bajó del norte” y terminó consolidando un proyecto nacional actualmente en transición. El grupo de poder que asumió el control del país procedía de este movimiento armado de 1910 que expulsó del territorio nacional a Porfirio Díaz y, con él, a un régimen dictatorial que había cumplido treinta años. La alianza entre las clases medias emergentes y un campesinado empobrecido, hambriento de tierra, impulsó cambios radicales que propiciaron, ante todo, la desmembración del latifundio —las enormes haciendas— y el reparto agrario que consolidó la forma de propiedad agraria característica del México revolucionario, el ejido,<sup>6</sup> vigente hasta las reformas al artículo 27 constitucional introducidas por Carlos Salinas de Gortari en los años de su presidencia (1988-1994). La reforma agraria de la Revolución mexicana tocó el pilar central de la sociedad alteña: el apego a la tierra.

Además de la religión y la lengua, aquellos campesinos castellanos portaban la forma de herencia característica de Castilla, e indiscutible en la serranía abulense, que estipula el reparto igualitario de la propiedad entre los hijos, de la tierra y de los animales y bienes en general. Nacieron como sociedad diferente en el territorio alteño, nombrando “rancho”<sup>7</sup> a

6. En México, sistema de propiedad colectiva de la tierra surgido de la reforma agraria impulsada por la revolución de 1910.

7. Acerca del término rancho, Esteban Barragán escribe: “El punto de partida de la palabra

los terrenos en donde se localizaban sus pastos, animales, cultivo y casa. Desarrollaron un profundo arraigo a la tierra por la que pelearon contra los chichimecas, que buscaban con insistencia la recuperación de sus antiguos territorios, hasta que fueron severamente derrotados por un ejército combinado de españoles y tlaxcaltecas en la célebre batalla del Mixtón, en 1542.

Para una sociedad con una historia como la que en apretada síntesis describimos, una reforma agraria que planteaba el paso de la propiedad de la tierra al Estado y desde aquí su concesión para usufruirla, significaba una amenaza a sus fundamentos. A ello sumemos el anticlericalismo manifiesto de los hombres de la revolución de 1910, para explicarnos la generalizada movilización de los alteños contra el Estado nacional en aquella guerra de 1926-1929 que aglutinó a la sociedad local alrededor de sus bases: la tierra y la religión. Defender la tierra era defender la región, y la religión, en una palabra, lo "alteño", la vida ranchera. El desenlace de este conflicto que adquirió visos de guerra civil, permitió la consolidación del Estado nacional en Jalisco a cambio de no llevar a cabo la reforma agraria en Los Altos. "No se puede repartir lo que nosotros mismos repartimos", aducen los alteños, y menos transferirle al Estado la propiedad de una tierra que ha pasado de una generación a otra por la vía del propio sistema de parentesco. La guerra cristera significó, además, la consolidación de una conciencia regional nucleada alrededor de la propiedad privada de la tierra y la práctica de la religión católica, aunadas a la ganadería como fundamento de la economía local. El término *ranchero* engloba esa realidad y esa historia descritas.

Alrededor del manejo del ganado el *ranchero* alteño desarrolló una habilidad especial en el dominio del caballo. Éste ha tenido un lugar preferente en las querencias alteñas como animal compañero fiel, además de símbolo de masculinidad. A la mujer se le compara constantemente

'rancho' se encuentra en el verbo francés *se ranger*, mismo que hace alrededor de 500 años saltó al castellano traduciéndose por [laranchar] o [rancherarse]. Inicialmente circuló como término militar asumiendo las acepciones de 'alojarse', 'arreglárselas' y "citando a Corominas", continúa, comida que se reparte a los soldados puestos en fila o en círculo" y la acción de instalarse provisionalmente en un lugar fuera del poblado". (Barragán, 1997, p. 36.) También puede consultarse a Fábregas, 1986, pp. 150-151. En la actualidad, el rancho es la unidad de explotación agroganadera situada fuera de los límites urbanos.



te con la yegua, y al caballo se le suponen atributos del hombre alteño. Todo ello está simbolizado en la charreada, que ha sido el juego preferido del ranchero hasta hace unos años en que empezó a compartirse con el rodeo, la fiesta máxima de los texanos. Y ello es indicativo, también, de los procesos de transición y cambio que vive la sociedad alteña, que incluso alcanzan a la religión. El punto de partida de estos cambios también se localiza en el desenlace de la guerra cristera. He aquí otra paradoja: consolidación de la identidad regional, por un lado, e inicio de la alteridad, por el otro. En efecto, recién terminada la guerra cristera, los alteños se dirigieron en masa hacia Estados Unidos en busca de trabajo y recursos para invertir en su propia tierra. La idea que acompaña al alteño al emigrar es el regreso para invertir en dólares en el terruño. A lo largo de los años, ha sido continuo el ir y venir de los alteños hacia Estados Unidos. Muchos se han quedado al otro lado de la frontera reproduciendo su cultura en Norteamérica, lo que a la postre no impide su regreso.

Si los procesos migratorios habidos en los últimos sesenta años son parte indisoluble de la nueva identidad alteña, en el caso del serrano el continuo ir y venir forma parte de su vida desde que la memoria es tal. Más allá de los confines de la sierra, las tierras llanas de La Moraña han visto durante centenares de años cómo, al llegar el verano, los serranos bajaban en cuadrillas dispuestos a segar los campos. También hacia el sur se les esperaba. Llegado el invierno, “en pasando los Santos”, al alborear del mes de noviembre, el ganado abandonaba las altas cumbres y los pastizales recubiertos de hielo e iniciaba el camino a la cálida extremadura. Y con el ganado, el hombre. El silencio invernal descende a los pueblos de la sierra mientras que sus hombres, a pie y a caballo, con sus perros y sus mulos hateros, atravesaban los puertos acompañando a vacas y ovejas. El serrano es trashumante. Y lo es por su condición de hombre de límites, de gente de fronteras que se mueven. El serrano siempre se está yendo. Y siempre vuelve.

Las vacas con las que tanto se identifica y con las que tiene un trato de igual a igual —no en vano el vaquero considera que los bóvidos son más inteligentes que muchas personas—,<sup>8</sup> son parte de su particular

8. Esta relación hace que, por grande que pueda ser el rebaño, el vaquero conozca a cada uno de



idiosincrasia. Si difícil resulta imaginarse la Sierra de Ávila sin las negras manchas de la vaca avileña, el serrano no alcanza siquiera a concebir cómo sería un mundo sin estos animales. La vaca "avileña negra-ibérica" es un animal fuerte, idóneamente adaptado a la sierra tras siglos de pastarla, caminero, inconformista. Como nos dijeran en Mirueña de los Infanzones, "las avileñas son más esclavas para el campo y, además, se saben defender del lobo". Quién sabe quién imitó a quién. ¿Será el serrano una prolongación del carácter de estos animales?, ¿habrán sido éstos los que han seguido las pautas de los hombres?

Cuando se ve pastar a estos animales en lo alto de los cerros sorprende su escaso gregarismo. Siempre solos o acompañados, a lo sumo, de su prole. Claro que cuando se inicia la trashumancia serán capaces de mostrar una cierta docilidad cooperativa. Así son también los hombres de estas tierras. Trabajan solos, con su familia. Defendiendo hasta lo indecible la tierra de sus padres. Negándose, incluso, a cambiarlas por otras mejores y oponiendo todo tipo de resistencias a las innovaciones, como la concentración parcelaria, derivadas de las reformas agrarias. Si el alteño fue capaz de ir a una guerra por proteger el sistema de propiedad desarrollado con siglos de esfuerzo, de defender las tierras en las que sufrieron los ancestros, el serrano es capaz de dejarse morir de hambre antes que abandonar las tierras que dieron vida a sus abuelos. Y aun así, a pesar de ese individualismo, los hombres y mujeres de la sierra han sido capaces de generar históricamente un sistema de cooperación, hoy de hecho en desuso, que permitía mantener prácticas comunitarias que redundaban en el beneficio familiar. Es decir, la existencia de prados comunales, de vaqueros de ronda o de turno, así como cualquier otro tipo de cooperación era siempre de carácter técnico y encontraba sus límites allí donde las rudas paredes de piedra daban paso al hogar familiar. El comunismo serrano era sobre todo asociación de intereses familiares.

Por tal motivo, no extraña que esa individualidad comunitaria se haya trocado con el devenir de los tiempos en solitario discurrir. Acostumbrados a andar tras los ganados, solos en el campo durante horas, los serranos han aprendido a contemplar el paisaje en soledad, a vivir el

sus animales de forma individualizada. La asignación de un nombre propio a cada animal —"Golondrina", "Tobillera", "Tempranilla", "Escarchá", "Gacela", "Gitana", "Mora", etcétera— es un indicio suficientemente revelador del tipo de relación establecida.

tiempo de forma diferente. No obviemos aquí a las mujeres. Durante el medio año que el trashumante vivía fuera del hogar ellas mantenían no sólo la casa, sino aun el pueblo y la sociedad toda. Por eso, estas mujeres siempre sorprenden a los forasteros: son fuertes como la tierra, dotadas de una sabiduría fruto del trabajo y del esfuerzo de siglos. Tan alegres como cualquiera en las fiestas, tan sacrificadas como nadie durante la languidez invernal. Ellas han sido las que han mantenido la vinculación con la tierra en las ausencias tan frecuentes de los hombres. Las mujeres de la Sierra de Ávila han cuidado desde siempre sus huertos, los han cavado con sus azadones, los han regado y cuidado. Finalmente, han repartido el fruto de su trabajo. Y no sólo cuando la presencia de los varones era sólo un deseo. Con ellos presentes se las veía a diario en las faenas del campo, escardando, cargando con horcones el heno en los carros o formando las parvas cuando era el tiempo.

También de forma simbólica la presencia de las mujeres adquiere fuerza a través de la devoción a Santa Águeda. Rara es la iglesia que no tiene o tuvo una imagen de dicha santa. Imposible es encontrar un pueblo que no celebre, en pleno invierno, su festividad. De hecho, de todas las que antaño hubo en dicha época es la única que pervive. Hay lugares en los que en las “águedas” se sacaba en procesión a la imagen de la santa. La bandeja que porta la escultura de busto redondo, con sus pechos recién cortados, era símbolo de una maternidad hoy ausente. Con el devenir del tiempo, con el envejecimiento de la población, Santa Águeda no ha perdido, sin embargo, importancia: simplemente ha extendido su patronazgo —matronazgo, diríamos mejor— de las madres a todas las mujeres. Es el día que de modo simbólico mandan en el pueblo. En algunos lugares pasean juntas por el entorno de la carretera y obligan a los despistados conductores a pagar un peaje para permitirles el paso. Pocas cocinan ese día y todavía más escasos son los hombres a los que se les ocurre refunfuñar por tal motivo.

Posiblemente “las águedas” sea de las pocas fiestas tradicionales que aún se celebran en la sierra. Con la desaparición de la juventud de los pueblos serranos, otras han ido cayendo en el olvido. Aunque los frontones de los pueblos sigan viendo cómo cada año se pinta sobre ellos la leyenda que vitorea a los quintos, las fiestas que antaño éstos celebraban son hogaño sólo recuerdos.



El año en que los varones se tallaban para hacer el servicio militar, el año en que “se entraba en quintas”, el grupo de edad que veía llegado el tiempo de salir del pueblo celebraba un gran banquete comunitario. Para ello se establecían petitorios que permitían a toda la comunidad sufragar la comida y participar así de la celebración. Frecuente era que las juveniles peticiones se vincularan a las festividades religiosas. Así, por ejemplo, en Pascualcobo el petitorio se realizaba la noche de las Ánimas Benditas, en la que los quintos de puerta en puerta “amenazaban” con que las mismas visitarían aquella vivienda de la que no obtuvieran ofrenda. Más frecuente era que el convite se ligase a la fiesta mayor del pueblo. En estos casos, los gallos primero, y las cintas después, se convertían en el eje de la fiesta.

El elegante ondular de los manteos rojos o amarillos, los brillos de los mantones sobre las espaldas y el sonoro moverse de las faldas se había apoderado ya de la plaza o la era<sup>9</sup> cuando los mozos entraban al trote con sus burros y caballos bellamente enjaezados dispuestos a “correr los gallos”. De la mano libre de cada quinto colgaba un gallo, fruto del petitorio o del descuido de sus dueños que, tras ser entregado al alguacil, era colgado por éste de una cuerda cuyos extremos se anudaban en las vigas enhiestas de sendos carros o en postes erigidos para la ocasión. Atados a la cuerda por sus patas, los cuellos de los animales se ofrecían a la destreza de los jinetes, que al galope tendido intentaban, las más de las veces con éxito, degollarlos con un seco tirón de sus manos. La cabeza del ave arrancada era envuelta en un pañuelo y entregada a la muchacha que el quinto pretendiera requebrar o bien a alguna de sus hermanas. “Era muy bonito, pero con mucha sangre”. Este fue el motivo último que hizo que, más allá de prohibiciones, los gallos se sustituyeran por vistosas cintas de colores. El objeto seguía siendo el mismo: demostrar la habilidad en el manejo de la cabalgadura: caballos, mulos o “buches”.

Hoy, las cintas prácticamente han desaparecido también. Son escasos los pueblos que, como Mirueña, siguen viendo a los mozos jinetear. En esta población, que hace setecientos años se tenía por la más importante de la comarca, la fiesta de los quintos se sigue celebrando como siempre

9. En España, espacio comunal situado al lado del pueblo y utilizado para trillar y limpiar el grano del cereal.



el segundo día de la fiesta mayor, esto es, el 16 de agosto.<sup>10</sup> Aunque sin interrupción se han corrido las cintas desde 1962, año en que se abandonaron los gallos, los más viejos no pueden evitar la sonrisa al ver a los actuales quintos y recordar sus años mozos. Y es que, por una parte, “el ganado ya no está preparado”, porque, al no ser montado a diario y utilizarse en las faenas del campo, ha perdido su habilidad. Por otra, la mayor parte de los quintos son “madrileños”, hijos de los que en los años sesenta emigraron a Madrid, Cataluña o el País Vasco y que mantienen un contacto veraniego con el pueblo de sus padres. Pero, sin duda, la destreza de estos ocasionales jinetes no es ejemplar. Es más, pocos son los que pueden sujetarse a horcajadas, “como Dios manda”, en una caballería. No es raro ver jinetes ayudados por improvisados escuderos que conducen y sujetan al animal en el lugar oportuno para que el caballero con suma precaución pueda soltar una de las manos con que venía agarrándose y tirar con fuerza de la cinta sujeta a una anilla. Como dice don Eulalio, “terminarán haciéndolo en bicicleta que es lo que saben montar”. Eso sí, mientras ese día llega, los quintos de Mirueña siguen entregando las cintas que prueban su habilidad y valor a las escasas mujeres que quedan en el pueblo: sus madres, tías u otras familiares.

En Los Altos de Jalisco la presencia juvenil es, por contra, abrumadora. Es su elevada representación motor de cambios. Podríamos decir que profundos cambios que hoy se visualizan en Los Altos tienen que ver con los más jóvenes. Si antaño las relaciones entre los jóvenes ocurrían en el marco de reglas más bien rígidas, propias de una sociedad conservadora, en la actualidad disponen de mayor libertad. Así, el contraste entre el atuendo de un alteño tradicional (de hombres y mujeres entre cuarenta y cuarenta y cinco años) con las vestiduras y apariencia de los jóvenes (de dieciséis años en adelante) es notable. Las relaciones hombre-mujer son, entre los jóvenes alteños, menos tensas, alejados cada vez más del rígido control que antaño ejercían los padres. Es decir, está en movimiento un proceso de reformulación de las relaciones extrafamiliares-intrafamiliares y de las relaciones sociales amplias, que suponemos

10. En Narrillos del Álamo, lugar que al igual que Mirueña celebra su fiesta mayor el 15 de agosto, los festejos se prolongan durante cuatro días. Pues bien, es tradición que el último día el gasto de la fiesta corra a cargo de los quintos. A tal efecto, el día antes, el 17, se corrían los gallos y así se obtenía capital para pagarla.

dará como resultado nuevas formas y estructuras de la sociedad y la cultura. De tal manera, símbolos que han sido muy caros a los alteños, como el uso del caballo y la charrería,<sup>11</sup> son desplazados paulatinamente por los jóvenes, que prefieren las motocicletas y el rodeo texano. También en la música se advierten estos vientos de cambio y son cada vez más frecuentes las melodías y canciones de corte “norteño” o francamente norteamericano.<sup>12</sup>

Con los regresados llegaron los impulsos de transformación que se sumaron a los surgidos del devenir interno de la región y su articulación con la historia nacional. En efecto, en los propios Altos de Jalisco han sucedido cambios importantes que han reformulado la actividad económica y los fundamentos culturales. El primero de ellos fue el de la ganadería de carne a la de leche, ocurrido hacia la década de los cuarenta con la llegada de la compañía Nestlé (1945), y que ha convertido a la región alteña en la principal cuenca lechera del país. Con éste, llegó al principio la lenta mecanización de la ordeña, y se pasó cada vez con mayor incidencia al estabulaje del ganado, con lo que se ha desplazado al caballo de las labores en el cuidado de las vacas. El ranchero a caballo, cuidando y conduciendo al rebaño por los potreros mientras los animales se alimentaban “del suelo”, es un cuadro cada vez más difícil de observar en Los Altos de Jalisco. Los corrales con los establos al lado que cuentan con instalaciones de ordeña semi o completamente automatizadas están muy extendidos en el trabajo ganadero. Asimismo, la cría de gallinas para la producción de huevos se ha consolidado en Los Altos y ha agregado nuevos elementos al paisaje y a la economía. Lo mismo sucede con la cría del cerdo, que, aunque no era extraña a los alteños, se ha incrementado de manera tal que hoy la región compite con la ciudad de La Piedad, en Michoacán, tradicional centro nacional productor del cerdo. Todo ello implica cambios en los manejos culturales del ganado al introducirse nuevos elementos y desplazarse otros. La mecanización en los establos va dejando atrás al vaquero jinete, al hombre a caballo y al ordeñador. Las

11. Aquí usamos charrería en su acepción mexicana de “juegos de los charros” y no en su significado salmantino de “tierra de charros”.
12. Debemos advertir que la música norteña mexicana tiene un sonido propio y distinto a la conocida como Tex-Mex. En esta última se mezclan esos elementos con otros, sobre todo los que proceden de la música de la Louisiana y los que son claramente mexicanos, como las composiciones estilo “corrido”.



fábricas de huevo no sólo se han traducido en la forja de un empresariado local, sino que han atraído a compañías transnacionales. El transitar de gigantescos *trailers* por las carreteras alteñas, que transportan gallinas y huevos, sustituye al añoso caminar del ganado y del vaquero.

A pesar de los cambios, hay algo que permanece por encima de todo: el apego religioso. A lo largo de su historia, la gente de Los Altos de Jalisco ha vivido y representado un catolicismo profundo, emblemático de la catolicidad criolla mexicana. El charro que porta a caballo el estandarte (pendón) con la virgen de Guadalupe, es una presencia infaltable en los grandes desfiles nacionales cerrando precisamente el paso de los contingentes, como una forma de sellar y reivindicar una vez más la identidad general de los mexicanos. Hace sólo veinticinco años era inimaginable la existencia de la alteridad religiosa en una región de catolicismo profundo y militante. En la actualidad, se ha iniciado la presencia en tierra alteña de grupos religiosos diferentes al católico.<sup>13</sup> Uno de los sacerdotes más destacados de Los Altos de Jalisco admitía, aparentemente sin preocupación, que en la ciudad en la que él vive (una de las más importantes) existían “75 evangélicos” que proceden de “fuera”, “sólo hay que mirar las placas (matrículas) de los autos estacionados alrededor de los locales en donde se celebran las juntas para comprobarlo”, afirmó. Es tanta la preocupación de la Iglesia católica ante esta situación, que el mismo sacerdote reconoció ciertos mecanismos de control para evitar su propagación. Al lado de éstos, otros sucesos son significativos. Nos referimos a la aparición de cristos y vírgenes en la región alteña y a la creación de nuevos centros de peregrinación que vienen a sumarse a un santuario de importancia nacional: el de la virgen de San Juan de los Lagos, una de las ciudades que mayores contingentes de peregrinos recibe procedentes de todos los rincones de la geografía mexicana. De estos nuevos centros religiosos destacan el de la iglesia de Ocotes de Moya, donde se venera al Cristo del Encino, el de la Santa Cruz de Cañada de Islas (Mexticacán),

13. La alteridad religiosa es uno de los procesos más importantes del México contemporáneo, al vincularse con orientaciones políticas y procesos de reformulación identitaria. No es precisamente un proceso de este siglo, pues existen evidencias múltiples de la presencia de ésta desde los días del régimen colonial. Pero no se advertía por el masivo y apabullante dominio de la religión católica. Lo propio de este siglo —en especial a partir de 1960— es la cada vez más notoria presencia de las iglesias evangélicas, particularmente en las franjas fronterizas del sur y del norte y en los pueblos indígenas.



bendecido este mismo año, y el nuevo templo al Señor de la Misericordia en las faldas del Cerro Gordo, cuyas avanzadas obras lo están convirtiendo ya en centro de peregrinaje. Aunado a ello, existe un aspecto que discutiremos más adelante, pero que es necesario mencionar: en los últimos años, los cristos se han aparecido en los ranchos, mientras que las vírgenes en las ciudades. Además de otros factores, esto indica los esfuerzos de la Iglesia para revitalizar la religiosidad tradicional, apuntalar la trayectoria histórica alteña como centro del catolicismo mexicano y hacer de la cuestión religiosa el riñón (núcleo) de la vida local.

También durante siglos ha sido la religiosidad el centro de la vida local serrana. Cuando las fiestas de quintos coincidían con festividades religiosas, el mocerío podía desempeñar un papel importante en las procesiones de los santos. Así ocurría, por ejemplo, en El Mirón. Este pueblo, sito en un altozano desde el que los horizontes parecen no tener fin, ha mantenido desde hace tiempo múltiples procesiones a lo largo del ciclo litúrgico anual. No había año en que los quintos no portasen la imagen del Cristo bendito para que visitara a la patrona del lugar. Rendida pleitesía a la misma virgen de los Dolores, era devuelta a la iglesia mayor de la villa. A su vez, la susodicha patrona encontraba su máxima devoción al coincidir con la Semana Santa. Desde el gran camarín de la ermita en que recibía al Cristo, hoy desgraciadamente sólo ruinas, era llevada en procesión hasta el pueblo el Jueves y el Viernes Santo.<sup>14</sup>

Tanto en la Sierra de Ávila como en Los Altos de Jalisco en la recurrente hagiotoponimia se ve reforzada la vinculación de la gente a lo religioso. Así, el análisis macrotoponómico nos permite hallar entre las principales poblaciones serranas lugares como San Miguel de Serrezuela, San García de los Ingelmos, San Juan del Olmo, San Martín de las Cabezas, entre otros. En la comarca alteña, por su parte, la macrotoponimia es también abundante: San Juan de los Lagos, San Miguel el Alto, San Julián, San Diego de Alejandría, Valle de Guadalupe, Unión de San Antonio, etcétera.<sup>15</sup>

14. Por cierto que estas procesiones no eran las únicas que tenían lugar en El Mirón, pues a ellas hay que añadir la de la Virgen de las Callejas que salía de la iglesia el Día del Señor (el Corpus) y el de San Pedro (patrón del pueblo).

15. La presencia de hagiotopónimos tiene raíces históricas profundas. En la ya citada "Consignación de rentas del cardenal Gil Torres" de 1250 se citan poblaciones como Sancta María de Fortum Pascual, Sancta María del Espinazo, Sant Christoual, Sant Martin de las Cabeças o Sant

En la serranía abulense, la hagiotoponimia se ve reforzada por la presencia en la vida cotidiana de la virgen o de santos como San Miguel, San Juan, San Pedro, San Cristóbal o San Roque.<sup>16</sup> En general, la devoción a éstos se relaciona con el ciclo agropecuario: San Miguel se liga al fin de la vendimia y el inicio de la sementera del cereal —en los días previos se podía sembrar ya en las tierras malas algo de centeno que es más “desdolio”, y “en pasando”, el trigo—; San Pedro es la festividad por excelencia de los pastores que en tal día se “ajustaban” para todo el año.<sup>17</sup> Por su parte, si San Juan, como San Isidro Labrador, omnipresente en las iglesias serranas, supone la reiteración anual de los ritos agrarios que pretendían la reactivación de la naturaleza tras la siega, a San Roque se acude para implorar protección contra las pestes y, especialmente, el cuidado del ganado en un momento en que el estiaje ha dejado los campos sin aguas. Por último, queda el caso de San Cristóbal, cuya devoción se explica por el patronazgo que antaño mantenía sobre los carreteros que tanto abundaban en lugares como Villanueva del Campillo o San Miguel de Serrezuela.

Illefonso. La profundidad histórica de esta hagiotoponimia es igualmente identificada en el caso alteño. Sin duda, las primeras poblaciones que los españoles fundaron fueron conocidas mediante referencias nominales a la santidad. Sin embargo, un análisis macrotoponímico no puede ignorar las alusiones a la divinidad que aparecen en lengua náhuatl: Teocaltiche [...], Teocaltitlán (lugar de templos), etcétera. La religiosidad de serranos y alteños se muestra, a veces, en las disputas relacionadas con la toponimia. Ejemplo de ello sería, en el caso abulense, lo acontecido en San Juan del Olmo. Esta localidad aparece ya citada en la aludida “Consignación de rentas del cardenal Gil Torres” con el nombre de Graios. Durante siglos éste fue el nombre que tuvo la población que con el tiempo sería conocida como Grajos hasta que en 1954 decidió mutar su nombre con la aquiescencia de las autoridades religiosas y civiles por el de San Juan del Olmo. En el caso alteño, podemos aludir a las actuales discusiones a propósito de la denominación de Lagos de Moreno. Fundada en 1563 en la intersección del camino que comunicaba a México con Zacatecas, Chihuahua y el resto del norte y el que a través de Los Altos comunicaba a Guadalajara con el Bajío con el nombre de Santa María de los Lagos, es conocida hoy oficialmente como Lagos de Moreno. En el presente, parece haber una subrepticia ofensiva para alterar la actual denominación y recuperar la antigua.

16. De las parroquias serranas, una de cada cuatro está dedicada a la Virgen, en cualquiera de sus conocidas advocaciones. San Pedro, San Juan Bautista, San Cristóbal y San Miguel ven cómo su nombre se repite en tres parroquias en cada caso. Cabe reseñar que, siguiendo la costumbre provincial, no existen parroquias dedicadas a santas (del total de 260 parroquias en que se divide el obispado de Ávila, sólo dos tienen a santas por patronas).
17. La vinculación de esta festividad al “ajuste” de los pastores está tan arraigada que incluso ha generado expresiones populares que no se entenderían al margen de la misma. Así, pudimos oír en Ortigosa que cuando, por los motivos que fueren, un pastor dejaba de prestar sus servicios y rompía con el propietario de un rebaño, con independencia de en qué época del año se estuviese, se decía que el pastor “había hecho San Pedro”.



Por otra parte, llama la atención la frecuente presencia de animales domésticos en la iconografía popular serrana. Paredes de templos hay, como el caso del de Diego Álvaro, que aúnan a San Antón y su pequeño garrapo<sup>18</sup> con el no menos diminuto cordero que acompaña a San Juan bajo la atenta mirada del fiel perro que perpetuamente escolta a San Roque. En esta ocasión, sólo faltaba para completar la imaginería animal la pequeña yunta de bueyes que desproporcionadamente siempre acompaña a la figura más grande de un orante San Isidro Labrador como la de, pongamos por caso, Villanueva del Campillo.

Durante años, en los pueblos que las veneraban, estas imágenes han sido sacadas en procesión ya en las fiestas o bien cuando el clima rompía la aparente circularidad anual. Si hacia fines de abril —“abril, aguas mil”— el cielo aún no había descargado suficiente lluvia, no era extraño que San Antonio saliera en procesión pidiendo el preciado bien. Por cierto, que al mismo santo acudían otrora las mozas de los pueblos a solicitar ayuda para el casamiento. Hoy, la mayoría de estas imágenes precisan de los urgentes cuidados de restauradores. La policromía se desvanece debido a la humedad. El polvo de años apaga los colores y ante la desolación de las beatas y los fieles, la madera de siglos se agrieta. Su estado es tal que, a veces, se pueden encontrar estas esplendorosas figuras arrinconadas en recónditas esquinas de sacristías en espera de tiempos mejores que, tal vez, no llegarán.

Atrás quedan los tiempos en que se precisaban más de ciento veinte sacerdotes para atender las veinticuatro parroquias y trece ermitas y santuarios de las que hablara Pascual Madoz.<sup>19</sup> Hoy, son veintisiete parroquias, algo menos de diez por ciento del total de la diócesis, pero el número de sacerdotes para atenderlas difícilmente rebasa la decena.<sup>20</sup> Y, sin embargo, a pesar del envejecimiento de la población, la Sierra de

18. En Castilla, cerdo pequeño.

19. Pascual Madoz. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid: 1845-1850. (Existe una edición que extracta del mismo los términos referidos a la actual provincia abulense. Valladolid: Ámbito, 1984.)

20. Así, por ejemplo, el párroco de Martínez lo es también de Carpio Medianero, Diego Álvaro, San Miguel de Serrezuela y Pascualcobo, mientras que en la época en que Madoz efectuó su diccionario, Martínez y San Miguel de Serrezuela contaban con nueve personas para atender el culto. El mismo número de sirvientes eclesiales había en Muñico, mientras que hoy con un solo sacerdote se atiende al citado pueblo junto con Ortigosa de Río Almar, San Juan del Olmo y Manjabálago.



Ávila sigue proporcionando sacerdotes a la Iglesia. Si el pasado año fue ordenado como tal un joven de Martínez, todavía hoy, a pesar del rayo que cayó sobre la misma, ondea una bandera blanca en lo más alto de la iglesia de Diego Álvaro como símbolo de un reciente misacantino del pueblo. Aun así, se hace preciso reconocer que la población eclesiástica abulense ha seguido los mismos derroteros que la demografía provincial. Es más, a comienzos de la década presente la edad media de los sacerdotes diocesanos incardinados en Ávila era de sesenta y tres años.<sup>21</sup> En esas mismas fechas, de los 214 sacerdotes de la diócesis abulense que habían nacido en la misma, casi once por ciento lo habían hecho en la Sierra de Ávila.<sup>22</sup>

Las iglesias cerradas de los pueblos ya no se abren a diario. En algunos lugares la misa dominical se ha convertido en quincenal, aunque las Siervas de San José de Gallegos de Sobrinos o las Madres Reparadoras de Chamartín ayuden a mantener el servicio semanal. No es raro oír la queja lastimera de los curas que, fuera de las fiestas de guardar o de la cambiante fiesta patronal, sólo abren los templos para celebrar funerales. Las albas blancas que acompañaban a los niños cuando iban a “cristianar” o las carracas<sup>23</sup> que aturdían en las “tinieblas” de la Semana Santa son sólo recuerdos como lo son los convites que seguían a las bodas.

Ya no hay recién casados que deban ocultar en qué casa van a pasar su primera noche marital para evitar las cencerradas y voces ante la ventana.

La “costumbre”, que a regañadientes algunos pagaban, es sólo anécdota en la historia de la vida cotidiana de los pueblos aunque la frase “o pagas o al pilón” se siga repitiendo. La “costumbre” era el pago simbólico que el novio forastero hacía a la comunidad —representada en los más jóvenes— por llevarse a una mujer del pueblo. Esta práctica se hallaba

21. Datos obtenidos de la *Guía diocesana*. Ávila: Obispado de Ávila, 1989.

22. Las numerosas fechas en que se registran ordenaciones sacerdotales de hijos de la Sierra de Ávila en los años precedentes a la diáspora migratoria abulense: San Juan del Olmo (1933, 1945, 1959, 1961), Solana del Río Almar (1948, 1960), Carpio Medianero (1950, 1953, 1954), Martínez (1964, 1966), Mercadillo (1952, 1963), Muñico (1943, 1954), San García de Ingelmos (1941, 1956), Mirueña de los Infanzones (1969), El Mirón (1950), contrastan vivamente con las escasas que tienen lugar en los setenta y ochenta: San Juan del Olmo (1978), Solana del Río Almar (1978, 1984). *Guía diocesana*.

23. Matracas.

totalmente extendida por la sierra, aunque se diversificaba en variantes locales. En algunos lugares el pago era en especie. Así, un vecino de Ortigosa recordaba cómo había pagado a los de Grajos —ahora San Juan del Olmo— tres tostones<sup>24</sup> y dos liebres para que se dieran un banquete los jóvenes del pueblo de su reciente esposa. En otros, el pago era metálico. En Aldealabad del Mirón nos contó uno de sus habitantes cómo había ido en calidad de padrino acompañando a uno de sus connaturales hasta Arevalillo. En esa ocasión, el novio no pagó, pues allí lo hacía el padrino: treinta duros del año 57. Tampoco era raro que hubiese que pagar dos veces. Así, por ejemplo, este padrino pagano cuando fue hasta El Mirón a buscar su esposa tuvo que abonar por dos veces la “costumbre”: una al pedir a la que sería su esposa, otra al llevársela del pueblo.

Por otra parte, existen indicios suficientes como para pensar que en la Sierra de Ávila se celebraron ritos asociados al matrimonio, como “la arada de los novios”, que consiste en la realización de una arada simbólica por parte de los recién casados. Salidos de la iglesia y acompañados del general griterío, los contrayentes se dirigían a una tierra señalada, generalmente un ejido<sup>25</sup> o parte del común. Llegados allí y en medio de la algarabía, se les uncía un yugo al que se sujetaba un arado.

Como si de una yunta se tratara los recién casados se esforzaban entre los jaleos y los ánimos de la concurrencia en tirar del mismo, hasta lograr hendir la tierra marcando un surco completo. Las coplas populares que antaño cantaban las mozas, no sólo en estas ocasiones festivas, también inciden en la vinculación de lo amoroso y lo agrícola. Prueba de ello es la siguiente coplilla que oímos de labios de una mujer de San Juan del Olmo:

Me gustan los labradores  
sobre todo en el verano  
por la sal que ellos derraman  
para recoger el grano.

Los labradores  
por la mañana

24. Tostón: lechón.

25. En España, campo comunal situado a las afueras del pueblo; no se labra y suele utilizarse como era o para reunir el ganado.



el primer surco y olé,  
es pa' su dama.

La memoria difusa del tiempo ha borrado los contornos del recuerdo, y de este ritual que asimilaba matrimonio y agricultura, sólo permanece la evocación de una broma que los recién casados debían soportar. Es más, en el caso que nos ocupa, y sin poder constatar su generalización por el territorio serrano, ni siquiera podemos afirmar que el ritual se celebrase en su totalidad. Si bien es cierto que nuestros informantes recordaban la unción al yugo, no tenían memoria de la posterior arada. Ignoramos si fue la predominancia de la actividad pecuaria la causante del desuso de un ritual eminentemente agrícola o si dicha práctica fue importada de forma incompleta de otras regiones con las que había contactos frecuentes.<sup>26</sup>

Sea como fuere, los intercambios matrimoniales nos sitúan ante la evidencia de que los núcleos de población serranos, si bien tendían a aproximarse a la autosuficiencia productiva, no eran sociedades cerradas: las relaciones intra y extracomarcas eran habituales. Aunque el recelo entre morañegos y serranos ha sido y es mutuo, se podía ver a los primeros por la sierra buscando un heno de superior calidad para alimen-

26. La arada de los novios se celebraba en las tierras a las que los pastores castellanos y leoneses "bajaban" a pasar el invierno, en especial en la Alta Extremadura cacereña. Igualmente, se puede constatar su desarrollo a lo largo de casi toda la Ruta de la Plata, coincidente en su trayecto con una de las cañadas trashumantes más importantes y por la que numerosos vaqueros y pastores abulenses descendían a tierras del sur tras incorporarse a ella luego de dejar la Sierra de Ávila en Zapardiel de la Cañada y Arenalillo y adentrarse en la provincia de Salamanca por el Puente del Congosto. También era muy frecuente en las vecinas comarcas salmantinas de Alba y de la Sierra de Béjar, con múltiples variantes locales. José Luis Mingote Calderón, a partir de los datos reseñados en la obra de Juan Francisco Blanco [(dir.). *Prácticas y creencias supersticiosas en la provincia de Salamanca*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional de la Diputación Provincial de Salamanca, 1987], presenta la siguiente descripción de la arada: "La costumbre solía tener lugar a la mañana siguiente del día de la boda y en ella participaban los mozos, quienes acudían a la casa donde habían dormido los novios y les uncían al yugo de variadas formas: en la zona de la Sierra de Béjar, al novio le ataban por el pecho y a la novia por la cintura y, para la gente de la zona, este acto simbolizaba la unidad y los sufrimientos del matrimonio. Por los datos que se mencionan, parece general que a los novios les ayuden a arar las personas que les uncen. Sin embargo, no siempre queda claro que araran realmente, ya que mientras que en la Charrería sí les hacían trazar un surco en cualquier ejido o en la plaza del pueblo, en otros lugares da la impresión de que sólo paseaban el arado, como sucedía en Pelabravo, donde lo llevaban desde la casa hasta la taberna, lugar en que la compañía era invitada a aguardiente". José Luis Mingote Calderón. *No todo es trabajo*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional de la Diputación Provincial de Salamanca, 1995, p. 227.



tar a los ganados del llano. Igualmente, finalizando el estiaje, gente de Herreros de Suso, de Salvadiós, Flores y otros pueblos de La Moraña se adentraban en la serranía para comprar el estiércol con que abonarían sus campos y que en la sierra, merced al ganado abundante, se producía en demasía. Aun así, pocas veces el serrano adoptaba la posición dominante en la relación. La gente de las llanuras del norte de las provincias de Ávila y Salamanca, lo mismo que la del sur de la de Valladolid, se acostumbró a ver cómo llegaban con el calor, como golondrinas en verano, las cuadrillas de serranos dispuestos a segar. Eran, primero, pequeñas avanzadillas. Gente avezada en el trato con los propietarios de la estepa cerealista castellana, hombres acostumbrados a lanzarse a la aventura desconocida de buscar un trabajo para ellos y sus vecinos en tierra extraña: los mayores. El mayoral era quien ajustaba los precios por el trabajo. Tras hacerlo, y muchas veces sin haber visto tan siquiera la tierra que había que segar, volvía al pueblo del que partió y ofrecía el trabajo: siega en tal sitio a tanto la "obra" <sup>27</sup> o tanto por la temporada. Reunida la cuadrilla, llegaban al campo y hoz en mano volvían sus cuerpos hacia la tierra e iniciaban un trabajo que se mantenía a un constante ritmo. Con las oportunas salvedades, los tratos siempre intentaban mantener la paridad, pues no en vano el amo sabía que una mala alimentación o una injusta remuneración significaban pérdidas ostensibles en la cosecha, tanto por lo que los segadores dejaban en manos de las espigadoras que anhelaban el fin de la labor, como por los granos que se desparramaban en hacinas <sup>28</sup> mal hechas. En todo caso, de haber algún descontento era el propio mayoral, a pesar de cobrar lo mismo que sus compañeros, el encargado de trasladar la queja ante el amo y hacerle ver lo injusto del proceder. Aunque los tiempos no son comparables, aún hay quien recuerda haber cobrado 3,000 pesetas del año 53 por toda la cosecha realizada en tierras de Castellanos de Zapardiel.

27. La obra es una medida hoy desaparecida que equivalía al trabajo que una yunta podía desarrollar en un día. Debido a lo cambiante de las condiciones del terreno —dureza del suelo, grado de inclinación, pedregosidad, etcétera— podía variar mucho de un lugar a otro. Tampoco es el mismo terreno que ara una yunta de vacas que de mulas, pues éstas son más rápidas. Con las matizaciones precedentes, una hectárea sería equiparable a dos obras y media aproximadamente.

28. Hacinas o haces: gavillas.

A pesar de la visita anual, o tal vez por ella, los morañegos tienden a pensar que los habitantes de la sierra "no son castellanos como nosotros". El serrano responde a esta afrenta pensando que en "la sierra la gente es castiza, no como los morañegos, que no son sinceros y sí muy orgullosos".

Para la gente del llano, la serranía se identifica con la pobreza. Y, ciertamente, en los años del hambre se pasó mucha en la sierra. Pero no menos que en la Tierra de Arévalo. Es más, de alguna forma se podría aseverar que la diversificación productiva del serrano garantizaba, en su extrema pobreza, con menor dificultad la pervivencia que el rico monocultivo de los secanos de la planicie. En estos pueblos de adobe, de secular tradición cerealista, las malas cosechas suponían considerables hambrunas, en tanto que en la sierra una mala cosecha se paliaba gracias al resto de la producción.<sup>29</sup>

Y es que el serrano no sólo era segador por cuenta ajena o pastor trashumante. Las riberas y vegas de ríos y regatos, así como las tierras más cercanas a las poblaciones, han sido, y siguen siendo, de alguna forma, lugar idóneo para una producción hortícola mantenida con el trabajo manual de azada y regada a diario con el agua de los pozos. Berzas, repollos, tomates, patatas, judías, garbanzos. Poco de todo. Lo justo para el gasto.

Además, las tierras más flacas, puro granito bajo la dura y reseca capa parduzca de los antiguos eriales o terrenos comunales repartidos, mantenían una producción constante. Si se quisiera comparar con los rendimientos de las tierras más fértiles, sin duda la producción serrana difícilmente alcanzaría la categoría de escasa. Ahora bien, la escasez no es tanta cuando es poco lo que se espera y, a fin de cuentas, la huerta, algún

29. Serafín de Tapia ha mostrado cómo en el siglo XVI las hambrunas que se padecían en La Moraña eran debidas no sólo a la impredecibilidad natural: "Se trata del sistema de comercialización de los excedentes agrarios empleados por los rentistas; en los años de buenas cosechas compraban a bajo precio el grano de los campesinos y lo almacenaban para irlo vendiendo a altos precios en el invierno y primavera que seguían a los años de escasa producción; como el pueblo menudo vivía con deudas constantes y sin reservas económicas, nada más recoger la cosecha malvendía sus cortos excedentes agrarios en los años buenos, viéndose obligados los años de carestía a pagar —o a hipotecar su hacienda— el precio que los acaparadores querían pedir por el grano que se necesitaba para subsistir hasta la siguiente cosecha". Serafín de Tapia. "Disponibilidades alimenticias de Fontiveros en tiempos de San Juan de la Cruz." *Cuadernos Abulenses*, núm. 14, 1990, pp. 15-16.



frutal, el ganado y el mantenimiento de un ciclo trienal de barbecho<sup>30</sup> —algarrobas— trigo daba lo justo para malvivir.

Finalizando septiembre, y una vez que el ganado que había utilizado la tierra como agostadero salía de los campos que iban a ser sembrados, se procedía a darle la vuelta al suelo gracias al esfuerzo de yuntas de bueyes o mulas. Previamente de las cijas, los corrales, se había ido extrayendo el vicio, el estiércol, que se amontonaba para formar muladares. Este vicio sería después trasladado en carretas hasta el lugar de siembra y desde las mismas era repartido por el vaquero con palas. En ocasiones, no era preciso acudir al reparto si se había podido introducir el ganado acorralado en el campo que se iba a sembrar. En este caso, lo que acontecía es que durante el verano la cija de los ovinos, la red, era movida noche tras noche de forma que al final de la temporada todo el terreno que iba a ser sembrado hubiese acumulado suficiente estiércol. La rotación trienal, con un año de descanso de la tierra en barbechera, garantizaba que la pobreza del suelo no llegase hasta límites próximos al agotamiento.

Abonada la tierra, llegaba la siembra —siempre al “voleo”—principalmente de centeno, si la tierra no era muy buena, o de trigo o cebada, si era mejor.<sup>31</sup> El labrador, con la semilla en la talega<sup>32</sup> que colgaba del hombro, como si de un hato se tratase, marcaba con un palo clavado en el primer surco el lugar por donde comenzaba su pasear. Con cada paso, una faja de tierra sentía la lluvia de grano. La velocidad del paso era variable en función de las cualidades de la tierra que se estuviera sembrando. En las buenas tierras, los surcos debían recibir más cantidad, mientras que en las malas no importaba tanto que el grano se esparciera más. Fuera como fuese, cada “voleo” cubría una “melga”.<sup>33</sup> Las tierras poco propicias, dada la escasez de grano y abono que recibían, con frecuencia se convertían en melgares, esto es, en campos llenos de mielgas.<sup>34</sup> Al llegar la primavera, el arduo trabajo de la escarda, realizado

30. Barbecho o barbechera: en España, tierra de cultivo que se deja descansar durante un año.

31. Un antiguo dicho castellano clarifica en qué tipo de tierras se puede sembrar el cereal: “Trigo en polvo y cebada en lodo, centeno en todo”.

32. Alforja rudimentaria.

33. Medida, hoy desaparecida, de anchura variable que equivalía aproximadamente a dieciséis surcos.

34. La mielga es una planta anual que abunda en los sembrados y que, de no arrancarse, puede



fundamentalmente por las mujeres y los niños, se convertía en uno de los más importantes del año al garantizar la cosecha que, de otro modo, perecería en el herbazal.<sup>35</sup> Todavía en los años cincuenta de este siglo podía verse cómo, tras la siega del cereal, llegaban a las eras de El Mirón hasta cuarenta y cinco carretas cargadas con las gavillas atadas con la paja del centeno. Estas “cuerdas” de centeno que servían para atar los haces de las mieses eran conocidas como “vencejos”, razón por la que en pueblos como Mirueña se resumía toda una vida con expresiones como “andando y comiendo y haciendo vencejos”.

Conviene señalar que los ciclos del trabajo impedían tanto su acumulación excesiva en una época, aunque era inevitable que al comenzar el verano abundase, como su ausencia en otra. Así, por ejemplo, la siega se iniciaba con los productos más delicados: las algarrobas, el heno y la cebada. Concluida esta primera, era ya el tiempo de iniciar la del trigo y el centeno. Posteriormente, las diversas labores de la era se prolongaban casi hasta el momento en que debía volverse a la tierra para “darle la vuelta” y abonarla.

El escalonamiento de la actividad laboral no sólo venía referido a lo que ocurría a lo largo del ciclo anual agrícola, sino al que tenía lugar día a día. Llegado el tiempo de las primeras siegas, con la fresca de la noche aún reciente y en pleno rocío, había que recoger las algarrobas, pues si el calor que en estas épocas aprieta caía a plomo sobre dichas plantas, las vainas se iban al suelo y se perdía gran parte de la cosecha.

A última hora de la tarde, cuando ya el sereno se aproximaba, era el momento de la cebada, que, por cierto, no convenía dejar secar en exceso si no se quería ver sus espigas desparramadas por el suelo. Entre ambas

alcanzar entre setenta y ochenta centímetros de altura. Posee, además de grandes hojas y una raíz profunda y recta que impide el normal crecimiento del cereal, una flor azulada y produce una especie de vaina en espiral en cuyo seno aparecen unas semillas doradas y con forma de riñón. Por extensión, la palabra mielga puede aplicarse a casi todas las malas hierbas que se arrancan durante la escarda.

35. Aunque escardar hace referencia, en sentido estricto, al trabajo de arrancar los cardos, se utiliza para el arranque de cualquier mala hierba. La escarda exigía una cierta pericia, pues habían de ser desenraizadas todas las plantas que pudieran molestar al sembrado sin producir en el mismo ningún mal. Por tal motivo, cuando se contrataba personal para que la hiciera, el pago se efectuaba tras la cosecha y en función de la misma, ya que se suponía que si ésta era buena, el escardado también lo habría sido. La importancia de la escarda viene acrecentada cuando se tiene presente que expresiones como “ser trigo limpio” referidas a una persona nos indican si se puede o no confiar en ellas.

actividades, el heno ocupaba la acción del labrador, pero antes de proceder a su siega era preciso terminar la labor de las algarrobas haciendo un rebujal denominado por estas tierras "morena".

La técnica para la siega del heno y del cereal era diferente como consecuencia del empleo de tecnología distinta: hoz para el cereal; guadaña para el heno. Ciertamente, la guadaña permite una mayor velocidad que la hoz y es más descansada que ésta, pero en el caso del cereal debe ser desechada por un doble motivo: "siega muy bajo" y elimina, por tanto, gran parte de la rastrojera que aprovechan después los animales; en segundo término, el corte tan bajo hace que la caída de la espiga vaya seguida de la pérdida de mucho grano que se esparce por el suelo. Además, la diferencia de corte viene dada también por las ulteriores posibilidades de almacenamiento. Mientras que el cereal se reúne en hacinas o gavillas que con los carros son llevadas hasta la era para que, después de hacer la parva, trillar, aventar y cribar, puedan ser guardadas en "sobraos" o almacenes; en el caso del heno, una vez concluida la siega se proceden a hacer "peces" o cordones, que son unas hileras de heno acostado en el suelo a lo largo del prado del que ha sido segado y que hay que ir volteando de cuando en vez para lograr que se seque en su totalidad antes de ser almacenado. Llegado el momento de su recogida, se acumula en ameaes en forma de pera tan característicos del paisaje serrano. Por lo regular, estos henares, que en algunos lugares de la sierra llaman también "nieras", permanecen en el propio prado resguardados de la voracidad animal por unos cerquillos de piedra. Tampoco es extraño, no obstante, si el prado está muy lejos del pueblo, trasladarlo hasta otro cercano.

Los múltiples trabajos derivados de la siega del heno, alimento para el animal en el duro y frío invierno serrano, así como la certeza de una rastrojera del cereal bien cortado, nos colocan, una vez más, ante la tesitura de un paisaje agrícola subordinado, o cuando menos complementario, de la actividad pecuaria.<sup>36</sup> La cabaña ganadera que durante años ha

36. A propósito del similar paisaje alistanio, J. I. Plaza afirma algo que es válido para la Sierra de Ávila: "La primacía de la ganadería mantiene supeditada a la agricultura, lo que ha originado que esta economía de subsistencia sea una 'economía ganadera que descansa sobre un paisaje netamente agrícola'[...] Es más, incluso la existencia de un paisaje de campo cercado ha tenido fuerte vinculación con la ganadería, ya que[...] otra de las causas que indujeron a la práctica de tal sistema venía determinada por la defensa de éstos (campos) frente a posibles deterioros ocasionados por el tránsito y pastoreo del ganado". J. I. Plaza Gutiérrez. *Organización y*



estado presente en la Sierra de Ávila está formada sobre todo, como ya hemos indicado, por vacas de raza “avileña-negra-ibérica”. En el seno de la misma se ha podido distinguir secularmente el ganado montaraz o cimarrón<sup>37</sup> de aquel otro que estaba en los establos próximos a las viviendas para ser utilizado en la labor como yunta. Para este menester se coloca sobre los bóvidos un yugo que se ayunta tras los cuernos y se anuda con unas cintas denominadas “coyundas”. Este yugo es diferente del que utilizan las “bestias”, las caballerías, porque procede de la parte del cuerpo con la que se efectúa el tiro, bien del arado o del trillo. Así, en el caso de vacas y bueyes el arrastre se efectúa desde la cabeza. Las caballerías, sin embargo, hacen fuerza con el pecho, razón por la que el yugo con que se les unce se sujeta a unas colleras de cuero asidas en el costillar. Tanto en un caso como en otro, el yugo posee una oquedad, la rondaja, a través de la cual se introduce un cañizo que se sujeta con un pasador denominado “labija”.

Hay que señalar que, en ocasiones, la yunta era utilizada también para domar a las caballerías más jóvenes. Sucedió esto en el tiempo de la trilla. Llegados a la era y situada la parva en el lugar correspondiente,<sup>38</sup> se procedía a uncir a los animales. A continuación se colocaba junto a las ayuntadas al potro nuevo, de ser posible junto a la madre, que pasaba así varios días dando vueltas al mismo paso. Cuando el dueño por vez primera lo montaba, parte de su fogosidad había desaparecido ya. El trillo que separaba el grano de la paja, atemperaba también el peligro de potrancos indómitos.

Además de bóvidos yunteros y cimeros y de las imprescindibles caballerías, otro animal está presente en la actividad cotidiana de parte de los serranos: la oveja. Hasta no hace mucho el pastor era un asalariado que rara vez entraba en los pueblos si no era para cambiar de muda y visitar esporádicamente a la familia. A diferencia de lo que hoy es habitual, el salario en dinero, antes se utilizaba la “escusa” y “compango” como

ocasionados por el tránsito y pastoreo del ganado”. J. I. Plaza Gutiérrez. *Organización y dinámica del paisaje del oeste zamorano: el campo de Aliste*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos Florián Ocampo, 1986, pp. 105-106.

37. El término montaraz deriva directamente de “monte”, como el de cimarrón, de “cima”.

38. El uso de la era venía precedido de un reparto entre los vecinos del pueblo que mantenía, incluyendo sorteo trienal, su carácter rotacional que garantizaba la correcta distribución de los buenos y malos lugares con el decurso de los años.



medio de pago. La escusa es el número de ovejas del rebaño de las que el pastor podía extraer beneficio. Por San Pedro, con el ajuste, el amo del rebaño indicaba cuántas ovejas en escusa tenía el pastor, aunque no se indican con precisión cuáles eran éstas. De lo contrario, no hubiese sido difícil que el pastor diese un mejor cuidado a las que usufructuaba durante el año. Llegado el tiempo del pago, el amo de la piara entregaba tantos corderos como hubiesen correspondido a las ovejas "ajustás". El compango, por su parte, era la comida que el dueño se obligaba a entregar a diario al pastor, por lo general una cantidad prefijada de garbanzos, tocino y pan.

Aunque lo habitual era que amo y pastor comiesen juntos, a medida que el segundo iba adquiriendo un cierto patrimonio merced a la escusa, el compango podía entregarse al pastor directamente para que lo llevase a su casa. Ahora que la trashumancia y la trastermitancia han disminuido hasta límites que los "antiguos" no podían imaginar, los pastores han cambiado por completo sus condiciones de vida. Siguen moviendo cada noche las "teleras" que forman la cija para garantizar un reparto equitativo del vicio, pero ya no pasan el día y la noche con el ganado. Vuelven a sus casas como cualquier otro trabajador y comienzan a disfrutar de un tiempo libre con el que nunca habían soñado. Y, sin embargo, ante un lustroso rebaño que pastaba en lo que antaño fue era, ahora abandonada, un pastor reflexionaba con amargura: "Ahora los amos se han tenido que hacer pastores. No hay ya buenos pastores, la generación buena de pastores se está terminando".

Algo hay que no ha cambiado en la vida del pastor: el perro. El perro es animal omnipresente en la sierra, "imprescindible" —aseguran—. Dotado, al decir de pastores y vaqueros, de una excepcional inteligencia, allí donde hay ganado hay perros. Grandes perros mastines de impresionante alzada y andar cadencioso, como si les costase mover su más de medio centenar de kilos. Prestos siempre a la defensa. No se les oye llegar. No ladran. Pero cuando un extraño, persona o animal, se acerca al rebaño, allí están atentos. Perros hay también pequeños. Careadores o, sencillamente, careas. Vivos, rápidos y ágiles. Ladradores siempre pendientes del pastor. El menor movimiento del hombre es una orden para ellos. Impiden que las ovejas entren en el sembrado, reúnen el ganado disperso, aceleran su camino en las peligrosas travesías de las carreteras.

Igual juntan cincuenta ovejas dispersas que mantienen en línea a doscientas vacas que esperan ansiosas su comida. Dejan sentir su presencia y jerarquía entre los animales que rodean al hombre. Una simple caricia, un silbido y las sobras de la comida del dueño son su premio. El mastín cuida el ganado; él carea al pastor. Si el pastor se jubila puede vender sus ovejas y el cupo que la Unión Europea le haya concedido. Pero nunca se desprenderá de un perro, un "compañero" que ha compartido con él horas de soledad en la inmensidad de la sierra y que durante toda una vida ha sido su único apoyo. La imagen presente en todas las iglesias serranas de San Roque con su perro se repite a diario en el campo. Desde lejos, el pastor y el perro se diferencian de la iconografía del santo sólo porque el hombre de la sierra lleva sus piernas cubiertas.

La referencia al cupo de la Unión Europea nos sitúa, una vez más, ante una tesitura totalmente diferente. A finales de los cincuenta, España comenzó a ser aceptada en el seno de la Comunidad de Naciones. La apertura de fronteras suscita durante la década siguiente la marcha masiva de emigrantes con destino a Europa. El campo se despuebla. El arado se sustituye por la paleta del albañil en las ciudades que comienzan a prosperar como consecuencia de los cambios económicos. La sierra, como el resto del agro español, se ve fuertemente afectada por este proceso. La producción para "el gasto" es sustituida en algunos lugares por una agricultura de mercado que, no obstante, no llega a la sierra directamente, pero que termina por invadirla. Hoy resulta más barato comprar un camión de cebada extracomarcana que producirla en los recios suelos de piedra. Las yuntas pierden su razón de ser. La juventud productiva se marcha a la ciudad y en los pueblos quedan sólo los viejos, desmoralizados, viendo cómo se caen los pueblos, "por aquí es como si hubiese pasado la guerra de Bosnia", nos decían en Gamonal ante el desolador paisaje de ruinosas moradas. "El pueblo aquí está, lo que no hay es gente", apostillaban en Vadillo. Sin gente para qué producir. En estos momentos, el recurso de mayor importancia son las pensiones de jubilación. Y aun así, mientras puede, el serrano pisa la tierra, produce en su huerta las cuatro patatas que después mandará al hijo madrileño que, ciudadano al fin, mantendrá sin saberlo el contacto con la tierra de sus abuelos. Ya no hay fiestas como antes; ya no hay escuela, ni niños, pero la mirada perdida en el horizonte de estos ancianos juiciosos a los



que los hijos siguen consultando acerca de las decisiones más importantes que han de tomar en su vida, el sentir de estos hombres y mujeres que han pasado en vida de la Edad Media al siglo XXI sigue reflejando, como el apacible airecillo del ocaso de la tarde veraniega, un hálito de esperanza.

Si los cambios operados en la sierra en los últimos cuarenta años han transformado totalmente la gente y los paisajes, otro tanto se puede decir de lo que ha ocurrido en Los Altos de Jalisco. Los procesos demográficos han sido muy diferentes y, en consecuencia, la historia común o paralela que hasta comienzos de siglo había hallado numerosos puntos de contacto está formando ya rutas divergentes. Sin embargo, no puede obviarse que parte de los cambios que se producen tienen que ver con el desenvolvimiento de contiendas bélicas. La posguerra española y sus secuelas de hambre y posterior desarrollismo fueron el detonante de la migración. La guerra cristera se tradujo en una transformación notable de las comunicaciones en Los Altos de Jalisco. Las dificultades y derrotas sufridas por el ejército nacional mexicano a causa del desconocimiento de los caminos y la ausencia de carreteras, impulsaron un programa de apertura de vías asfaltadas que culminó en los años que corren con la construcción de la macropista, que va de Guadalajara a Lagos de Moreno, atravesando Los Altos y facilitando el paso al Bajío, norte y centro del país. Estas carreteras son las venas del cambio, los conductos por los que transitan los agentes de la transformación que recorren los rincones alteños, modificando, alterando, reformulando las bases de la vida regional. Ello también ha consolidado la articulación del nuevo empresariado alteño con el enorme mercado que es la ciudad de México, al alcance más fácilmente ahora que hace veinticinco años. “Buscamos a la ciudad de México, allí está nuestra mira”, afirma uno de los empresarios alteños más jóvenes y prósperos, surgido de la industria del huevo. Para una región articulada al mercado de Guadalajara y los entornos regionales, este nuevo vínculo con la ciudad de México significa un giro drástico cuyos resultados no tardarán en manifestarse.

En 1968, la nación mexicana se conmovió profundamente a causa del movimiento estudiantil acaecido en los meses de julio a octubre. Aunque las movilizaciones estudiantiles se concentraron en la ciudad de México, tuvieron repercusión nacional, tanto que han sido reconocidas como un “parteaguas” en la historia mexicana de finales de siglo. La década de los



setenta entró a México con las voces juveniles reprimidas aún sonando. La región alteña no escapó a la serie de cambios que se sucedieron en esos años, al convergir los sucesos nacionales con los locales. Uno de los procesos nuevos gestados en esos momentos fue la reformulación de las estructuras locales de poder que descansaban en una alianza entre el PRI, partido que ha dominado la escena política mexicana del siglo XX, y los grupos del poder local, incluyendo la Iglesia católica. En la actualidad, aquellos cambios iniciados en los años setenta han resultado en un panorama político diferente; hoy gobierna en Los Altos y en el estado de Jalisco, el PAN, partido tradicionalmente reputado a la derecha del PRI. En concreto, en la región alteña un conjunto de políticos jóvenes, muchos de ellos surgidos de los movimientos que heredó la guerra cristera como el sinarquismo, presiden los ayuntamientos con muy pocas excepciones y ejercen el poder prescindiendo de la alianza con el PRI y agrupados en el PAN.<sup>39</sup> Aunado a ello, el nuevo empresariado local ha ampliado de manera notable su producción y los destinos de ésta, al llegar no sólo a los grandes mercados regionales, sino al nacional: a la ciudad de México.

Otro factor derivado de los cambios iniciados en los años setenta es la presencia de la Universidad de Guadalajara en Los Altos de Jalisco. Se trata de la mayor institución de educación pública del estado y una de las principales en el país. A ella se suma la Universidad de Aguascalientes —capital del vecino estado del mismo nombre— que agrupa a las escuelas privadas en la región alteña.<sup>40</sup> La presencia de ambas entidades universitarias ha puesto en marcha un proceso que aún no define sus consecuencias, pero que las apunta. Por un lado, la Universidad de Guadalajara contribuye a retener a una parte de la población joven —abundante en la región— que no se ve compelida a emigrar a Guadalajara o a alguna de las principales ciudades regionales, al tener a su

39. El Partido Acción Nacional (PAN) se fundó en 1939. Tradicionalmente, ha representado a la derecha mexicana. Fundado una década después del surgimiento del Partido Nacional Revolucionario (antecedente del actual PRI), se ha convertido en la segunda fuerza política de México. En Los Altos de Jalisco, conserva un amplio control de los ayuntamientos.

40. A la Universidad de Guadalajara pertenecen las escuelas preparatorias, que anteceden a las de estudios superiores, además del campus universitario propiamente dicho con sede en Tepatitlán de Morelos y ramificación en la ciudad de Lagos de Moreno. A la Universidad de Aguascalientes pertenecen las escuelas preparatorias privadas incorporadas a aquélla, cuya sede es la ciudad de Aguascalientes.

alcance la posibilidad de la educación universitaria. Ello retiene unos años más a un grupo considerable de jóvenes que en otros tiempos se alejaban por este motivo. También, facilita el acceso a la educación superior a jóvenes que, al no tener recursos para pagar sus estudios, preferían emigrar hacia Estados Unidos en busca de trabajo. Por otra parte, la presencia de la Universidad de Aguascalientes influye a un sector de jóvenes con suficientes recursos económicos que deciden continuar sus carreras universitarias en la propia ciudad de Aguascalientes. Es decir, estas universidades en la región alteña están modificando la composición y el ritmo de los flujos migratorios y los destinos, lo que sugiere cambios posteriores en la estructura de la población y la modificación acelerada de pautas culturales.<sup>41</sup>

Estos cambios acontecidos en el vivir alteño y las acciones que han provocado y provocan, deben verse como resultados de la urbanización, la masificación de los sistemas televisivos que facilitan el acceso a multitud de canales, la mayoría orientados desde Norteamérica, el avance de la mecanización y la presencia de la actividad industrial. La televisión ha modificado la añeja costumbre de compartir la palabra alrededor del fuego, en el calor de la cocina o en largas sobremesas que servían de escenario exacto para el relato de historias familiares, de acontecimientos regionales, de milagros y mil sucesos más. La televisión y la emigración han impuesto temas de conversación introduciendo otros mundos, provocando otros convencimientos, dirigiendo los gustos. Todo ello es la evidencia de la yuxtaposición de tradiciones y culturas que delinean un proceso de reformulación de la identidad alteña que engloba al sentido mismo de ser ranchero y aun, como intentaremos mostrarlo, de la territorialidad regional.

41. Se advierte un desplazamiento de la charrería hacia Guadalajara, en donde núcleos familiares enteros, como el de los Zermeño, mantiene la tradición. No deja de ser paradójico este aspecto, aunado al hecho de que el equipo charro que ostenta el campeonato nacional es el de Capilla de Guadalupe, uno de los pueblos emblemáticos de Los Altos.

## Entre el recuerdo y el presente

La Sierra de Ávila no es sólo confluencia de caminos. También lo es de identidades superpuestas que se cruzan e interconectan en diferentes órdenes. La pertenencia a un determinado pueblo es el nivel más básico y el que, de algún modo, atraviesa todos los demás. Esto es, el principio básico de identidad del serrano viene generado por su adscripción a un pueblo, por “ser de”. Cualquier otra identidad posible ha de venir referida a ésta. Es más, existe una clara identificación entre los espacios y la gente, entre la naturaleza y la cultura, de modo tal que el nombre de un pueblo es también un gentilicio. Cuando dos serranos desconocidos se relacionan por primera vez, tras los saludos de rigor y las retóricas preguntas acerca de la salud, la pregunta que espontáneamente brota de sus labios es la que alude a la pertenencia a un pueblo: “Y usted, ¿de dónde es?”. Con la referencia clara, pero sólo entonces, ya se puede avanzar en la plática, ya se puede preguntar el nombre. Porque más importante que el nombre es el pueblo del que sale el hombre. Topónimos y gentilicios vienen así a constituir una unidad semántica. No hay diferencia entre acudir a uno u otro.

La identificación entre topónimo y gentilicio no es cuestión baladí. Para el serrano, uno no es de donde vive, sino de donde nace o se hace. Un vecino de Villaverde, anejo de Bularros, nacido en la muy cercana Morañuela, aseveraba: “Llevo aquí (en Villaverde) cuarenta y ocho años, pero sigo siendo forastero”. El pueblo no es primordialmente la reunión de viviendas, sino la tierra sobre la que éstas se asientan. “El núcleo semántico de ‘pueblo’ está conformado por las ideas de tierra, más gente, más reproducción”, afirma Honorio Velasco.<sup>1</sup> No pareciera otra cosa

1. Honorio M. Velasco. “Signo y sentido de la identidad de los pueblos castellanos. El concepto



sino que el serrano, más antropólogo que el científico, guíase su vida por un determinismo geográfico sintetizado en la creencia que “de aquí eres, así serás”. La conocida expresión “de tal palo, tal astilla” no hace referencia, en este caso, sólo a la casa, a la familia, sino al pueblo mismo. Una anciana sentada a la puerta de su casa en Gamonal nos indicaba, entre miradas nostálgicas y cansadas, que el apego a la tierra da sentido a la vida, sin la una no se entiende la otra: “Mis hijos viven en Ávila y en Madrid. Tienen calefacción y todas las comodidades. Pero a mí no me sacan d’aquí. Cuando me vaya de mi casa es porque voy p’al cementerio”. La identificación primordial con el pueblo explica en parte la complejidad política de la sierra. Cada espacio habitado, por pequeño que sea, tiene su propia personalidad. Muchos son los municipios que no llegan al centenar de habitantes y, sin embargo, mantienen su autonomía administrativa, pues prácticamente cada lugar es un ayuntamiento. La desaparición de esta unidad administrativa, bien por absorción o por unión impuesta —como el caso de Diego Álvaro—, es vista por los vecinos del pueblo como un inevitable signo de decadencia que provoca una desazón sólo comparable a la generada por el cierre de la escuela. Aun así, la gente de estos pueblos sabe que unos y otros “se llevan poco” y, por tal motivo, aunque ya no haya ayuntamiento no se pierde el sentido de pertenencia, el “ser de”.

La identidad local no se construye entre pueblos semejantes que ocupan los mismos alrededores mediante la desconsideración del lugar vecino, sino por la profundización en los signos que se consideran propios. En este sentido, las fiestas patronales se convierten en vehículo adecuado para generar esa diferenciación con respecto al otro cercano. La creencia de que el patrón es más milagrero o, simplemente, que su imagen es de más calidad artística, refuerzan la sensación de unicidad. Las canciones que en tales acontecimientos entonan los fieles, esto es, los vecinos —pues a tal efecto los términos son intercambiables—, así lo indican. Por tal motivo, aunque año tras año se canten los mismos versos, no es extraño que se creen cantos nuevos que profundizan en la identificación comunitaria. Ello se observa en este cantar que los vecinos de

de pueblo y la identidad”, en Luis Díaz Viana (coord.). *Aproximación antropológica a Castilla y León*. Barcelona: Anthropos, 1988, p. 30.

Manjabálago corearon por vez primera en 1998 durante las fiestas patronales:

1. Manjabálago es un pueblo  
lleno de luz y calor  
su gente es trabajadora  
del ganado y la labor.
2. Ellos creen en San Miguel,  
San Miguel es su patrón  
y cuando vuelven las fiestas  
lo sacan en procesión.
3. San Miguel, San Miguel,  
tu cres el vino, tu cres la miel.  
San Miguel, San Miguel  
destruyes el mal y construyes el bien.<sup>2</sup>
4. En la iglesia pequeñita  
todo el pueblo entero está  
San Miguel está rezando  
en lo alto del altar.
5. Ya termina la misa  
le pasean por el pueblo  
a hombros de sus paisanos  
San Miguel va sonriendo.
6. Las familias se reúnen  
en las fiestas del patrón.  
Bailan mozos en la plaza,  
los viejos junto al fogón.
7. Manjabálago es un pueblo  
lleno de luz y calor.  
Ya terminadas las fiestas  
vuelve el pueblo a su labor.

2. Con el fin de reforzar el valor del santo patrón, esta estrofa actúa como estribillo y se repite tras la quinta y la séptima.

La relevancia patronal se encuentra, sobre todo, al servicio de una identidad que se construye a la par como unidad y diferencia. Una identidad local prevaleciente que se refuerza gracias a otras más globalizadas. Menos sentidas, menos definidas, pero de igual importancia son las referencias comarcanas. Y es que las fiestas, locales y comarcales, han sellado al serrano con su tierra. Eso hacían en forma simbólica en la totalidad de los pueblos, al iniciarse el mes de mayo, plantaban un árbol en el centro del pueblo que recibía el nombre del mes.<sup>3</sup> El elemento central de este rito, de ignoto origen precristiano, es el “mayo”, un gran tronco, por lo general un chopo, al que se “pelan” casi todas las ramas, excepto una pequeña “copa” en su parte más elevada de la que cuelgan como adornos flores y naranjas. En la mayor parte de estos lugares, el mayo se hincaba ya desarraigado, aunque en pueblos cercanos, como Mancera de Arriba, se introdujese en el hoyo pertinente con raíces y todo. Hoy, la fiesta del mayo ha desaparecido. Es más, el lugar simbólico que antaño se elegía para fecundar la tierra en el inicio de la estación primaveral,<sup>4</sup> en poblaciones como Mirueña de los Infanzones, Ortigosa del Río Almar o Narrillos del Álamo, está recubierto de cemento. Otros lugares como Valdecasa han optado por conservar el mayo que fue plantado por última vez, en la creencia de que si lo quitan, posiblemente no se vuelva a ver.<sup>5</sup>

3. En la actualidad, no está en uso sembrar el mayo. En Valdecasa encontramos uno a la entrada del poblado, pero fue el único caso.
4. Ciertamente, se puede alegar que el 30 de abril o el 1 de mayo encuentran la primavera ya entrada. A dicha afirmación se puede responder, sin embargo, desde una doble perspectiva: la climatología serrana, en primer lugar, ignora por completo que el almanaque prescribe la salida de los fríos en marzo y se empeña, año tras año, en proseguirlos hasta mayo; en segundo lugar, la semántica histórica del castellano ha mostrado cómo han ido modificándose las denominaciones de las estaciones hasta el punto que de las cinco que Cervantes consignaba en sus escritos —primavera, verano, estío, otoño e invierno— sólo quedan cuatro. Pues bien, en ese calendario más apegado a los procesos agrícolas, el uno de mayo era la fecha en que se producía el primer cambio estacional del año. Al respecto puede verse Honorio Velasco. “Fiestas de mayo en la Tierra de Alcalá”, en Honorio Velasco (ed.). *Tiempo de Fiesta*. Madrid: Tres-catorce-dieciséis, 1982, pp. 169-203.
5. En Mirueña, el mayo se erigía junto a una piedra sita en la Plaza de la Hispanidad, frente al ayuntamiento y aproximadamente a unos dos metros de lo que hoy es la fuente nueva; en Ortigosa el lugar elegido se encontraba en las proximidades del regato que atraviesa el pueblo por su mitad y afluye al río Almar. El mayo se colocaba junto al puentecillo que hoy permite salvar este regato en las proximidades del Centro de la Tercera Edad, frente al buzón de correos. Por último, en Narrillos del Álamo el lugar elegido era la plaza en la que se encuentra la iglesia.



Desaparecidos los mayos, lo han hecho también las “enramadas”. En la Sierra de Ávila se utilizaban con frecuencia las ramas desechadas —denominadas “mayos”, como en Mirueña o, simplemente, “ramos”— para adornar las ventanas de las mozas casaderas. En no pocos pueblos la enrama venía precedida de otra fiesta que reforzaba más aún el carácter prolífero de la del mayo y que era muy querida de los jóvenes: la fiesta de los enamorados. En ésta, celebrada el 30 de abril, se subastaban (se “remataban”, decían en San García de Ingelmos) a las jóvenes con el objeto de que el mocerío pudiera disfrutar un banquete. Pujaban por las mozas los varones y aquel que “se ganaba” a una, adquiría el derecho de acompañarla durante el día. Ésta salía a premiarle con una rosquilla grande, como las que en muchos lugares se colocaban en los ramos o en el mayo, que iba a parar indefectiblemente al fardel junto al pan, el chorizo y el vino. Era una fiesta propicia también para que la mocedad que iniciaba relaciones entonase en el banquete canciones en las que lo sagrado y lo profano iban de la mano.<sup>6</sup>

El uso de la “costumbre”, de la que hablábamos en el capítulo precedente, nos sitúa ante otro factor necesario para comprender los procesos de identidad de los pueblos serranos: la compleja red de interacciones intra y extracomarcana. Dicha red, que puede tener múltiples ramificaciones, no se desarrolla únicamente entre los pueblos vecinos, sino que se extiende por toda la sierra. En Manjabálago, por ejemplo, el número de matrimonios habidos con naturales de otras localidades que más abunda es el que los vincula a Gamonal, pueblo que está “a tiro de piedra”. Pero hemos podido constatar casamientos que unen localidades

no muy lejos de los árboles que están en las proximidades del templo. En Valdecaza el mayo se encuentra ubicado a la entrada del pueblo, junto al ayuntamiento.

6. Eduardo Tejero recogió la siguiente versión de *Los sacramentos del amor* cantada en la fiesta de los enamorados en Solana del Río Almar. “Estos sacramentos de amor/mira te voy a cantar;/si los quieres aprender/bien los puedes escuchar./El primero es el bautismo./Bien sé que estás bautizada,/te bautizó el señor cura/para ser buena cristiana./El segundo confirmación./Bien sé que estás confirmada,/te confirmó el señor obispo/para ser mi enamorada./El tercero penitencia./Por penitencia me han dado/el estar contigo a solas/y eso no se me ha logrado./El cuarto la comunión./La que dan a los enfermos/a mí me la van a dar/que por ti me estoy muriendo./El quinto la extremaunción./Yo por extremos te quiero,/al andar por estas calles/que ni duermo ni sosiego./El sexto es la ordenación./Cura ni fraile he der ser./que en los libros de esta dama/toda mi vida estudié./El séptimo matrimonio/es el que vengo a buscar,/el permiso de tus padres/para poderme casar.” Eduardo Tejero. *Literatura de tradición oral en Ávila*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1994, p. 300.

ya no tan cercanas, como Ortigosa del Río Almar con Cabezas del Villar o Vadillo de la Sierra con Cilán, por ejemplo. La existencia de estos matrimonios tiende a relativizar una de las creencias más extendidas en torno a la sierra y que, efectivamente, se da en otras zonas de montaña del suelo peninsular: la endogamia local.

Sin duda, se celebran numerosos matrimonios entre miembros de una misma comunidad, aunque también entre gente de pueblos vecinos es frecuente. En estos casos, parece que las pautas de residencia posmarital se han regulado a partir del criterio de bilocalidad: en ocasiones ha sido la esposa la que se ha trasladado a vivir al pueblo del marido, y en otras la neolocalidad sigue el patrón inverso, con independencia de que sean matrimonios de gente de la propia comarca o del exterior de ella. También es posible hallar nuevas familias que en su configuración recuerdan el clásico “intercambio de mujeres”. Así, por ejemplo, el matrimonio entre una mujer de San Martín de las Cabezas con un hombre de Vita, una de las puertas de entrada a la sierra desde la llanura moraíega, fue seguido por otro en el que el varón era de Vita y la mujer, hermana de la primera, de San Martín de las Cabezas. En estas nupcias podemos hablar, además, de una neolocalidad cruzada en la que virilocalidad y uxori-localidad se alternan, pues en el primero de los casos la mujer se traslada junto a los parientes del marido, y en el segundo, el varón.

Por otra parte, aunque menos frecuente, también es posible hallar ejemplos de familias que exceden el ámbito de lo nuclear. En Narrillos del Álamo conocimos a dos hermanos casados con dos hermanas. Cada uno de estos enlaces tuvo una descendencia de cuatro hijos. Pues bien, estas doce personas formaron una unidad familiar en una misma vivienda durante más de veinte años. No obstante, es necesario precisar que, en este caso, como en otros que hemos podido comprobar, más que familias extensas, familias nucleares que funcionan como tal y que temporalmente deciden unirse para la mejor defensa de sus intereses.

No se puede cerrar este comentario acerca de las pautas matrimoniales —a fin de cuentas, la familia supone el primer nivel de identificación— sin aludir a los “matrimonios concertados”. Aun cuando hace ya mucho tiempo que no ha habido ninguno en la Sierra de Ávila, todavía se cuenta en los pueblos, y así nos lo dijeron en Collado del Mirón, que antaño los matrimonios eran “de conveniencia, por alguna tierrilla o algo



así". Parece ser que eran los padres de los contrayentes quienes fijaban las condiciones del enlace y sólo posteriormente informaban a sus hijos con quién iban a contraerlo. No es extraño que en dichos casorios la edad de los contrayentes no se acercase aún a la veintena. Con el paso del tiempo dicha edad se ha generalizado en alrededor de los veinticinco en los varones y de veinte o veintidos en las mujeres.

Los matrimonios entre gente de poblaciones vecinas han contribuido a extender la identidad más allá de los contornos del propio pueblo, aunque sin eliminar esta adscripción como hecho prevaleciente. Si las fiestas patronales confieren carácter a lo diferencial de cada localidad, las ligadas a los santuarios marianos amplían el campo de acción hasta lo comarcal. Claro está que el carácter de unicidad comarcal viene dado desde fuera. En la capital de la provincia el término Sierra de Ávila es asignado a un espacio que se considera como único, un continuo indisoluble sobre el cual se puede predicar alguna cualidad. No es extraño oír hablar de la Sierra Pobre de Ávila en la ciudad sin que existan dudas acerca de las referencias a las que tal nombre alude. Y, sin embargo, el serrano no se siente vinculado emocionalmente a toda la sierra, sino sólo a una parte de ella, a aquélla con la que comparte una ermita o santuario mariano.

Los espacios simbólicos aparecen marcados por las áreas de influencia de estas "vírgenes" de carácter supralocal. Los pueblos del oriente de la sierra, los que están más próximos a la ciudad de Ávila, participan de las celebraciones de Nuestra Señora de Sonsoles, a las puertas de la capital. Desde este lugar hasta el Santuario de Nuestra Señora de Valdejimena, en la provincia de Salamanca, a la que tributan su devoción los pobladores del Medianero de la Serrezuela, el espacio vital de los serranos se fragmenta en núcleos en torno de centros religiosos que jalonan toda la sierra. Nuestra Señora de las Fuentes, Nuestra Señora del Espino y la Virgen de la Vega. Se puede afirmar que la acendrada religiosidad que marca el carácter de los habitantes de las ondulaciones serranas sirve, pues, para articular los espacios intracomarcianos. La heterogeneidad de los mismos está sancionada de manera simbólica.

En todo caso, basta con hablar con los campesinos serranos para cerciorarse de la heterogeneidad de la autopercepción. En el occidente, la gente acude con frecuencia a la capital provincial, puerta oriental de



la sierra. Por tal motivo, recita sin dudar los nombres de los pueblos y aun de las ventas del oriente serrano. No ocurre lo propio a la inversa. Los habitantes de los pueblos más próximos a la ciudad rara vez viajan al poniente. Abandonada la caminera trashumancia, nada hay en la aspereza de la sierra que les llame a atravesarla. Sus vínculos se encuentran en Ávila. No habiendo celebraciones comunes, la percepción de los demás pueblos serranos se difumina. En suma, junto a la identidad local, existe otra de carácter microcomarcal que une a los hombres y mujeres de los pueblos vecinos alrededor de una celebración ritual que permite mantener ese “fondo virtual” de experiencia común del que hablara Lévi-Strauss.<sup>7</sup>

Los habitantes del estado de Jalisco distinguen con claridad a Los Altos como una región: es el territorio de “los güeros (rubios) de ojos azules”, “de las mujeres bonitas y chapeteadas”, de los rancheros que en su apariencia física evidencian su ascendencia europea. En el contexto nacional, la región alteña es vista como “el bastión del catolicismo”, tierra visitada por multitud de peregrinos en búsqueda de los favores de la milagrosa virgen de San Juan de los Lagos. Internamente, el alteño se identifica, primero, con el rancho en donde nació y el municipio al que pertenece. Cuando uno interroga a los alteños acerca de su tierra natal, suelen contestar que nacieron en un rancho determinado y que éste está situado en tal o cual municipio. En sentido estricto, la identidad alteña se inicia en el grupo de parentesco: se nace dentro de una familia, ésta tiene un territorio (rancho, ranchería, poblado) enmarcado en un municipio. Por ejemplo, las rancherías de Santa Ana de Arriba y Santa Ana de Abajo son el hogar de los Romo González, linajes aposentados desde los tiempos coloniales. Ambas rancherías se localizan en los términos municipales de Jalostotitlán. Esta identificación entre parentesco y territorio —fortaleza de la región alteña— se expresa en la composición social de los agrupamientos que ocupan un espacio reconocido como territorio particular de una parentela, que reserva para sí una serie de derechos y obligaciones en relación con el espacio que ocupa. La propiedad de la tierra incentiva este lazo entre parentesco e identidad y espacio. Este último, dividido entre las familias nucleares que, a través de las líneas

7. Claude Lévi-Strauss. *La identidad. Seminario interdisciplinar*. Barcelona: Petrel, 1981, p. 369.

genealógicas, se ven entre sí como componentes de la unidad mayor de parientes. Es el pertenecer en una familia nuclear lo que constituye la base del reclamo de derechos sobre la propiedad, incluyendo las formas de herencia que distribuyen igualitariamente los bienes entre los herederos de ambos sexos. En esta situación, la residencia en la región es una exigencia para mantener el reconocimiento social de la familia nuclear y sus relaciones con la demás parentela. Éste es el resorte identitario para acceder a los medios de producción en la condición concreta del ranchero alteño. La combinación entre formas de herencia y residencia es una construcción histórica que en el caso de Los Altos tiene sus orígenes en la antigua situación de frontera, las estrategias de colonización y conquista, la renta de la tierra y el paso del pequeño propietario a mediero y jornalero.

A partir de la familia nuclear alteña, que es el grupo primario de trabajo, se establecen las relaciones de cooperación. Uno de los momentos en el que con mayor intensidad ocurren estas relaciones es en la *pizca* (cosecha de maíz) a través de un mecanismo que los rancheros llaman *la peonada*, conocida también como *mano vuelta* o *trabajo prestado* y que según el decir de los viejos “es costumbre muy antigua”. La peonada consiste en la cooperación entre miembros de un grupo de parientes que reconocen un territorio común, como las rancherías mencionadas de Santa Ana de Arriba y de Abajo. Las cabezas de las familias nucleares que componen el grupo amplio de parientes se reúnen para cosechar juntos las milpas (campos de maíz) que les pertenecen. El primer paso consiste en establecer los términos del trabajo cooperativo, la rotación de la mano de obra y de las yuntas. El jefe de familia cuyo campo está siendo cosechado asume el compromiso de ofrecer la comida para la *cuadrilla* de trabajadores. La identidad alteña se afianza en estas relaciones sociales en el contexto del parentesco. Es la identidad que brota de las lealtades inmediatas, de las relaciones cara a cara que se forjan en los ámbitos familiares. Aquí comienza la identidad ranchera que después se manifiesta en el ámbito municipal y luego en el regional. Por ello, los alteños dicen “somos rancheros” aunque vivan en las ciudades o cabeceras municipales. Esta identidad ranchera es asociada —por los propios alteños— con el apego a la tierra y la profesión de la fe católica. El presidente de uno de los municipios del centro de Los Altos nos confió:



“Lo que nos da la unidad es la religión. Por fortuna, los evangélicos no son problema. La religión y la política son factores de división, pero ambos están ausentes aquí en el municipio”. Por esta razón, desde el punto de vista de los rancheros, la guerra cristera fue una batalla por la defensa de una forma particular de acceder y repartir la tierra y los bienes en su conjunto, hermanada con un espacio regional y una determinada identidad apoyada en la religión, que es estimulada por la aparición de los cristos —algunos muy recientes— precisamente en medio de los ranchos.

Existe otro nivel de la identidad alteña: el ser jalisciense. Es decir, los rancheros alteños aceptan ser jaliscienses (no tapatíos, porque ese término denota a quienes nacen y viven en Guadalajara, la capital del estado) y, por ello, mexicanos. Pero conciben su región como el centro de lo mexicano, sentimiento que se consolida ante la concepción de la charretería como “el más mexicano de los deportes” y al tequila como “la bebida nacional”. Así que en Los Altos de Jalisco nos encontramos también con identidades yuxtapuestas que se integran en la noción de mexicanidad como identidad omnipresente. Es decir, el nosotros de los alteños incluye también lo jalisciense y lo mexicano.

En la Sierra de Ávila, la fragmentación identitaria no sólo viene simbólicamente marcada. La vinculación a los centros económicos que actúan como polos de atracción, también tiene mucho que ver en ese proceso de fraccionamiento. Desde dicha perspectiva, la sierra se haya desgarrada hacia tres centros de poder: Piedrahita, Salamanca y Ávila. Pero la atracción es diferente. Piedrahita se convierte en la cabeza comarcal del occidente serrano. En dicha localidad se encuentran algunos de los centros administrativos que rigen la vida de esta subcomarca: juzgados, centro comarcal de salud, mercado de ganados... Allí está también la Virgen de la Vega, hacia la que miran desde El Mirón hasta la Serrezuela. Ávila es la capital de la provincia. Desde la lejanía del poniente sólo se arriba a ella para hacer gestiones o para ir a los médicos. Desde el oriente serrano es otra cosa. Ávila, la ciudad, es parte de la vida cotidiana. Muchos son los que en ella trabajan y viven en sus pueblos. Pocos los que se resisten a asistir al mercado semanal de los viernes. Como admirablemente describió el filósofo George Santayana:



Las murallas de la ciudad, con toda su solidez, no ocultan el campo a la vista. A cada momento, a través de cualquiera de las puertas de la ciudad, o desde algún baluarte, el amplio valle se hace visible con su tablero de campos arados y álamos dispersos que bordean las rectas carreteras, o se agrupan a lo largo de los charcos al lado del río; y por la noche, en las montañas, no tan lejanas, las lumbres de los pastores centellean cual estrellas bajas. O si la gente de la capital está demasiado ocupada y miope para acordarse del campo, el campo invade la ciudad todos los viernes por la mañana, y llena el mercado de campesinos y mercancías rurales. Llegan al amanecer en grupos desde sus pueblos, montados en sus temblorosos borriquillos, a la grupa el hombre o la mujer detrás de las alforjas de mimbres cuádruples, rebosantes de tomates colorados, de pimientos verdes y rojos relucientes, de lechugas y garbanzos o patatas de color terroso.<sup>8</sup>

Hoy ya no llegan a lomos de sus borriquillos, sino en confortables autos y furgones dotados de potentes calefacciones. Pero de cualquier modo no faltan. No es una cuestión meramente económica; es más una necesidad vital, como si hubiera un invisible cordón umbilical que une al hombre del campo con la ciudad. Un cordón que hay que reforzar viernes a viernes.

El tercer polo de atracción es Salamanca. La carretera C-610 que une a Medina del Campo (Valladolid) con Piedrahita y cruza el poniente serrano de norte a sur, marca también un límite geográfico. Todos los pueblos de la Serrezuela y los que se asientan en las proximidades de Piedrahita miran a Salamanca. A través de otra carretera, la C-510 (Salamanca-Piedrahita) surcan con facilidad las planicies de la Tierra de Alba. La cincuentena de kilómetros bien trazados que han de recorrerse para llegar a la capital charra suponen la mitad de tiempo del que es preciso para llegar hasta Ávila por las intrincadas ondulaciones serpenteantes de la sierra. Salamanca se convierte, así, en un centro comercial y vital de referencia. La visita a Ávila, para resolver cuestiones adminis-

8. George Santayana. "Ávila", en *Persons and Places: The Background of My Life*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1944. Cit. por Pedro García. *El sustrato abulense de Jorge Santayana*. Ávila: Inst. Gran Duque de Alba, 1989, p. 127. La descripción que hace Santayana de los campesinos posee un alto valor etnográfico a la par que literario: "En mi época, aunque con tendencia a desaparecer, todavía predominaban los trajes campesinos: los hombres con sombreros negros de ala ancha, chalecos, fajas vistosas y calzas de cuero sujetas como armadura sobre sus calzones cortos y sus medias azules; y las mujeres semejabán campanillas con sus abundantes faldas de franela brillantes, puestas una sobre otra y a veces la superior echada hacia arriba a modo de chal, para proteger los pañuelos policromados que cubrían la cabeza y los hombros." *Ibid.*, pp. 127-128.

trativas, se lleva a cabo cuando no queda otro remedio. Cada vez es más la gente de estas tierras que se censan en Salamanca o en su provincia para no tener que ir a Ávila al médico y poder hacerlo en Salamanca.

Pero no se trata sólo de una cuestión económica. Existe también una profundidad histórica en estos flujos hacia el Campo Charro. Hasta 1833, año en que se produjo la actual división provincial, poblaciones como Blascojimeno, Carpio Medianero, Gallegos de Sobrinos, El Mirón o San Miguel de Serrezuela, así como Piedrahita y parte de su área de influencia, pertenecían a la provincia de Salamanca.<sup>9</sup> Es más, el nexo con Salamanca de algunos de estos lugares es tal que incluso los pastores se ajustaban en la feria de la capital charra. Por la misma razón, no es extraño que abunden los matrimonios entre vecinos de esta subcomarca y los de la Tierra de Alba. La sierra en esta zona se vuelve más suave. Desde la Serrezuela se desciende suavemente hacia la Tierra de Alba casi sin percatarse. El municipio de Narrillos del Álamo se convierte en “un cuchillo” que hiende la provincia limítrofe, una península abulense a la que es casi imposible llegar sin atravesar tierra salmantina. “Aquí se va a Salamanca para todo”, dice una tras otra la gente del pueblo. El orgullo de ser de aquí se limita al pueblo: “Pequeño, pero muy bonito”.

Quizá su condición limítrofe haya exacerbado esa autopercepción tan positiva, pero lo cierto es que estos serranos tienen casi más en común con los vecinos poblados de Cespедosa o Armenteros, en Salamanca, que con los del resto de la serranía abulense. No en vano, los escasos niños que quedan en el pueblo van al colegio a Armenteros y los albañiles

9. El decreto de 30 de noviembre de 1833 modificó los límites provinciales existentes hasta ese momento, así como la organización interna de la provincia. La provincia de Ávila perdió cerca de sesenta poblaciones que pasaron a depender de Cáceres, Madrid, Salamanca, Segovia, Toledo y Valladolid. Quizá la de mayor importancia económica fuera Peñaranda de Bracamonte, hoy en Salamanca. Por su parte, ganó un centenar especialmente de Salamanca, así como algunas de Segovia y Toledo. De entre las más importantes que fueron incorporadas a Ávila, es preciso destacar Barco de Ávila y Piedrahita. Desde la fecha del citado decreto, los límites externos de la provincia de Ávila no han sufrido ningún cambio. No ha ocurrido lo propio con la organización interior de la misma, que ha visto cómo en los últimos años, por consecuencia de la despoblación rural, ha debido readaptarse a las nuevas características demográficas. El decreto aludido articulaba la provincia en seis partidos judiciales —Arenas de San Pedro, Arévalo, Ávila, Barco de Ávila, Cebreros y Piedrahita— que la agrupaban cerca de 400 poblaciones de las cuales 72 eran consideradas villas. *cfr.* Pascual Madoz. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. 1845-1850. Existe una edición que compendia las voces relativas a Ávila en ed. Ámbito. Valladolid, 1984.



que están trabajando en el mismo son de Alba de Tormes. También los esquiladores del ganado bovino llegan desde Macotera, como los músicos que vienen a las fiestas lo hacen de Alaraz. No quiere decir esto que Ávila sea desconsiderada. Simplemente queda muy lejos.

Las delimitaciones administrativas no son tenidas en cuenta por los habitantes de estas tierras. Se es de Ávila, y “con honra” dicen, pero se piensa en Salamanca. La geografía no marca diferencias notables. La cultura es de transición. Se es serrano o no. Por otra parte, una constante que se repite a lo largo de la comarca es la difuminación de la significación del término serrano en las proximidades de sus límites administrativos, naturales y culturales. En San Martín de las Cabezas un matrimonio nos indicaba que en “la sierra nos llaman moraños y en La Moraña serranos” para apostillar que esto último es lo que de verdad son. Exactamente, las mismas palabras pudimos oír en otros lugares, como Villaverde. En San García de Ingelmos nos indicaron que “los de Narros no rezan como moraños. Los de Mancera y los de Blascomillán son como los de aquí”. “Aquí”, no hay duda, significa serranos. Y, sin embargo, la percepción que tienen los de Narros (del Castillo), como la de los de Blascomillán o Mancera, es que son moraños.

En la Sierra de Ávila no hay una percepción interna de la misma como un todo homogéneo, porque, en definitiva, la sierra no tiene principio ni fin. El no reconocimiento de los límites no debe ser interpretado como el intento deliberado de aproximarse a tierras cuya percepción pudiera ser más positiva. En ningún caso, el serrano se autoconcibe como inferior: no hay mayor orgullo que el de ser “hijo del pueblo”. A fin de cuentas, como nos señalara un informante de El Mirón, “los serranos somos más finos que en los llanos de Arévalo y por ahí”.

Existe, por último, en la sierra, una identidad transversal que tiene más que ver con la profesión que con el lugar de nacimiento. Los duros días de viaje que pastores y vaqueros realizaban a pie por las cañadas que llegaban hasta Extremadura, la convivencia durante siete meses fuera de casa, daba, a veces, mayor sensación de unidad que la propia pertenencia al pueblo. Ciertamente que los que acompañaban, con su morral al hombro, a los atajos, piaras o rebaños en su búsqueda de la calidez extremeña solían ser del mismo pueblo. Pero siete meses de vida en un chozo, con los cameros distribuidos en el suelo, el caldero colgado del centro de la



techumbre por encima de la humeante lumbre, comiendo a diario garbanzos duros que en la noche se sustituían por las consabidas revolconas con torreznos y recordando siempre a la familia tan lejana, es una experiencia vital que marca para toda la vida. Por eso, allá donde dos pastores que durante años han pasado los inviernos lejos de casa al cuidado del ganado se encuentran, surge de inmediato una sensación solidaria, un sentimiento de haber vivido la misma vida. La identidad profesional en pastores y vaqueros atraviesa la sierra. Se reconocen, se sienten partícipes de una misma experiencia. Muchos han pernoctado en la Venta del Hambre o en el Ventorro de Pascualcobo, por citar alguna de las ventas, han luchado contra los lobos y han pasado el mismo miedo.<sup>10</sup> Han sido muchas alegrías compartidas en los días felices del regreso en el ocaso primaveral y muchas las incertidumbres vividas en la otoñal partida. Cada uno en su pueblo. Pero todos la misma vida. Una vida que ha creado lazos invisibles que aunan a la gente de estos pueblos, que hace que se sientan uno.

En Los Altos de Jalisco el derecho a la propiedad se transmite bilateralmente, mientras que la pertenencia al grupo de parientes ocurre por el lado paterno. El balance de este aspecto se establece a través de los matrimonios preferenciales entre tío y sobrina y entre primos (paralelos o cruzados). Estos matrimonios implican que, además de la relación de afinidad, existe otra de consanguinidad entre los cónyuges. Estas relaciones son sociales y conllevan el traspaso de la tierra y las condiciones de trabajo que forman la base sobre la que se sustentan. La identidad está ligada a estas relaciones, al acceso a los medios de producción y a los mecanismos que lo controlan junto con la transmisión de la propiedad y la obtención de la misma. La formación histórica de Los Altos de Jalisco incluyó estos usos del parentesco documentados en los archivos eclesiásticos y en la tradición oral. Desde los primeros momentos de la colonización de esta tierra fronteriza, el grupo de parientes se asumió como dueño de la tierra y mantuvo su ocupación a través de los usos de la

10. Las ventas han sido especialmente importantes en la vida cotidiana española durante siglos. No es ocioso recordar los sucesos que a don Quijote le fueron aconteciendo en diversas ventas—en una de ellas fue armado caballero— o traer a la memoria las numerosas obras que a ellas dedicaron Quevedo, Lope de Vega, Cervantes, Vicente Espinel o Tirso de Molina. Acerca de su importancia en la formación del “ser hispano” puede verse Julio Caro Baroja. “Sobre las antiguas ventas”, en *Jardín de flores curiosas*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1993, pp. 145-155.

herencia. Cada grupo de familias asemejó un pequeño ejército, fácil de controlar y movilizar. La rapidez con que los *cristeros* se levantaron en armas en 1926 se explica por la consistencia de estos grupos de parientes. Históricamente, la autoridad de las cabezas de familia proviene de que son ellos los que otorgan la membrecía al grupo y transmiten el derecho de acceso a los medios de producción y bienes en general. El resultado de ello es la concentración en el jefe de la familia de la autoridad y las lealtades del parentesco. La estructuración del control político estuvo basada durante un largo periodo en estas formas de parentesco, al centralizar en la cabeza de familia la regulación y control de la conducta de todos los miembros. El liderazgo que los jefes políticos tradicionales sobrepusieron a las unidades de parentesco hizo uso de la religión y del manejo político de las relaciones genealógicas. Por esta razón, los líderes de la cristiada, la guerra identitaria, fueron conceptualizados como extensiones del *pater familia*. La forma del parentesco alteño pasó a ser un grupo localizado de poder.

El parentesco alteño se extiende a través del compadrazgo. La relación básica que este último mecanismo establece ocurre entre *el padrino* y *el ahijado*, y no entre los compadres. El bautizo es el momento de establecer esta relación y compromete a los padrinos a otorgar protección a los ahijados. En el pasado, la importancia de esto último está expresada en el hecho de que los ahijados tomaban el apellido del padrino y quedaban ligados a la familia nuclear de éste. La tendencia preferencial en el nombramiento de padrinos de bautizo es, primero, los abuelos maternos; segundo, los abuelos paternos; y tercero, los propios hermanos.

Ninguna forma de parentesco permanece sin cambios y el caso de Los Altos de Jalisco no es la excepción. Lo primero que está rompiéndose es la endogamia, tanto de los grupos familiares como la regional. El ir y venir a los Estados Unidos, los cambios suscitados por la urbanización y las tasas demográficas, inciden en el parentesco alteño y, por consiguiente, en la identidad. Los matrimonios fuera del grupo de parientes y el exterior de la región no son ya extraños, aunque van acompañados de rupturas emocionales. Así, los padres retiran el habla a los hijos "casados por fuera" y, aun, los desheredan. Estos casos adquieren tintes extremos cuando además de fuereño o fuereña, el cónyuge es moreno, es decir,



cuando el matrimonio rompe la barrera de color. Los grupos amplios de parientes tienden a fragmentarse en el contexto urbano y adquiere preeminencia la familia nuclear. Asimismo, la alteridad religiosa, incipiente pero presente, es parte de esta sucesión de cambios socioculturales que tocan la reformulación de la identidad.

La vida política de los alteños gira en torno al municipio como unidad administrativa básica. Las elecciones que les importan a los rancheros son las municipales, porque ésta es la estructura de autoridad con la que tratan. No obstante la división en distritos electorales, válida para la elección de diputados federales y locales, a la gente de Los Altos lo que realmente le preocupa es quién ocupará la Presidencia Municipal. No es extraño que esto suceda. Es ahí donde se obtienen las actas de nacimiento y los permisos para una gama amplia de actividades; se arreglan asuntos policiacos y se pagan los impuestos y los servicios básicos de electricidad y agua. El presidente municipal es la autoridad inmediata con quien trata la gente. Del municipio depende el alumbrado público, los adornos y la infraestructura urbanas, el arreglo y conservación de calles y drenajes. En una palabra, el municipio está asociado con el bienestar. Elegir a un mal presidente municipal es condenarse a tres años de irritación. Antes de iniciarse la década de los noventa, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) dominaba el escenario político alteño con base en una compleja y extensa red de alianzas que incluía a la propia Iglesia católica. Los cambios contemporáneos en la vida política mexicana a escala nacional han tenido su manifestación en la región alteña y hoy se muestra una actualidad electoral más acorde con las raíces socioculturales. En efecto, el Partido Acción Nacional (PAN), que integra a la opinión política conservadora, domina las presidencias municipales de Los Altos, con excepciones como es el municipio de Lagos de Moreno, que aún conserva el PRI. Pero incluso en este caso, la presencia de la Iglesia católica es determinante, a grado tal que el inicio de las fiestas de la ciudad en el mes de agosto, se anunció conjuntamente por las autoridades municipales y eclesiásticas desde la puerta de la parroquia de la ciudad.

El municipio es también el escenario de la feria, de la fiesta popular y espacio para las transacciones comerciales y ganaderas. Desde los días coloniales, las ferias han cumplido un importante papel comercial y de mecánicas de integración regional. Permanece la feria de San Juan de los



Lagos como la más significativa de la región alteña y una de las más destacadas en el occidente de México. Esta feria está asociada al culto a la virgen de San Juan, que tiene sus raíces históricas en el periodo colonial. En fecha aproximada a 1632, la que era una humilde imagen de una iglesia pueblerina, hizo un milagro prodigioso que la convirtió en la virgen de San Juan. En efecto, una compañía de saltimbanquis que visitaba San Juan sufrió el accidente de una pequeña que saltaba sobre unas tablas que contenían clavos afilados. La virgen resucitó a la niña y aquí inició una larga cadena de milagros que la mantienen como una de las más veneradas de México. Son ríos humanos los que acuden el 2 de julio, el 15 de agosto y durante todo mayo a visitar a la milagrosa virgen en busca de sus favores. En paralelo, existe una intensa actividad comercial que incluye intercambio y venta de ganado.

Las fiestas de Lagos de Moreno también son de carácter regional e incluso extrarregional. Se celebran durante agosto e implican multitud de actividades, deportivas y culturales. Asimismo, las fiestas en honor al Señor de la Misericordia celebradas en Tepatitlán durante la última semana de abril, abren su ámbito a toda la región. Estas fechas —cada municipio festeja la suya— otorgan la oportunidad de reformular los lazos sociales y sellar la identidad. Uno de los sucesos más importantes es recibir a los ausentes que, en dichas ocasiones, regresan no sólo a gastar dinero, sino a reafirmar sus lazos alteños, su identidad. Es motivo también para manifestar la vigencia de la religiosidad católica como uno de los elementos definidores del ser alteño.

La celebración de las fiestas provee una excelente ocasión para los procesos de reformulación regional que atraviesan Los Altos de Jalisco, ya que en esos espacios se integran los territorios, las actividades, la gente, que reconocen a un centro integrador, a una ciudad determinada, como el núcleo de la vida social. Las redes de relación económica se evidencian con claridad en estos festejos y hacen posible el trazado de mapas relacionales.

Al igual que en la Sierra de Ávila, en Los Altos de Jalisco existe un proceso de fragmentación regional que en el futuro puede derivar en la formación de regiones claramente diferenciadas entre sí. En nuestra pesquisa hemos logrado determinar, al menos, los siguientes espacios:

Los Altos de Jalisco centrales, Los Altos del norte, Los Altos del sur y Los Altos escondidos.

El centro de Los Altos de Jalisco está integrado por los municipios de San Miguel el Alto, Jalostotitlán, San Juan de los Lagos, Unión de San Antonio, San Julián, San Diego de Alejandría, Valle de Guadalupe, la pequeña ciudad de Capilla de Guadalupe, que pertenece a Tepatitlán, y el municipio de Cañadas de Obregón. Se trata de una franja territorial en donde los rasgos de la alteñidad se distinguen con mayor precisión, incluyendo el importante factor de la religión, como lo muestra el gran santuario de San Juan de los Lagos. Una parte de esta región —San Julián y San Diego de Alejandría— mantienen una intensa relación con la vecina región del Bajío, en particular con la ciudad de León, el centro de productos de piel más importante del país, sobre todo, calzado.

En el norte de la región alteña distinguimos dos territorios, uno al noroeste, formado por los municipios de Ojuelos de Jalisco y Lagos de Moreno, y otro hacia el noreste, que incluye los municipios de Encarnación de Díaz (La Chona), Teocaltiche y Villa Hidalgo. La ciudad principal del norte es Lagos de Moreno, pequeño centro que concentra la industria lechera y derivados, así como granjas de huevo, plantaciones de olivos, comercios, ganado y agricultura basada en el cultivo de maíz. También esta parte mantiene una intensa relación con la ciudad de León en el Bajío guanajuatense. Aquí la frontera ecológica entre la tierra semiárida y la franca aridez está establecida. Exactamente en la presa llamada El Cuarenta se observa esta transición marcada por el cambio de la vegetación. Hacia el noreste, las tres ciudades cabeceras municipales, Encarnación de Díaz, Teocaltiche y Villa Hidalgo, giran en la órbita de influencia de la ciudad de Aguascalientes, capital del estado del mismo nombre, y sede de una importante universidad que capta a una parte de los jóvenes estudiantes alteños. Villa Hidalgo es, además, un centro textil productor y expendedor de telas y ropa.

En la parte sur de Los Altos también distinguimos dos porciones territoriales hacia el occidente y hacia el oriente. En el primer rumbo se asientan los municipios de Acatic, Cuquío, Yahualica de González Gallo y Mexxicacán; mientras que en el segundo se localizan los municipios de Tepatitlán de Morelos, Arandas, Atotonilco el Alto (específicamente los poblados y rancherías de San Vicente, Lagunillas, Francisco Javier Mina



y La Purísima), Ayotlán (la parte de Cerro Ayo) y Jesús María. Esta es la franja productora de tequila más importante de Los Altos, con fábricas en Tepatitlán, Arandas y Atotonilco el Alto. Además, Tepatitlán es un centro industrial de mediano tamaño, productor, entre otros, de huevo y cerdos.

En el suroeste, Acatic y Cuquío son productores de gallinas y cerdos, mientras Yahualica y Mexxicacán son ganaderos (bovinos) y agrícolas. Estos dos últimos forman la frontera con la tierra zacatecana, el hogar que fue de los nómadas.

Los Altos escondidos se extienden a lo largo de la cuenca del río Verde, la frontera agrícola de Los Altos y otrora la línea de demarcación entre colonizadores españoles y grupos chichimecas. El río Verde nace en tierra zacatecana, en la sierra de Nochistlán y atraviesa territorio jalisciense que hoy pertenece a Teocaltiche, Mexxicacán, Villa Obregón (aquí se une con el río San Miguel), Yahualica de González Gallo, Tepatitlán de Morelos, Cuquío y Acatic y en el municipio de Ixtlahuacán del Río, fuera ya de Los Altos, se vierte en el río Grande de Santiago, que nace en el lago de Chapala, el más grande de México.

En Los Altos escondidos se localizan pueblos que recuerdan a los de origen náhuatl en el centro de México, en particular los del actual estado de Tlaxcala. En ellos predomina la toponimia náhuatl: Acacico, Apulco, Temacapulín, Teocaltitán, Huejotitlán, por nombrar algunos. Los rasgos físicos de la gente contrastan con Los Altos de arriba. Aquí vive la gente morena que desciende del mestizaje entre los propios pueblos de indios: los grupos chichimecas nativos de la tierra, los tlaxcaltecas trasladados para sedentarizar, al igual que los purépechas michoacanos. Es la franja escondida de Los Altos, el territorio de poblados localizados en el fondo de las barrancas a lo largo del cauce del río Verde. Coincide esta área de toponimia náhuatl con el borde fronterizo entre Jalisco y Zacatecas. Así, los pueblos zacatecanos como Tenayuca y Apulco son parte de este mismo conjunto, y presentan no sólo el mismo patrón de asentamiento, sino la misma arquitectura. En medio de éstos aparecen intercalados "pueblos de españoles", como Santa Bárbara, poblado por descendientes de los colonos castellanos. Es una zona de maíz y ganado bovino de carne. Abundan las yuntas de mulas y burros que tiran de los antiquísimos arados de madera. En suma, ésta es la frontera agrícola que desde los siglos



coloniales instalaron los castellanos para proteger el corazón de Los Altos y consolidar la ocupación del territorio. En nuestros días, la sociedad y la cultura en la Sierra de Ávila y en Los Altos de Jalisco experimentan cambios profundos que provocan que la vida transcurra entre el recuerdo del pasado y las exigencias y realidades del presente.

## Los rumbos posibles

En un reciente estudio acerca de las condiciones socioeconómicas que caracterizan el presente de la provincia de Ávila se afirma: “La Sierra de Ávila y Ojos Albos están desahuciados demográficamente”.<sup>1</sup> Es imposible adentrarse en la sierra sin comprobar la radicalidad de este drama. Entre 1950 y 1991, la Sierra de Ávila perdió algo más de 70 por ciento de su población. Pueblos hay, como Pascualcobo, Muñico o Vadillo de la Sierra, que de hecho la han perdido toda. La diáspora iniciada a finales de los cincuenta muestra hoy sus consecuencias con toda su crudeza: campos sin cultivar, viviendas en ruinas, templos abandonados. Las repercusiones del efecto migratorio han supuesto una serie de transformaciones ecológico-culturales que han modificado con profundidad la vida económica y social de la sierra y sus habitantes y que condicionan su incierto futuro.

La marcha de los más jóvenes supuso de manera inmediata una caída de la producción agrícola como consecuencia del abandono de campos de cultivo. Por cierto, dicha renuncia no vino seguida de un incremento de pastos, sino del avance de los baldíos que con tanto esfuerzo habían sido roturados siglos atrás. El paisaje se ha homogeneizado de tal forma que especies arbustivas que otrora sólo ocupaban zonas muy elevadas de los cerros, hoy han colonizado sus valles. A su vez, especies animales vinculadas a la producción cerealística han desaparecido —con la consecuente modificación de la cadena trófica—. Sólo en las zonas adehesadas parece que las alteraciones ecológicas han sido menores. En este caso, una actividad económica, ajena a los intereses de los productores

1. T. Sánchez. *Estudio socioeconómico de la provincia de Ávila*. T. I: La población. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1995.

res tradicionales de la sierra, está siendo el motor de la medida en los cambios ecológicos. Nos referimos a la caza. Así, por ejemplo, la dehesa próxima a San Martín de las Cabezas ha visto cómo los siete renteros que la trabajaban y el montaraz que la cuidaba, se han hecho con la propiedad. Las ocho partes que ahora tiene, son el lugar elegido por los cazadores que llegan desde lejanos lugares a practicar un deporte que moviliza cuantiosos recursos económicos. En la última cacería de la que tuvimos constancia —en la que fueron abatidos más de una treintena de jabalíes— participaron unas ochenta personas. Cada una de ellas había pagado, a quien les rentó la dehesa para tal fin, un promedio de veinticinco mil pesetas (unos mil setecientos pesos) por el derecho de participación en la cacería.

La mención a la caza no es anecdótica. Parte del futuro de la Sierra de Ávila puede depender de ella. Desde un punto de vista ambiental, se vislumbran tres escenarios diferentes en el cercano porvenir de la sierra. En primer lugar, aquellas zonas por completo desarboladas, los páramos por donde el gélido viento invernal cruza ante la desolación de los habitantes, destinadas a ser suelo de piornos y herbazales de tan escasa calidad que asemejan su destino al de cualquier desierto.

Una panorámica diferente es la que se presenta en aquellos pueblos que han destinado la casi totalidad del suelo a pastos permanentes para el ganado. En este caso, es posible que su explotación extensiva se continúe por procedimientos semejantes a los tradicionales. Las ayudas compensatorias procedentes de la Unión Europea (PAC)<sup>2</sup> serán, en última instancia, el elemento determinante de su fortuna.

Cabe señalar una tercera opción de futuro medioambiental para la Sierra de Ávila: el mantenimiento de las zonas adehesadas se convierte en objetivo por mor de la caza. La estabilidad de estos ecosistemas tiene, no obstante, su contrapartida negativa: el plomo acumulado en los suelos comienza a ser preocupante en algunos lugares utilizados para el ganado en épocas de veda. No es éste el único problema ambiental que en un futuro próximo puede presentarse en la sierra: los cauces de algunos ríos, de escaso caudal veraniego, comienzan a convertirse en incontrolados basureros en los que los numerosos purines del ganado, vertidos sin

2. PAC: Política Agraria Común.



control, acompañan a ciertos residuos sólidos de carácter urbano producidos durante la época veraniega.

El recuento más reciente de población llevado a cabo en México durante 1997 informa que la población total de los veintitrés municipios considerados alteños ascendió a 770 721 habitantes. Algunos aspectos de su distribución nos permiten entrever tendencias: dos municipios, uno en la parte nororiental, Lagos de Moreno, y otro en el extremo sur, Tepatitlán de Morelos, concentran casi veintinueve por ciento de la población total alteña. Tanto en Lagos como en Tepatitlán, la población municipal vive en abrumadora mayoría en las ciudades cabeceras, que son el asentamiento de las actividades industriales que han transformado la región alteña, sobre todo la producción de alimentos a gran escala. En contraste, los municipios que mantienen su población en el campo, apenas alcanzan juntos a concentrar uno por ciento de la población total de Los Altos. Nos referimos a Cañadas de Obregón, Mexxicacán, San Diego de Alejandría y Valle de Guadalupe. En Los Altos de hoy, 60.5 por ciento de la población vive en localidades urbanas y ciudades medias, como Lagos de Moreno, Tepatitlán, Arandas o San Juan de los Lagos.<sup>3</sup> En 1970, es decir, sólo veinte años atrás, la población alteña concentrada en localidades urbanas era de 44 por ciento, lo que habla con elocuencia de los resultados del cambio de la ganadería de carne a la de leche y la introducción de la producción de alimentos a gran escala. En veinte años, la población urbana alcanzó 17 puntos porcentuales más. Además del anterior contraste con la Sierra de Ávila, en Los Altos la población es joven, como ocurre en todo México y en general en Iberoamérica. Según el censo de 1990, del total de la población, 43.1 por ciento es menor de quince años. La media de edad de la población alteña actual es de diecisiete, en evidente contraste con la situación de la Sierra de Ávila. Los censos nos muestran, además, que la migración no ha despoblado la región. Más bien ha significado una fuente importante de ingresos: los dólares estadounidenses. La tasa de fecundidad informada por el censo de 1990 es de 3.1, muy elevada, incluso más que 2.7 por ciento que promedia el estado

3. Véase Eliseo López Cortés. "Último cielo en la cruz. Cambio sociocultural y estructuras de poder en Los Altos de Jalisco". Tesis de doctorado en ciencias antropológicas presentada en el Departamento de Antropología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Iztapalapa, octubre de 1997.

de Jalisco. Esta situación demográfica es soportada por cambios tecnológicos y ecológico-culturales más bien recientes. Así, la introducción, en 1942, de la ganadería de leche resultó en un cambio paulatino de la ganadería extensiva (en potreros, con el ganado “alimentándose del suelo”, como dicen los rancheros alteños) a una ganadería intensiva, es decir, el paso a la estabulación del ganado y la mecanización de la ordeña. En municipios del centro (“el corazón de Los Altos”), como San Miguel el Alto y Jalostotitlán, la industria textil ha logrado un lugar de primer orden en la generación de recursos y empleos, que ha consolidado el flujo migratorio del campo a la ciudad.<sup>4</sup> Estos cambios están en la base explicativa de las transformaciones culturales que ocurren en Los Altos dentro de la yuxtaposición de la vida tradicional ranchera con las innovaciones introducidas en los últimos treinta años.

La compañía suiza Nestlé introdujo la tecnificación junto con el ganado lechero y el concepto de calidad en la producción, que ha asumido un papel central como argumento de control político.<sup>5</sup> Un nuevo personaje social surgió a tenor de los cambios de 1942: el rutero, que cumplió un papel de enlace y comunicación entre los propios rancheros y entre éstos y la ciudad. En efecto, los ruteros recorrían los ranchos recogiendo la leche para transportarla a la fábrica de la Nestlé, al mismo tiempo que llevaban noticias, y aun objetos, de un ranchero a otro o de éstos a los parientes o amigos en la ciudad. Hoy, el rutero ha desaparecido como resultado de la nueva organización de los productores y la mejoría de las rutas de comunicación.<sup>6</sup>

Otra innovación que alteró la ecología cultural alteña fueron los cultivos que apoyaban el giro de la orientación ganadera: el maíz forrajero —distinto al del consumo humano— y el sorgo.<sup>7</sup> También llegó la degradación ambiental y la alteración profunda del paisaje, similar a lo ocurrido en la Sierra de Ávila. Los viejos bordos coloniales y, en general,

4. Véase Guadalupe Rodríguez Gómez *et al.* *Los rejuegos de poder*. Globalización y cadenas agroindustriales de la leche en occidente. México: CIESAS/CIATEJ/SIMORELOS/CONACYT/PAIEP y UAM-X, 1998.

5. Rodríguez, *op. cit.* López Cortés, *op. cit.*

6. Ma. Antonieta Gallart. “El cambio en la orientación de la producción ganadera en San Miguel el Alto, Jalisco”. México: UIA, 1975 (tesis para obtener la licenciatura en Antropología Social). Guadalupe Rodríguez, *op. cit.* Eliseo López Cortés, *op. cit.*

7. Rodríguez Gómez, *op. cit.*; López Cortés, *op. cit.*



las obras destinadas a retener el agua de lluvia, se destruyeron. Aparecieron otras, pero no en el contexto de una estrategia regional, sino como resultado de intereses particulares. La deforestación avanzó y, con ella, la dura capa de tepetate y la desaparición de la fauna asociada, lo que imposibilitó el cultivo, además de facilitar las grandes avenidas durante la temporada de lluvias. Los cambios tecnológicos introdujeron nuevos lazos de dependencia y de poder.<sup>8</sup> De igual modo, el crecimiento de la industria textil significó la entrada de la mujer al mercado laboral, con consecuencias significativas para las formas de relación social tradicionales. Por último, pero no menos importante, el crecimiento de lo que eran breves concentraciones urbanas hasta transformarse en ciudades medias, ha generado en Los Altos una nueva forma de espacio ecológico cultural con alrededores creados recientemente y cuyos resultados para la vida social están en proceso de consolidarse y marcar el futuro alteño.

Una prospectiva acerca del acontecer venidero de la Sierra de Ávila ha de tomar en consideración la radical diferencia entre la vida en invierno y verano. Los escasos habitantes invernales son incapaces de mantener las infraestructuras que precisan los “veraneantes”. Los cálculos de consumos de aguas, producción de basura y demás servicios básicos—incluyendo los de salud— se hacen siempre a partir del número de residentes fijos y sin percatarse de que en la época vacacional la población se multiplica por cuatro o cinco. Esto supone la aparición de problemas que en otras épocas hubieran sido inimaginables y que no sólo afectarán los vertidos, sino el abastecimiento de productos básicos como el agua. Al respecto, hay que considerar que el mayor incremento poblacional coincide con la estación más seca.

La diferencia entre dos modos de vida acontecidos en un mismo lugar en función de las variaciones estacionales, recorre toda la estructura social, y abarca desde las relaciones familiares hasta el establecimiento de pautas culturales e infraestructuras económicas. Las eras que antes fueron reguladas por antiguas normas consejos, se han convertido en

8. En México, el censo oficial no maneja la categoría de ciudad, sino de localidad urbana. El criterio aplicado es numérico exclusivamente: considera el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI) que una concentración de 2,500 habitantes o más, es una localidad urbana, mientras que otra de 2,499 y menos, es rural. Es evidente la debilidad de este criterio y lo difícil que resulta como parámetro comparativo con la situación de tales concentraciones en Europa.



asiento de viviendas de segunda residencia que sólo se habitan en periodos vacacionales. Con respecto al tipo de ocupación de las viviendas, se pueden distinguir tres modelos.

Aquellos pueblos bien comunicados con Ávila —por su proximidad o por la existencia de buenas carreteras— mantienen un crecimiento constante de las viviendas de segunda residencia en detrimento de la primera. Este sería el caso, por ejemplo, de Marlín o de Villanueva del Campillo.

Por el contrario, localidades en las que existe una economía más consolidada y las infraestructuras viales no permiten un acceso tan rápido a las grandes ciudades, la tipología de ocupación de la vivienda es probable que se mantenga como en la situación actual, con una predominancia de las viviendas de primera residencia. Tal sería el caso, por ejemplo, de Cabezas del Villar o de Diego del Carpio.

El tercer modelo de ocupación nos presenta la realidad de numerosos pueblos de la Sierra de Ávila convertidos en asilos naturales. Localidades como Gallegos de Altamiro o Pascualcobo tendrán continuidad por cuanto dos tercios de su población supera los sesenta y cinco años de edad. Algo similar ocurre en otros pueblos en los que más de la mitad de los residentes son jubilados. Un análisis del tipo de ocupación de las viviendas de algunos de estos lugares nos muestra cómo prevalecen numéricamente aquéllas que están desocupadas.

En estos casos, no es difícil predecir que, de no modificarse las tendencias actuales, esos pueblos se convertirán en lugares de recreo veraniego o desaparecerán en el plazo de una o dos generaciones.

En Los Altos de Jalisco, la continuidad del desarrollo regional en las condiciones actuales de avance de la tecnificación y la industrialización, aunadas a la realidad demográfica, dependerá en gran medida del manejo del agua como recurso vital. La variación estacional época de lluvias/época de secas sigue siendo clave. El agua de superficie de arroyos y ríos prácticamente no cuenta para el desarrollo. El líquido vital es el que se mantiene en el subsuelo y el que se capta a través de bordos y pequeñas presas durante la temporada de lluvias. Por esto, el proceso de deforestación es uno de los que se deben revertir, porque impide la retención del agua y el aumento de los mantos freáticos.

El otro factor del desarrollo se localiza en el proceso de migración y retorno hacia y de Estados Unidos. Los alteños han trasladado su socie-

dad y su cultura al otro lado de la frontera norte de México, y han transformado los espacios norteamericanos en donde radican. La inversión en dólares que los alteños hacen en su región de origen es un factor de desarrollo sin el cual es imposible explicarse la tecnificación de los ranchos, tanto en la producción lechera como en otros renglones, incluyendo el textil. Es decir, el futuro de la región alteña permanece en lo que ha sido una constante de su historia: producir para proveer mercados externos. En el pasado colonial fueron las zonas mineras. En el presente, los grandes centros urbanos nacionales, como el Distrito Federal y su zona de influencia conurbada, y los regionales, como las ciudades de Guadalajara en Jalisco, León en Guanajuato, y Aguascalientes en el estado del mismo nombre. Por ello, le resulta vital al proceso de desarrollo de la región alteña el diseño de estrategias de adaptación ecológico-culturales que mantengan el equilibrio entre los recursos naturales magros de la región, la presión demográfica y el mantenimiento y apertura de nuevos mercados para los productos clave: leche, huevo, textiles y tequila. Uno de los empresarios más importantes de Los Altos nos confió que

en pocas ocasiones pensamos en Guadalajara. Nuestro concepto es el de la exportación del huevo a los Estados Unidos y más reciente, a Israel. Estamos iniciando la exportación a lo que fue la Europa Oriental y enviando huevo en polvo al Japón. Las adoberas (quesos) se van a Tijuana.

En este sentido, existe un tercer factor que intervendrá cada vez con mayor importancia: el de las maquiladoras de la industria electrónica que han iniciado su descentralización de la ciudad de Guadalajara a Los Altos.

En el caso de la Sierra de Ávila, conviene indicar que la convivencia entre veraneantes —“hijos del pueblo” en su mayoría— y vecinos no siendo mala, no siempre es buena. Los que viven en los pueblos están apegados a sus tradiciones, hablan con el típico dialecto serrano y pretenden mantener ciertos hitos simbólicos que son parte de su identidad. Sin embargo, los que llegan en busca del descanso quieren hallar con demasiada frecuencia en estos lugares lo que dejan en sus habituales residencias. Su acento (deje) es diferente y se encargan continuamente de remarcarlo. Las fiestas, incluso las patronales, se trasladan a épocas más



propicias y modifican sus contenidos. La referencia de la vida cotidiana deja de ser el pueblo y sus alrededores y pasa a ser la ciudad en la que habitan. Los problemas del día a día del pueblo ya no son los suyos. Y, sin embargo, siendo numéricamente mayores son quienes toman las decisiones. Pueblos hay en que ediles y alcaldes viven en la ciudad y sólo se trasladan hasta el pueblo en vacaciones y para las sesiones plenarias. En todo caso, los habitantes de la sierra lo han asumido ya. Saben que de no ser los emigrantes los que se ocupen del gobierno municipal, éste puede quedar vacante. Saben que de no ser los ausentes los presentes, la gente de la sierra está condenada a desaparecer. Por eso asumen que se regule en función de los hijos del pueblo. Los establos y vaquerías que siempre han estado cerca de la vivienda, deben ser ahora alejados porque su olor molesta al nuevo vecino que ha construido allí su chalé. Los antiguos caminos que serpenteaban por las faldas de los montes, ya no se reparan, porque son inutilizables por los vehículos que prefieren las asfaltadas carreteras.

Si la Sierra de Ávila tiene futuro ha de buscarlo fuera de ella, ha de producir, fundamentalmente, ocio. Los veraneantes han de venir acompañados de los turistas. Recursos para atraer a ingentes cantidades de curiosos tiene de sobra: restos arqueológicos de indudable valor, templos dignos de figurar en las historias del arte, sobria arquitectura tradicional de inmantador efecto, paisajes evocadores... Claro que no tiene infraestructura para recibir a esa gente. Si difícil resulta hallar dónde comer, encontrar alojamiento es cosa imposible. Por tal motivo, buena parte del futuro de estos pueblos se halla en manos de los administradores públicos. En ese sentido, el porvenir de esta comarca se torna intrincado, pues parece que se repitiera lo que aconteció en su día cuando el alejamiento de los centros de decisión económica impidió cualquier *feedback* readaptativo.

En Los Altos de Jalisco el sentimiento respecto a los regresados es ambivalente. Por un lado, se les espera porque significan la inversión de cuantiosos recursos, además en dólares; por otro lado, para la población ranchera tradicional, los regresados son un factor de aculturación y cambio no siempre bien recibido. Son ellos los que han introducido el rodeo que desplaza a la charrería. Se les atribuye la introducción de la alteridad religiosa que, por primera vez en la historia de Los Altos,



significa una opción distinta a la de la Iglesia católica. Los regresados han modificado las costumbres, incluyendo el vestido. La población joven, la mayoritaria, viste hoy los atuendos que caracterizan a quienes van y vienen de Estados Unidos. El sombrero de alas anchas, tan propio de los rancheros, ha sido sustituido por gorras o los sombreros a la tejana. Las motocicletas se prefieren a los caballos. Las carreras con los vehículos desplazan a las tradicionales carreras "parejeras" de caballos, tan apreciadas por los rancheros. En la comida, Los Altos ha sido invadido por los *hot dogs*, las *pizzas*, que son preferidos por los jóvenes en lugar del pozole y el menudo o las "tortas ahogadas", platillos tradicionales de Los Altos. Sin embargo, los lazos entre los alteños de fuera y los de dentro se conservan y cultivan. Son varias las revistas y publicaciones que se editan en Estados Unidos por las comunidades alteñas, en las que se reseña la vida pueblerina y se dan a conocer las actividades tradicionales que se desarrollan para preservar las costumbres. Estas publicaciones tienen amplia circulación en Los Altos y mantienen la comunicación entre los alteños de fuera y de dentro. La importancia de la migración es central para los alteños de hoy y no se ve que en un futuro cercano ello se modifique. Es probable que lo que más preocupe a los sectores tradicionales de la sociedad alteña sea la alteración de la situación religiosa. Por supuesto, es un aspecto que a la propia Iglesia católica le inquieta y no dudamos en afirmar que a ello obedece el esfuerzo que dicha institución despliega para aumentar los centros de peregrinación religiosa y localizar, para neutralizar, a quienes se han unido a otros credos.

En la Sierra de Ávila, los condicionantes geográficos impedían entonces y ahora cualquier atisbo de mecanización. La estructura de la propiedad caracterizada por la hiperparcelización y la dispersión impedían entonces como ahora la adopción de medidas drásticas que permitieran el mantenimiento de las explotaciones agropecuarias. Sólo la comercialización de los productos derivados de las explotaciones ganaderas puede aportar recursos a la comarca. La comercialización de la carne exige la introducción de la explotación ganadera en unos circuitos comerciales que sólo pueden ser mantenidos si el producto final no se encarece en exceso, pues, de lo contrario, los consumidores optarían por otros productos alternativos. Por tal motivo, los productores de ganado de la Sierra de Ávila deben operar sobre otros factores. Si hoy día comienzan

a proliferar dos tipos de empresas —las que asentadas sobre espacios tradicionalmente de ganado se dedican a suministrar terneros a otras que carecen de cabaña ganadera y las que se dedican sólo a la transformación de los productos— puede ser que en los próximos años estas tendencias logren consolidarse.

Aunque el modelo de producción pueda asemejarse al tradicional, en especial en el extensivo de vacuno y en el ovino, las explotaciones se irán transformando en empresas acordes con las exigencias de la Unión Europea, de la misma forma que sus propietarios se han convertido en auténticos especialistas en la legislación que regula las ayudas compensatorias. Tales requisitos, en algunos casos exigidos por la administración, en otros por el mercado, han de partir de la existencia de dos condicionantes más: el encarecimiento de la comida de los animales y las pérdidas de valor que le pueden sobrevenir. Esto es, a diferencia de lo que ocurría hasta no hace mucho, los ganaderos de la sierra se encuentran insertos en un amplio mercado. Competir en el mismo implica costos adicionales sobre los que el productor no tiene ningún tipo de control: precios de piensos, vacunas, transporte de ganado, etcétera.

Por otra parte, la cesión de los últimos eslabones de la cadena de comercialización a favor de empresas ajenas al propio ganadero, hace que no sea éste el beneficiario mayor del valor añadido del ganado, sino las empresas transformadoras. Sirva como ejemplo lo que nos narraba un pastor de Ortigosa a propósito del esquileo:

“Apriscadas” como antes, las ovejas son agarradas por las patas y, de una en una, rapadas. El procedimiento no ha variado en siglos. Sin embargo, el esquilador no es serrano, sino de la charra Macotera. Allí se lleva la lana donde la lava. Posteriormente, la vende a las empresas textiles sitas en Béjar (Salamanca) desde donde serán llevadas hasta las de Cataluña. Allí se transformarán en la ropa que el ganadero compra en el mercado semanal de Ávila.

La irrupción de todo un mundo de intermediarios no sólo afecta la lana. El propio pastor nos indicaba que el comprador de sus corderos era siempre el mismo: un tratante abulense que, luego, los vende a una empresa distribuidora que los hace llegar a los carniceros de distintos lugares de España. Por tal motivo, ahora es preciso que las ovejas produzcan mucho más para poder seguir teniendo lo mismo. Así, el rebaño



del pastor aludido, como todos los de la sierra, se divide de forma que garantice el parto de las hembras en tandas: mientras unas crían, otras serán preñadas. Cuando se les quitan los corderos a las primeras, cada dos meses y medio aproximadamente, las segundas están a punto de parir y un tercer grupo de hembras ya están preñadas. De esta forma, cada oveja parirá tres veces cada dos años (nada más parir no se le echa el macho para que, descansando durante un tiempo, tome más fuerza). Por otra parte, la trashumancia, excepto en algunas localidades como Vadiello, se ha sustituido por enormes naves.<sup>9</sup> El ganado ya no es sólo un ser vivo, sino una inversión y como tal ha de cuidarse. Los siete meses fuera de casa, las duras jornadas de caminar por los cordeles, ya son sólo recuerdos. Si es preciso trasladar el ganado a Extremadura, se optará por utilizar grandes camiones. El pastor, cada vez más, será un “obrero”, tendrá una jornada laboral que se desarrolla en el campo, pero sujeta a la misma regulación laboral que cualquier asalariado.

Tampoco están exentos de intermediarios los productores de bovino. En la comercialización de los bóvidos destinados a carne, lo habitual en la Sierra de Ávila, desde el productor hasta el carnicero minorista que vende al consumidor, se han de franquear numerosas intermediaciones. Básicamente, existen tres frecuencias de intermediarios por las que el productor puede optar:

1) Productor-mercado de ganado-tratante-entrador<sup>10</sup>-matadero-despiece-minorista.

2) Productor-tratante-entrador-matadero-despiece-minorista.

3) Productor-entrador-matadero-despiece-minorista.

Por otra parte, el hecho de que los recursos de las producciones pecuarias no recaigan directamente sobre la comarca, se debe a la inexistencia de mataderos en la misma. El transporte de los animales a los más

9. Una vez extintos los lobos de esta comarca, los ganaderos comenzaron a dejar sus ganados durmiendo al raso, lo que abarataba enormemente los costes y facilitaba el trabajo. Desgraciadamente, en los últimos años, la proliferación de perros cimarrones se ha convertido en un problema de tal magnitud que cada vez es más raro que no se guarde el ganado por la noche.

10. El entrador es una figura clave en la comercialización de la carne, pues supone el primer eslabón de la misma. Es la persona que sacrifica el ganado en los mataderos por cuenta del ganadero o del intermediario. En numerosas ocasiones, estos entradores trabajan a comisión para distintos mataderos. En México se le denomina “introducción”.



cercanos, con las consecuentes pérdidas de peso y la posibilidad de accidentes, encarece sobremanera el producto, sin que de ello se derive beneficio alguno para los ganaderos. Los poderes públicos con competencia sobre la Sierra de Ávila, habida cuenta de las dificultades que sus envejecidos habitantes tienen para hacerlo por sí mismos, tendrían que tomar en consideración las recomendaciones que hace ya un cuarto de siglo formuló la Comisión Económica para América Latina sobre esta cuestión.<sup>11</sup>

No se trata sólo de cambios en las actividades económicas. De igual manera que en su día desaparecieron oficios tradicionales, como el de aguador o molinero, y con ellos una forma de ver el mundo, hoy los cambios más profundos están sucediendo en el ámbito cultural. Las relaciones vecinales de una cultura basada en la integración social y en la cooperación están siendo sustituidas por otras cuyo fundamento se encuentra en el mercado. En el seno de las familias estas transformaciones también tienen su reflejo: si hasta no hace mucho las romerías y fiestas eran el mejor instrumento para concertar matrimonios, hoy los pocos jóvenes han de salir de sus lugares para lograrlo. La emigración empezó afectando a los varones, pero cuando la marcha de estos disminuyó, surgió con fuerza la de las mujeres. Son muy pocas las jóvenes que quedan en los pueblos, y de entre éstas, las más aspiran a irse. Los “mozos viejos” o “solterones” crecen en número y proporción respecto del total de los habitantes. Tal vez, como está ocurriendo en otros lugares, los matrimonios mixtos en los que el varón ha ido a buscar mujer a lejanos países, por lo general caribeños, puedan llegar a revertir la tendencia. Pero, por el momento, esto no es así.

La inexistencia de niños ha llevado a los habitantes de estos idílicos y recónditos paisajes a la desolación. Nada alegra más a los viejos que las risas de los hijos de los veraneantes. Los padres, no muy numerosos, ya no aspiran, como lo hicieron los suyos, a enseñar a sus hijos todo lo que

11. “El sacrificio del ganado bovino en las zonas de cría y engorde, transportando la carne en canal a los centros de consumo, es un sistema mucho más ventajoso desde el punto de vista económico que el transporte del ganado en pie”. Comisión Económica para América Latina (CEPAL). *La industria de la carne de ganado bovino en México: análisis y perspectivas*. México: FCE, 1975, p. 189. Sobre el tema puede consultarse también: M. J. García Grande. *El sector bovino en Castilla y León y su integración en los circuitos comerciales*. Valladolid: Consejo de Agricultura y Ganadería de la Junta de Castilla y de León, 1991.

sabían para sobrevivir entre los hoscos y bellos cantizales de la sierra. Ahora, los más, sólo quieren que sus hijos no tengan que pasar por lo que ellos vivieron.

Los cambios en la cosmovisión del serrano no sólo afectan al mundo ganadero que sustituye las viejas cercas de piedra por las de alambres de espino. El agricultor se encuentra en la misma tesitura. Sólo los pueblos linderos con la llanura morañega, los mismos que históricamente han mantenido problemas de autoasignación identitaria, mantienen producciones agrícolas. Ya no es suficiente conocer la calidad de la tierra o predecir la meteorología. El agricultor, antes de dejar caer la semilla sobre la tierra, ha de saber cómo está la subvención a los cultivos herbáceos, qué rendimiento comarcal estimado ha sido fijado para el año, qué nuevos productos están siendo subsidiados, en qué medida están saliendo beneficiados los barbechos, etcétera. No es pues extraño leer, en órganos de información agrícola, que los conocimientos necesarios para ser agricultor ya no tienen que ver con la técnica agrícola.<sup>12</sup> En suma, las condiciones de mercado se adentran poco a poco en la sierra. La singularidad de esta comarca está dejando de ser tal. Si antiguamente era similar, sobre todo a las demás zonas de alta montaña del Sistema Central Español, hoy se emparenta con cualquier zona agraria del país.

Los hitos espaciales y temporales se están diluyendo. Los periodos de descanso, en la rotación trienal de la labor, han desaparecido porque el abono químico los hace, en apariencia, inútiles. Las horas del día se alargan artificialmente. "Por los reyes conocen el día los bueyes", decían antes los agricultores que, empujando la yunta tirada por estos animales, sabían que el 6 de enero podían hacer un surco más que el 25 de diciembre, al desaparecer el sol más tarde. Ahora de nada sirve el refranero. A la oscurecida, un enjambre de artificiales luciérnagas se ven flotar con uniformidad por el campo: son los focos potentes de los tractores que iluminan el suelo que se trabaja. El ritmo del agricultor ya no es el del día y, en ocasiones, el de la estación. La tierra ya no se pisa

12. "Hoy, junto a los conocimientos técnicos el profesional agrario debe manejar una serie de variables de gestión mucho más diversas y, sobre todo, más complejas y alejadas de la pura técnica agrícola/ganadera. Para el manejo de estas variables se hacen necesarios conocimientos más cercanos a la gestión empresarial que al cultivo de la tierra o al manejo de ganado." V. Uribe. "Decidir bien es estar bien informado." *Unión*. Informativo de la Unión de Pequeños Agricultores de Castilla y de León, núm. 30, noviembre de 1994, p. 2.

ni se huele. La máquina, con calefacción en invierno y refrigerada en verano, es una "oficina" del campo. La relación con la tierra, orgullo durante siglos del serrano, ahora está siendo mediada por las innovaciones tecnológicas. La tierra ha dejado de ser el suelo sobre el que los padres sudaron, para convertirse en una pieza más de un laberíntico sistema socioeconómico. Tal vez, por dicho motivo, los serranos, algo impensable hace años, están vendiendo sus tierras a empresarios capitalinos que las utilizan para el recreo o la especulación.

En contraste, los alteños pisan y huelen la tierra. No conciben la vida sin ello. Los que regresan, invierten en la tierra o la compran. Las herencias siguen repartiendo la tierra en proporciones iguales para todos los herederos. Aun los empresarios que viven en las pequeñas ciudades alteñas o en Guadalajara, gustan de conservar una casa en la tierra de la familia, a la que acuden como un rito que reafirma los enlaces entre el pasado y el presente. Son dos contextos históricos distintos de la economía de mercado y del proceso llamado globalización.



## Conclusiones

Existe una característica histórica común en la Sierra de Ávila y en Los Altos de Jalisco: son tierras de frontera. El pasado remoto de ambos territorios está marcado por el establecimiento de fronteras entre pueblos diferentes. Es en ese lejano pasado en donde se inician los contornos que formarán después las regiones. En Los Altos de Jalisco, antes de la ocupación castellana, el territorio albergó una frontera entre pueblos nómadas y sedentarios, entre cazadores y cultivadores. Durante el periodo colonial, Los Altos de Jalisco constituyeron la frontera de la expansión castellana hacia el norte y fueron un territorio de entrecruce de caminos que tuvieron estrecha relación con el auge minero de la Nueva España. Ambas regiones, la sierra y Los Altos, se configuraron en contextos surgidos de la aplicación de estrategias para ocupar y asegurar territorios. En el caso abulense se trata de una estrategia feudal con tendencia a instituir un estado que, siglos después, ya consolidado, diseñó para Los Altos una táctica que se alimentó de la experiencia de los movimientos de población y de repoblación ocurridos en la misma península, en situaciones de frontera. Los alteños fincan en ese pasado sus instituciones sociales, su percepción del espacio regional, sus formas de parentesco y herencia, sus mecanismos de tenencia de la tierra y su apego a la catolicidad como sello de identidad.

Tanto la Sierra de Ávila como Los Altos de Jalisco mantuvieron una historia compartida en los momentos de expansión del Estado español, cuando la instauración de un régimen colonial en el territorio que después se conoció como Nueva España las involucró en una misma esfera. Quizá como en ninguna otra región de lo que hoy es México, en Los Altos de Jalisco se desarrolló un catolicismo que no fue producto de la evangelización, porque quienes poblaron el territorio eran campesinos castellanos católicos. Y tampoco tuvieron que desarrollar una religión sincrética,

puesto que no se mezclaron con la población indígena a la que paulatinamente fueron empujando lejos de su territorio o bien, a la que se cristianizó, le asignaron el papel de aseguradores de la frontera, como lo testimonian las características de la actual población que se distribuye a lo largo del río Verde que hemos llamado “Los Altos escondidos”.

En ambas regiones, la Sierra y Los Altos, el apego de la gente a la tierra, la estima por la familia, el fervor religioso y la ganadería como actividad prioritaria son apoyos a la identidad. Es notorio que las diferencias entre ambas no radican en las formas de parentesco, tan similares, ni evidentemente en la religión, sino en el tipo de estrategias de adaptación forjadas en contextos históricos diferentes. En la Sierra se originó una ganadería en la que, desde tiempos prerromanos, la avileña-negra-ibérica domina los prados. Antiguo es también el pastoreo, forma de vida ausente en Los Altos de Jalisco. En esta última región, la cría de mulas y de vacuno para la carne caracterizaron a una ganadería que respondía a la articulación de la región con la industria minera. No fue sino hasta 1945 que la ganadería cambia de orientación en Los Altos para dedicarla a la producción lechera demandada por las grandes compañías transnacionales como la Nestlé o empresas mexicanas como la Sello Rojo. En la Sierra, el panorama también empieza a transformarse al ocurrir cambios drásticos en la trashumancia, lo que llevó a la desaparición de la ventas, verdaderas instituciones culturales de la región. El mismo ganado de carne manifiesta cambios. La avileña negra-ibérica ya no es la señora absoluta del paisaje. Otras razas están siendo experimentadas por los nuevos ganaderos tecnificados. Estamos hablando de los umbrales de un cambio drástico, que implica desde el paisaje hasta hábitos que venían de siglos. En Los Altos, la actual ganadería lechera es complementada con la cría de aves a gran escala y la de cerdo a niveles competitivos con los grandes centros nacionales que por tradición crían el cerdo, como la ciudad de La Piedad en el vecino estado de Michoacán.

Tanto en la Sierra como en Los Altos, los centros religiosos siguen cumpliendo con eficacia el papel de espacios de integración intrarregional y extrarregional. En Los Altos es notorio el surgimiento de nuevos lugares de peregrinación que representan los embriones de lo que pronto serán grandes centros de integración regionales. Los casos más claros son el santuario del Cristo del Encino, situado en una ranchería de no más de



veinte casas, en medio de las cuales se levanta la estructura de una enorme iglesia concebida para albergar a miles de peregrinos. El del Señor de la Misericordia, recientemente aparecido (1997) en un predio en medio de varios ranchos y muy cerca de la pequeña ciudad de Cerro Gordo en el municipio de Tepatitlán de Morelos. Y el santuario de la Santa Cruz, montado en una elevada colina junto a un lugar llamado Cañada de Islas en el municipio de Mexicacán. Con estos centros de peregrinación se completará un circuito que mantendrá peregrinos en Los Altos prácticamente durante todo el año. Quizás este circuito se traduzca en mantener la identidad alteña por sobre los factores centrípetos que en estos momentos actúan. Si los cristos se aparecen en los ranchos, la autoidentificación de los campesinos y ganaderos alteños como rancheros se refuerza, se reafirma. Las vírgenes se siguen apareciendo, al igual que durante la Colonia, en los centros urbanos, como símbolo de la reafirmación del territorio bajo la égida de la cultura que originó el catolicismo. Como símbolo de una identidad omnipresente que contiene a las identidades pueblerinas: la identidad jalisciense. Y finalmente, la identidad mexicana simbolizada en otra virgen, aparecida también en la ciudad: la virgen de Guadalupe. La virgen simboliza la matriz de lo que en los días coloniales significó una cultura nueva impuesta sobre la de los pueblos originales y hoy reconocida como la fuente de la identidad que resuelve simbólicamente la heterogeneidad. Antes de la virgen de Guadalupe no existe la mexicanidad, la matriz del mestizaje. A partir de su aparición, se suceden las demás vírgenes, incluyendo a la de San Juan de los Lagos que articuló la región alteña.

Si repasamos las microhistorias regionales en México, encontraremos como constante este papel integrador de las vírgenes desde un centro urbano, por pequeño que éste sea. En el propio Jalisco, la virgen de Zapopan es otro ejemplo sobresaliente como también lo es, en el extremo sur del país, en Yucatán, la de Izamal. En cambio, la guerra cristera se pelea bajo la advocación de Cristo Rey, es decir, la defensa de la identidad ranchera basada en el control privado de la tierra y de los medios de producción, incluyendo el ganado. La ciudad, en cambio, es el símbolo más acabado de la irrupción de una nueva cultura que, de la Colonia en adelante, preside el mestizaje mexicano.



También en la Sierra de Ávila la virgen juega un papel fundamental en la articulación regional. Se diría que la Sierra del oriente al poniente es un mosaico establecido en torno de santuarios marianos. Ciertamente, cada pueblo venera su propia representación de la virgen haciendo de la misma, a menudo, su patrona. Pero, más allá de las festividades locales, lo que da unidad intracomarcana es la participación conjunta en una romería común a un mariano espacio liminar. En el naciente serrano, en los confines de los Ojos Albos, la virgen del Cubillo, rodeada de sus múltiples exvotos que en nada se diferencian de los que acompañan al alteño Señor de la Misericordia de Tepatitlán, ha unido secularmente tierras de Ávila y Segovia. La misma misión ha cumplido en el poniente medianero la virgen de Valdejimena que, en tierras salmantinas, es venerada por los abulenses habitantes de la Serrezuela. Entre ambos santuarios, y a intervalos espaciales regulares, otras apariciones de la virgen jalonan la Sierra: la virgen de Sonsoles, en la ciudad, a la que acuden todos los vecinos de los pueblos próximos; Nuestra Señora de Riohondo, abriendo la puerta de la “sierra profunda”, tiene la devoción de los pueblos más cercanos; la virgen del Espino, más al occidente, articula las relaciones de la Serrezuela con el centro serrano. Entre estas dos últimas, la virgen de las Fuentes, reclamada como propia por los hablantes de la Sierra y del Valle Amblés.

En Los Altos, *ranchero* no es un término que denote una categoría socioeconómica, sino que se refiere a la identidad. Los alteños son campesinos, ganaderos, profesionistas o empresarios, pero todos se engloban en el apelativo de *ranchero*. Así sucede en la Sierra, en donde serrano tampoco es una referencia socioeconómica, sino de identidad. Los *rancheros* lo son en contraste con los *abajeños*; los *serranos*, en contraste con los *moraños*.

En ambas regiones, el parentesco cumple un papel de primera importancia en el surgimiento de una conciencia de comunidad, de experimentación de una historia compartida. La familia nuclear inscrita en grupos más amplios es común a la Sierra de Ávila y Los Altos de Jalisco como núcleo de las relaciones sociales básicas. Quizás en Los Altos se desarrolló con mayor fuerza la formación de linajes que reconocían ancestros y territorios comunes. No fue extraño este hecho a la Sierra de Ávila, pero en Los Altos se colocó en una situación de preemi-

nencia. Es decir, ambos casos muestran que la construcción de un sentimiento de comunidad en relación con la experiencia histórica tiene en el parentesco a una de sus fuentes primordiales. La idea de localidad y región se consolida cuando la consanguinidad se asume como vínculo social y como sustrato de la identidad.

En la Sierra, los cultivos ancestrales, el trigo y el centeno, están fuera de uso. Durante siglos acompañaron y nutrieron a los grupos humanos que han modelado el paisaje serrano. Hoy, si acaso, quedan las huertas como pequeños reductos de lo que fue una agricultura que en su alrededor generó una compleja red de relaciones sociales y de mundos culturales. Las eras están abandonadas, cruzadas por los vientos que no auxilian más la limpia del trigo, sino que pasan veloces como llevándose los últimos recuerdos. En contraste, en Los Altos, aún persiste el maíz, la terca planta mesoamericana adoptada para sustituir al trigo por los campesinos de prosapia castellana que colonizaron el territorio. El paisaje alteño todavía está complementado por las yuntas, los añosos arados de madera, que conviven con los tractores. En la franja sur, otra planta nativa de estas tierras, el agave, alimenta la industria del tequila, llamado "vino" en recuerdo inconsciente de lo que es un elemento esencial en las culturas de Europa. En la Sierra, la avanzada tecnificación se ajusta bien a las realidades demográficas y a la práctica de la ganadería. En Los Altos, la tecnificación ocurre en un contexto demográfico contrastante y produce otros resultados. No sólo desplaza mano de obra de la agricultura, sino que permite la instalación de plantas industriales que no afrontan el problema de buscar trabajadores fuera de la región.

Tanto en la Sierra como en Los Altos la migración es un hecho central de la vida contemporánea pero con resultados muy diferentes en una y otra. Los alteños emigran a Estados Unidos con la idea de regresar a invertir a su propia región. Además, la estancia temporal allá se ha convertido en un componente primordial del prestigio, en fuente de cambio cultural y en oportunidad para los jóvenes de evadir los rígidos controles de la vida social alteña. En la Sierra, el contexto de la migración es otro; si bien ambas regiones comparten el hecho de que una guerra haya acelerado los flujos migratorios: en la Sierra, la posguerra civil, y en Los Altos, la guerra cristera. En Los Altos, la gente regresa. En la Sierra, sólo lo hace en el verano. Pero en ambos casos la



migración ha sido uno de los más claros factores asociados al cambio sociocultural. La desertización demográfica en la Sierra es, sin duda, factor esencial para explicar la situación actual de la sociedad y discutir su futuro. En Los Altos, los que se van regresan con las innovaciones que hoy hacen de la tierra alteña un lugar de yuxtaposición de culturas. En la Sierra, la identidad va y viene con los migrantes que regresan cambiando fechas, fiestas y hasta santos patronos de los pueblos. Uno podría decir que se trata de una "identidad caminera". En Los Altos, los que regresan llegan a retomar su lugar, a compartir la fiesta, a la hora señalada. Pero también introducen cambios: traen de Norteamérica los usos y costumbres que mejor se adaptan a la realidad alteña. En la Sierra, los migrantes que regresan en el verano buscan afianzarse a lo que les auxilia para sacudirse el anonimato ciudadano. Durante el verano, en sus antiguos pueblos, vuelven a recuperar sus rostros, sus nombres, el tronco familiar de donde proceden. Transitan por las calles de su niñez, pasean por sus prados y ven sus cielos. Es posible que las generaciones más recientes ya no experimenten esas emociones. Muchos de ellos incluso se niegan a pasar el verano en esos pueblos que no les significan más que lejanas referencias. Han nacido y crecido en las ciudades. Quizás estamos presenciando el final de una cultura y, por ello, sorprende con más fuerza la antigüedad de una forma de vivir que hincalazos en el tiempo. Las mujeres tejiendo en corro, el hombre a pie con el perro al lado siguiendo vacas y ovejas, es una cultura milenaria. Sus huellas están dispersas en toda la Sierra. Hasta hace sólo medio siglo, los aperos que esta cultura inventó, las formas de arquitectura que imaginaron, los instrumentos con los que adaptaron el medio ambiente para satisfacer sus necesidades y sus formas de organización social y religiosa, estaban vigentes. Eso hace radical el cambio actual: es el pase de una forma de vida con miles de años de continuidad.

La experiencia de estudiar la Sierra de Ávila y Los Altos de Jalisco en forma comparada nos ha dejado, entre otras enseñanzas, varios caminos para entender la emergencia, permanencia y desarrollo de sociedades regionales concretas. Quizá lo que hoy se conoce como globalidad y que antes era discutido como el pase de la historia local a la historia universal, se entiende mejor desde la localidad y la región. Son las sociedades concretas, locales o regionales, las que establecen la interacción con la



esfera mundial. Es el caso de la Unión Europea para España y del tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá para México. Serranos y alteños están implicados en ello con consecuencias muy concretas en sus vidas.

Tanto serranos como alteños forman círculos de gente que asume una identidad de tal manera que no sólo comparte uno que otro interés, sino un conjunto básico de ellos. Es posible que el sustrato de las sociedades regionales esté constituido por esta interpelación entre territorio y asociación. En este sentido, la unidad cultural de la Sierra de Ávila se manifiesta en la continuidad de los patrones de asentamiento tan reveladores de la concepción del espacio. Asociada a este aspecto está una arquitectura uniforme en la Sierra que usa la piedra como elemento central de la construcción. En Los Altos existe también esta uniformidad en los patrones de asentamiento, con las casas construidas de adobe y piedra, techadas con tejas. Sólo en "Los Altos escondidos", a lo largo del cauce del río Verde, en la frontera, se notarán las diferencias. En la Sierra, la unidad cultural se expresa también en la ganadería. Es difícil imaginar —y pronto ocurrirá— los campos serranos sin los pastores, con sus boinas, bastones y perros, detrás de las ovejas, caminando siempre solos o sentados sobre los "berrocales". Así, en Los Altos es difícil imaginar el paisaje sin los hatos ganaderos "pintos de negro", la vaca suiza productora de leche por excelencia.

La unidad cultural serrana se expresa también en las formas de herencia. La tierra se divide en partes iguales entre los herederos y después se sortean para que no ocurra "favoritismo" por parte de los padres. "No es bueno que haya pasiones entre hermanos", nos dijo un pastor hablando de la herencia. Toda la sierra está cuadrículada con cercas de piedra que dividen, marcan, delimitan, las propiedades repartidas. En Los Altos, las formas de herencia de raíz castellana reparten por igual a todos los herederos. Aquí también el paisaje está cuadrículado por los lienzos que, al igual que las cercas de la Sierra, delimitan, marcan, dividen la propiedad repartida.

Un rasgo que recorre todos los pueblos serranos es la memoria, el recuerdo de otros tiempos: como se celebraban las fiestas; como se sembraba; como se trabajaba en las eras; como era la escuela. En la Sierra de Ávila el pasado está presente en toda conversación. El presente es

esperar: a que vuelvan en el verano los que se fueron; a que llegue el cartero; a que llegue la pensión; a que llegue el invierno tan temido; a que regrese el calor...

## Glosario

**AMEAL** (o almiar): Término utilizado en las zonas de montaña de Castilla y León para indicar un almacenamiento de paja hecho al aire libre y fácilmente reconocible por su forma de pera.

**BARBECHO** (o barbechera): En España, tierra de cultivo inserta en un ciclo rotacional que se deja descansar durante un año. En México, tierra de cultivo ("tener un barbecho" sería equivalente a tener una tierra para cultivar sin connotación de descanso). En México, da lugar al término **BARBECHAR**, que quiere decir limpiar el terreno de cultivo.

**BARDA**: En México se llama así a los **LIENZOS** de piedra conocidos en España como cercas o tapias.

**BARRANCA**: En México designa al estrecho valle que en España recibiría el nombre de **GARGANTA** o **CAÑÓN**.

**BORDO**: En Los Altos de Jalisco se denomina con este nombre a las **CHARCAS** hechas por la mano del hombre.

**CABAÑA**: En relación con el ganado, este término designa en España la totalidad del hato o rebaño.

**CAMPIRANO**: En México hace referencia a los habitantes del campo.

**CANTUESO**: Planta muy habitual en la Sierra de Ávila. Se trata de un arbusto de poco más de medio metro de altura, de hoja perenne, que tiene los tallos derechos y muy ramosos. Sus flores olorosas, flores moradas, son fácilmente reconocibles en la Sierra por su penacho.

**CAÑADA**: En España este término hace referencia a la vía pecuaria destinada al ganado trashumante de 90 varas castellanas de anchura. De mayor a menor anchura, estas vías eran denominadas cañada, cor-



- del, vereda y colada. En México, hace alusión a un tajo abierto por el río y sería el equivalente español de garganta.
- CARRACAS: En España se refiere a lo que en México son las matracas.
- CERQUILLO (o cerquijo): En la Sierra de Ávila es una barda de pequeñas dimensiones, por lo general de forma circular, que sirve para proteger los ameales o henares al aire libre de la acción del ganado.
- CITADINO: En México, habitante de la ciudad.
- CORTINA: En la Sierra de Ávila, BARDAS. Cortinar es el paisaje geometrizado delimitado por las bardas.
- CHARCAS: En Castilla y León designa los BORDOS.
- CHARRERÍA (o charreada): Deporte nacional de México. Consiste en un conjunto variado de juegos destinados a mostrar la habilidad del jinete para manejar el ganado desde el caballo.
- DEHESA: En España, paisaje dominado por la encina en el que habitualmente pasta el ganado.
- EJIDO: En México, sistema de propiedad colectiva de la tierra, surgido de la reforma agraria impulsada por la revolución de 1910. En España, campo comunal que no se labra, situado en las afueras del pueblo, que suele utilizarse como era o espacio para reunir el ganado. (La pronunciación serrana hace a veces difícil reconocer esta palabra, especialmente si viene precedida del artículo “el”, debido a que suena como “lejo”, el ejido.)
- ERA: En España, espacio comunal sito en las proximidades del pueblo y utilizado fundamentalmente para la trilla, criba y limpia del grano de cereal.
- FARDEL: En España, TALEGA o bolsa que utilizan los pastores o los caminantes para guardar comida u otras cosas de uso personal.
- GARRAPO: En Castilla, cerdo pequeño.
- HACINAS (o haces) de paja: GAVILLAS.
- HUIZACHE: En México, leguminosa de ramas espinosas y corteza delgada y vainas largas de color morado negruzco.
- LIENZOS: En Los Altos de Jalisco, BARDAS de piedra.

**MAYO:** Tronco de un árbol que en Castilla y León es colocado por los mozos en un lugar señalado durante las fiestas.

**MEZQUITE:** Árbol muy extendido en México de la familia de las mimosas y semejante a las acacias españolas.

**MILPA:** En México, campo de maíz.

**PICOTA (o rollo):** Columna circular de piedra que puede acabar coronada con varios brazos y que simbolizaba en las villas la autonomía jurisdiccional del lugar.

**PIORNO (o escoba):** Arbusto característico de las zonas montañosas de Castilla y León que puede alcanzar hasta los dos metros de altura, con numerosas ramas angulosas en las que se descubren ciertas vainas con semillas oscuras en su interior. El color de las flores varía en función de la especie, pero las más abundantes son las amarillas.

**POYO:** En España, banca de piedra situada en la pared exterior de la vivienda, junto a la puerta de entrada de la misma.

**POTRERO:** En México, terreno en el que pasta habitualmente el ganado. Su equivalente español sería PRADO.

**PRADO (o pradera):** En España, terreno en el que pasta habitualmente el ganado. Su equivalente mexicano sería POTRERO.

**QUINTOS:** En España, jóvenes que llegan a la edad de prestar el servicio militar obligatorio.

**RANCHO:** En Jalisco, explotaciones agropecuarias.

**REGATO:** En la Sierra de Ávila, arroyuelo utilizado como acequia para riego.

**TALEGA:** En España, bolsa de lienzo basto que sirve para llevar y guardar cosas. Sería equivalente a una rudimentaria alforja de un solo bolso.

**TAPATÍO:** Nativo habitante de Guadalajara, Jalisco (México).

**TAPIA (o cerca):** Se conoce con este nombre en España a lo que en Los Altos se denomina BARDAS.

**TOSTÓN:** LECHÓN. En México, significó la moneda de 50 centavos.

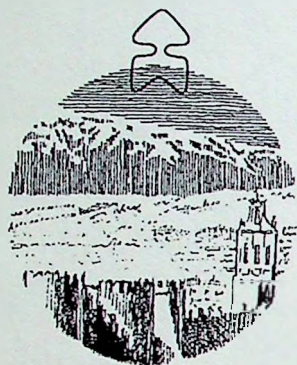
## Nota sobre equivalencias

Antes de la imposición del sistema métrico decimal, a mediados del siglo XIX, las medidas utilizadas en España variaban de unas regiones a otras e, incluso, dentro de cada una de ellas. A diferencia de lo que estamos habituados hoy, dichas medidas no eran exactamente iguales, pues se encontraban relacionadas con la actividad humana. Así, por ejemplo, la medida de longitud conocida como LEGUA equivalía al camino que un hombre podía andar en condiciones normales durante una hora, esto es, alrededor de cinco kilómetros y medio. Algo similar ocurre con las demás medidas. La VARA medía dos CODOS o tres PIES o cuatro PALMOS, es decir, como noventa centímetros (si bien el codo se aproxima a los 50 cm). Como medida de peso se utilizaban la ARROBA, el QUINTAL y la LIBRA. Un quintal equivale a cuatro arrobas y cada una de éstas tiene 25 libras que se acercan a los doce kilogramos actuales. Los granos eran medidos por fanegas. El patrón abulense al respecto era la MEDIA FANEGA, equivalente a dos CUARTILLAS o seis CELEMINES o ALMUDES. La media fanega permite un volumen que supera ligeramente los 27 litros de grano, por lo que un celemín tiene algo más de 4.6 litros. Una CARGA, medida equivalente a lo que una buena mula podía llevar de una vez, estaría compuesta de unas cuatro fanegas (algo más de doscientos litros de grano). Por lo que se refiere a la capacidad, las medidas más usuales eran la CÁNTARA, la CUARTILLA, el AZUMBRE y el CUARTILLO. La cántara es de dieciséis litros; es preciso reconocer que por mucha que sea la habilidad de los alfareros, es casi imposible que existan dos exactamente iguales. Una cántara equivale a ocho azumbres. No debe confundirse la quartilla, dos azumbres, con el cuartillo, cuarto de azumbre, esto es, medio litro.









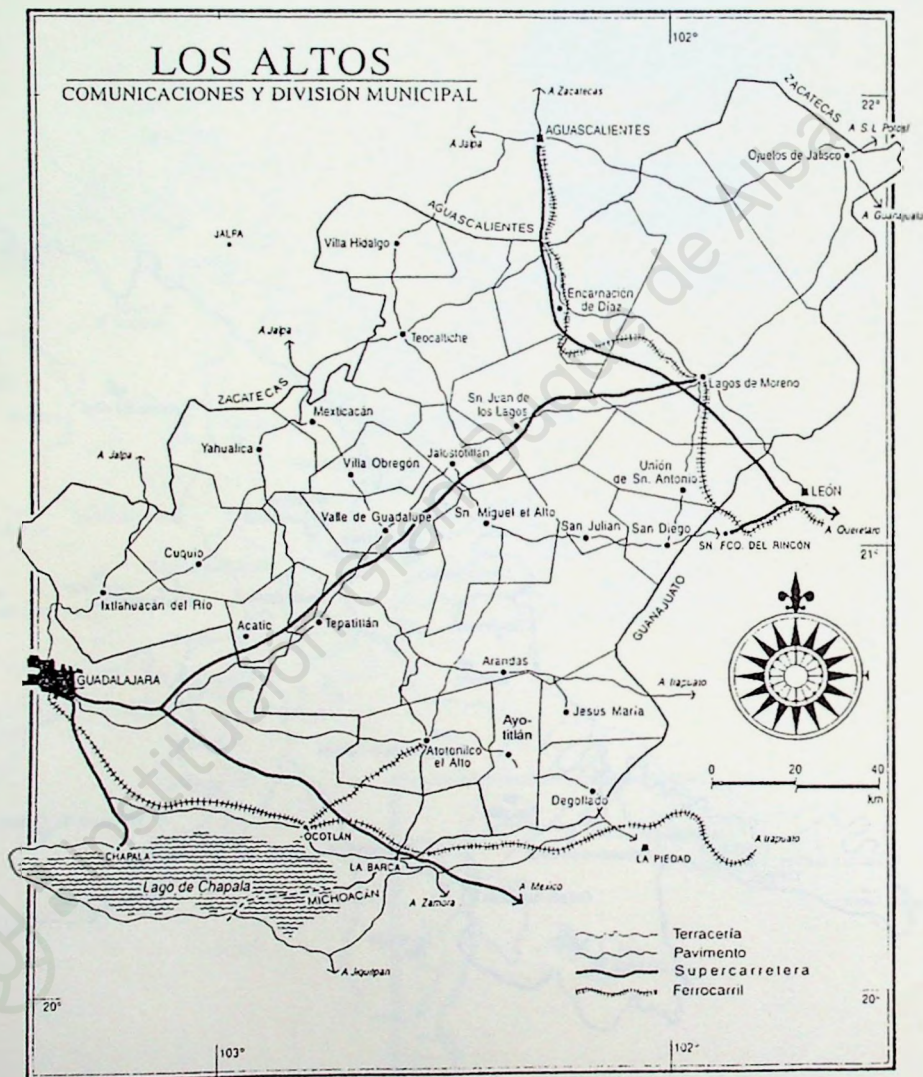
## LA SIERRA DE ÁVILA





# LOS ALTOS

## COMUNICACIONES Y DIVISIÓN MUNICIPAL

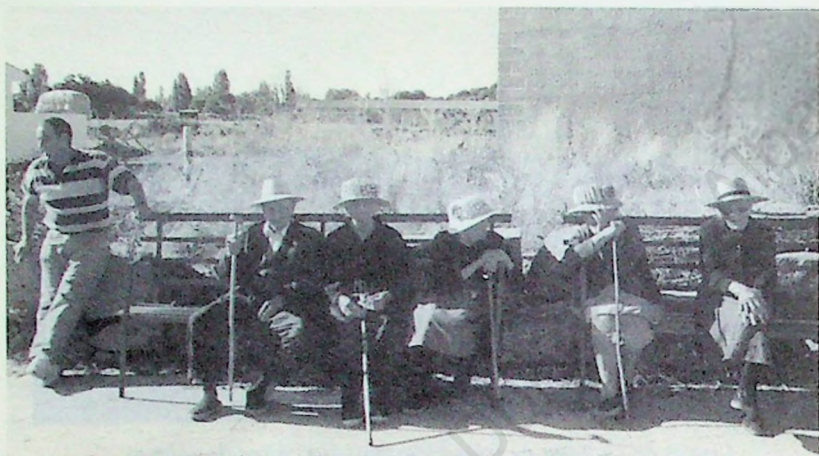




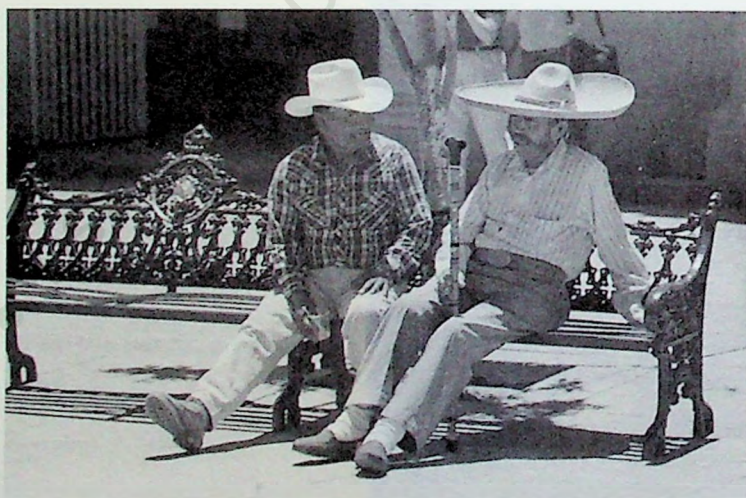
## Anexo fotográfico



Institución Gran Duque de Alba



*Al atardecer en Collado del Mirón. Sierra de Ávila.*

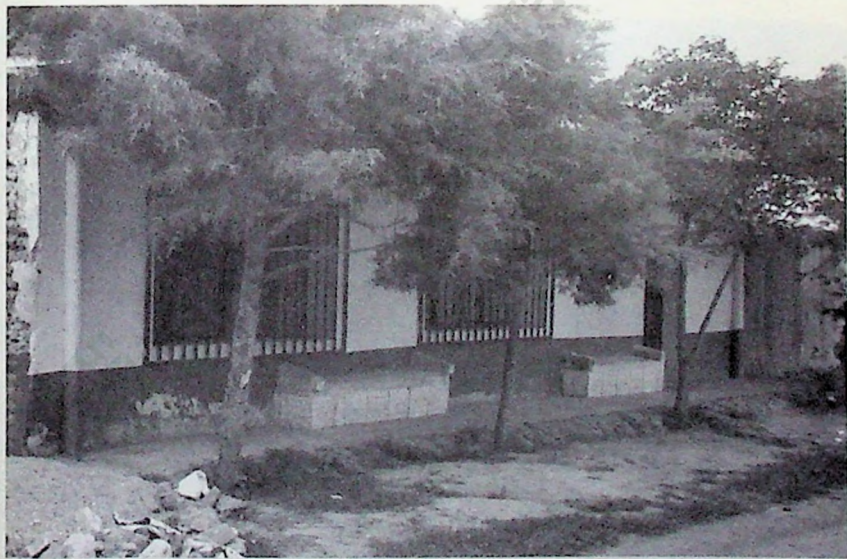


*Hombres conversando, San Diego de Alejandría. Altos de Jalisco.*





*Conversación. Manjabálago. Sierra de Ávila.*



*San José de Bazarte, "La Villa", municipio de Tepatitlán. Altos de Jalisco.*





*Cultivando la huerta (berzas), en Marlán. Sierra de Ávila.*



*Campos de agave tequilero en las inmediaciones de Cerro Gordo. Altos de Jalisco.*



*Hombre arando. Tepatitlán de Morelos. Altos de Jalisco.*



*Un narrio para transportar rocas. Villaverde (Bularros). Sierra de Ávila.*





*El Durazno, municipio de Yahualica. Altos de Jalisco.*



*Casas en El Mirón. Sierra de Ávila.*

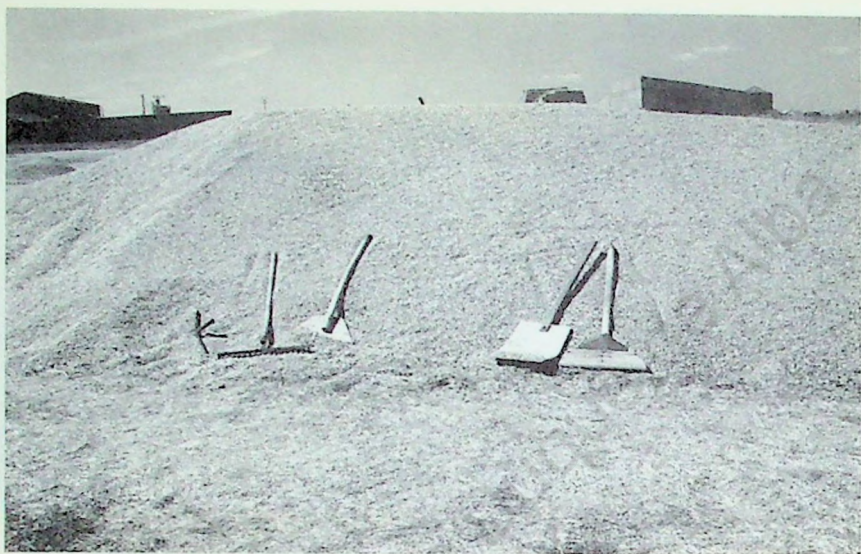




*Corral con rebaño de ovejas. El Durazno. Altos de Jalisco.*



*Ovejas dentro del cerco, camino a El Risco. Sierra de Ávila.*

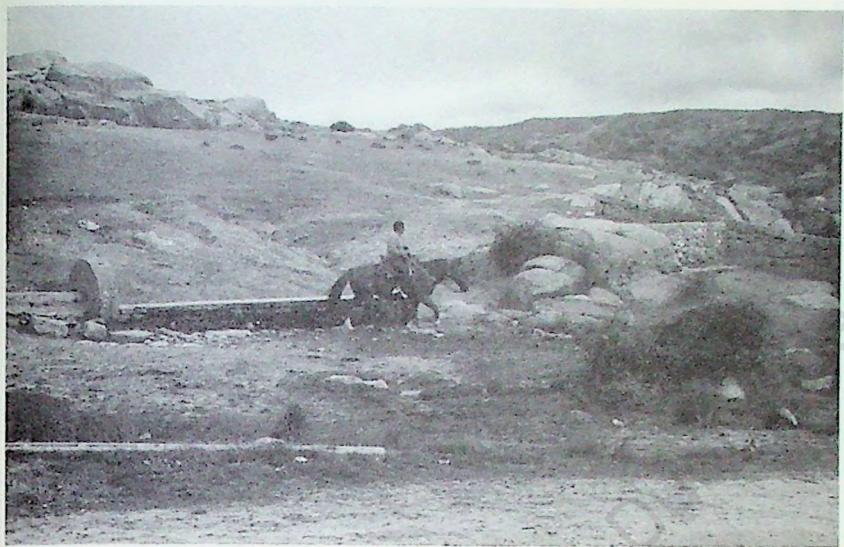


*La era en San García de Ingelmo. Sierra de Ávila.*



*Un hombre con su mula en el campo de maíz. Acacico. Altos de Jalisco.*





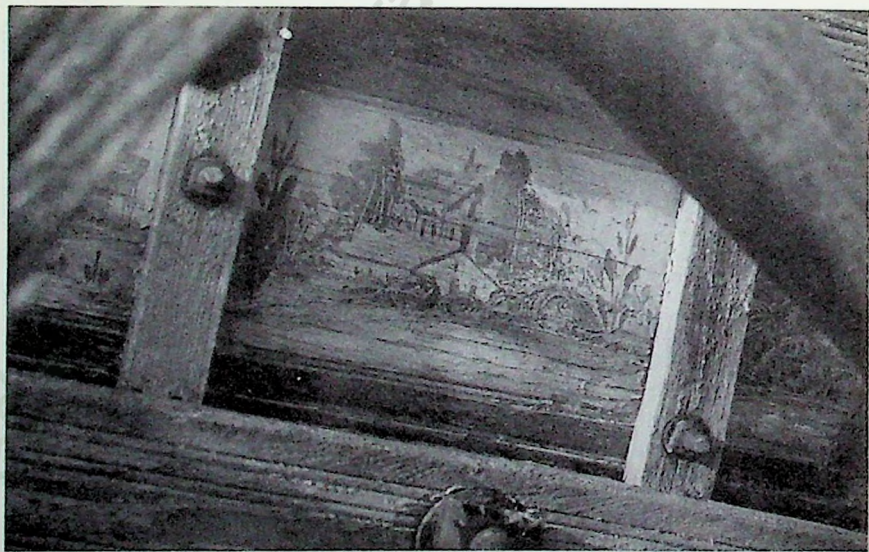
*Hombre a caballo. Vadillo. Sierra de Ávila.*



*Camino a la hacienda Ciénega de Mata. Altos de Jalisco.*



*Carreta en un pueblo de Los Altos de Jalisco.*



*Detalle de un carro (carreta) en Gallegos de Altameros. Sierra de Ávila.*





*Procesión en Manjabálago el día de la fiesta del pueblo. Sierra de Ávila.*



*Las escasas comunidades indígenas que viven en "Los Altos escondidos" recuerdan el carácter fronterizo de la región. En la foto, el Cristo de Teocaltitán, con el maíz, sagrado siempre, colgando del brazo. Teocaltitán. Altos de Jalisco.*



*Hombre con guadaña.  
Mirueña. Sierra de Ávila.*



*Atuendo charro de trabajo.  
Foto "Los amigos", de Al-  
fredo Torres.*





*El toro mexicano. Carretera Lagos de Moreno-Ojuelos. Altos de Jalisco.*



*El toro español. Carretera Ávila-Salamanca.*





## Bibliografía

Advertencia: no se enlistan las fichas bibliográficas cuyos datos completos aparecen a lo largo del texto. El lector interesado en ampliar la información bibliográfica puede recurrir, en el caso de la Sierra de Ávila, a Pedro Tomé Martín, *Antropología ecológica*. Ávila: IGDA, Diputación Provincial, 1997, y para Los Altos de Jalisco, a Andrés Fábregas. *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*. México: Ediciones de la Casa Chata, 1986 (Miguel Othón de Mendizábal, 5).

ALONSO, Jorge. "La visión de un siglo electoral jalisciense con énfasis en la región alteña." *Cuadernos Regionales*, núm. 4. Cándido González (ed.). Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Los Altos, 1997, pp. 1-81.

ARENILLAS, Teresa. *Gredos. La Sierra y su entorno*. Madrid: MOPU, 1990.

BARRAGÁN, Esteban *et al.* *Rancheros y sociedades rancheras*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1994.

BOSERUP, Ester. *Las condiciones del desarrollo en la agricultura*. Madrid: Tecnos, 1967.

BRANDES, Stanley. *Migration, Kinships and Community: Tradition and Transition in a Spanish Village*. Nueva York: Academic Press, 1975.

CABERO DIÉGUEZ, V. *et al.* *El medio rural español: cultura, paisaje y naturaleza*, 2 vols. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1992.

CÁTEDRA, María. *Un santo para una ciudad*. Madrid: Ariel, 1997.

CABRALES BARAJAS, Luis F. "Tópicos urbanos alteños." *Cuadernos Regionales*, núm. 3. Tomás Martínez y Cándido González (eds.). Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de los Altos, 1997, pp. 1-115.

- CASTILLO, Gustavo del. *Crisis y transformación de una sociedad tradicional*. México: Ediciones de la Casa Chata, núm. 10, 1979.
- DÍAZ, José y Román Rodríguez. *El movimiento cristero*. Sociedad y conflicto en Los Altos de Jalisco. Introducción de Andrés Fábregas Puig. México: Nueva Imagen, 1979.
- DÍAZ, Luis (dir.). *Aproximación antropológica a Castilla y León*. Barcelona: Anthropos, 1992.
- *Etnología y folklore*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1986.
- DOUGLAS, William y J. Aceves (dir.). *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral, 1978.
- ESPÍN, Jaime y Patricia de Leonardo. *Economía y sociedad en Los Altos de Jalisco*. México: Nueva Imagen, 1978.
- ESPINA BARRIO, Ángel (dir.). *Antropología en Castilla y León e Iberoamérica*. Salamanca: IIAC y L., 1998.
- ESPINOSA, Víctor Manuel. *El dilema del retorno*. Migración, género y pertenencia en un contexto transnacional. Zamora: El Colegio de Michoacán/El Colegio de Jalisco, 1998.
- Estudios Jaliscienses*, núm. 25. Zapopan: El Colegio de Jalisco, agosto de 1996 (número dedicado a Los Altos de Jalisco. Introducción de Celi-  
na G. Becerra Jiménez y trabajos de Ma. Ángeles Gálvez, Cristina  
Gutiérrez Zúñiga, Luis Felipe Cabrales Barajas y Carmen Icazuriaga  
Montes).
- GALLART, Ma. Antonieta. "El cambio en la orientación de la producción ganadera en San Miguel el Alto, Jalisco." México: UIA, 1975 (tesis para obtener la licenciatura en Antropología Social).
- GÁNDARA MENDOZA, Leticia. *La evolución de una oligarquía: el caso de San Miguel el Alto, Jalisco*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Los Altos, 1997 (originalmente publicado en *Política y sociedad en México: el caso de Los Altos de Jalisco*. México: SEP-INAH, 1976, pp. 149-285).
- GARCÍA, Virginia. "La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco." México: UIA, 1975 (tesis para obtener la licenciatura en Antropología Social).



- GARCÍA GARCÍA, J. L. y Honorio M. Velasco *et al.* *Rituales y proceso social*. Estudio comparativo en cinco zonas españolas. Madrid: Ministerio de Cultura, 1991.
- GONZÁLEZ-HONTORIA y G. Allende Salazar. *El arte popular en Ávila*. Ávila: IGDA, 1985.
- GONZÁLEZ PÉREZ, Cándido (comp.). *Primer simposium: Los Altos de Jalisco al fin del siglo*. Tepatitlán de Morelos: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Los Altos/UNICACH, 1996 (contiene trabajos de Andrés Fábregas, Tomás Martínez, Juan Luis Orozco, José Antonio Gutiérrez, Patricia Gutiérrez, Virginia García Acosta, Celina Becerra, Víctor Ramos, Alfonso Reynoso, Leonardo García, José Zócimo Orozco, Luis Felipe Cabrales, Ma. Guadalupe Rodríguez, Juan Jáuregui, Carmen Icazuriaga y Cándido González).
- *Segundo simposium: Los Altos de Jalisco al fin del siglo*. Tepatitlán de Morelos: El Colegio de León, Universidad Autónoma de Zacatecas, 1997 (contiene trabajos de Andrés Fábregas, Pedro Tomé, José Antonio Gutiérrez, Tomás Martínez, Eliseo López, Patricia Arias, Jorge Durand, Phil C. Weigand, Acelia García de Weigand, José Francisco Román y Gustavo del Castillo).
- GUTIÉRREZ GUTIÉRREZ, José Antonio. *Los Altos de Jalisco: panorama histórico de una región y de su sociedad hasta 1821*. México: CONACULTA, 1991.
- ICAZURIAGA MONTES, Ma. del Carmen. "La ciudad de Tepatitlán: su origen y desarrollo como centro urbano." *Controversia*, t. I, núm. 3, Guadalajara: s/e, 1977, pp. 22-46.
- KLEMM, Gustav. *La cultura popular en la provincia de Ávila*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1962.
- LÓPEZ CORTÉS, Eliseo. "Último cielo en la cruz. Cambio sociocultural y estructuras de poder en Los Altos de Jalisco." México: UAM-Iztapalapa, 1997 (tesis de doctorado en Ciencias Antropológicas).
- LUIS LÓPEZ, Carmelo. *La comunidad de villa y tierra de Piedrahita en el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna*. Ávila: IGDA, 1987.

- LLORENTE PINTO, J. M. *Tradición y crisis en los sistemas de explotación serranos*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional de la Diputación Provincial de Salamanca, 1995.
- MEYER, Jean. *La Cristiada*. 3 vols. México: Siglo XXI, 1974-1975.
- MURIA, José María. *Historia de las divisiones territoriales de Jalisco*. México: INAH, 1976.
- OLVEDA, Jaime y Ma. Gracia Castillo (comps.). *Estadísticas de Los Altos de Jalisco 1838-1908*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 1988.
- PRECIADO CORONADO, Jaime A. *Ciudades regionales, élites y poder en Jalisco, 1983-1988*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1994.
- RODRÍGUEZ GÓMEZ, Guadalupe et al. *Los rejuegos de poder*. Globalización y cadenas agroindustriales de la leche en Occidente. México: CIESAS/CIATEJ/SIMORELOS/CONACYT/PAIEP y UAM-X, 1998.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, T. et al. *Estudio socioeconómico de la provincia de Ávila*. 3 vols. Ávila: IGDA, 1995.
- TEJERO ROBLEDO, Eduardo. *Literatura de tradición oral en Ávila*. Ávila: Diputación Provincial de Ávila, IGDA, 1994.
- TROTIÑO, Miguel Ángel (coord.). *Gredos. Territorio sociedad y cultura*. Ávila: IGDA/Fundación Marcelo Gómez Matías, 1995.
- TAYLOR, Paul S. *A Spanish-Mexican Peasant Community: Arandas in Jalisco, México*. Berkeley: University of California Press, 1933 (existe versión castellana "Arandas, Jalisco: una comunidad campesina", en Jorge Durand (comp.). *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*. México: CONACULTA, 1991).
- Varios autores. *Aguascalientes y Los Altos de Jalisco: historia compartida*. Zapopan: El Colegio de Jalisco/Gobierno del Estado de Aguascalientes, 1997 (contiene trabajos de José Antonio Gutiérrez, Celina G. Becerra, Jesús Gómez Serrano, Yolanda Padilla, José María Muria y María Guadalupe Rodríguez Gómez).
- WEIGAND, Phil C. *Evolución de una civilización prehispánica*. Arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1993.





Institución Gran Duque de Alba

*Entre mundos*  
se terminó de imprimir en  
julio de 1999 en Guadalajara, Jalisco.  
Producción: Ediciones de la Noche.  
Tiraje: 1 000 ejemplares.





Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba





*E*ntre mundos relata la experiencia de dos antropólogos, uno español y mexicano el otro, que estudiaron juntos la Sierra de Ávila en España y Los Altos de Jalisco en México. El libro recupera a la etnografía como ejercicio antropológico por excelencia y al relato vivo como una forma de transmitir la información. Para los autores, Pedro Tomé y Andrés Fábregas, el trabajo de campo continúa siendo una experiencia central en la construcción del conocimiento desde la antropología. Es este un libro que quiere contribuir al entendimiento de procesos interculturales a través de la comparación y la aplicación del método de la ecología cultural.



Diputación Provincial de Ávila  
Institución Gran Duque de Alba

Inst. Gr.  
316.47